
mai
momento
santa
perfecto
RILEY FLOWERS

Mal momento – Santa perfeco

Riley Flowers

Índice

Title Page

Sinopsis

Aviso de derechos de autor y descargo de responsabilidad

¡Una sorpresa para ti!

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

Epílogo

Hola, querida lectora!

Adelanto de Te odio por amarte

Prólogo

Capítulo uno

¡Una sorpresa para ti!

Información sobre Riley

Sinopsis

Una noche. Un beso. Un error que lo cambió todo…

Mientras crecía en la lujosa finca Conway, la tranquila Audrey, amante de los libros, siempre supo que no pertenecía allí. Su madre trabajaba como ama de llaves para la familia. Terry Conway, el encantador chico de oro con una sonrisa que derretía su corazón, estaba completamente fuera de su alcance. Y, sin embargo, sus momentos juntos eran mágicos.

Entonces llegó un beso. Apasionado. Perfecto.
Y al día siguiente, él se fue sin decir ni una palabra.
Diez años después, Audrey sigue atormentada por aquella noche y por el chico con el que nunca dejó de soñar. Ha renunciado al amor, se ha volcado completamente en su negocio de catering... y sí, sigue siendo virgen. Porque en el fondo, siempre imaginó que sería él: Terry.

Ahora ha vuelto. Ya no es el chico de al lado, sino un empresario multimillonario que organiza una gala benéfica. Cuando contrata a la empresa de Audrey para que organice el evento, sus mundos vuelven a chocar. La química es explosiva. ¿Las emociones? Imposibles de ignorar.

Pero el regreso de Terry no es una mera coincidencia. Esconde secretos sobre el pasado y sobre por qué se marchó.
Audrey se ve obligada a elegir: hacer caso a su cabeza y alejarse, o seguir a su corazón y lanzarse a los brazos del hombre que se lo rompió.

¿Será este el mayor error de su vida? ¿O el mejor de su vida?

Aviso de derechos de autor y descargo de responsabilidad

Copyright © 2025 Riley Flowers

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción total o parcial por cualquier medio.

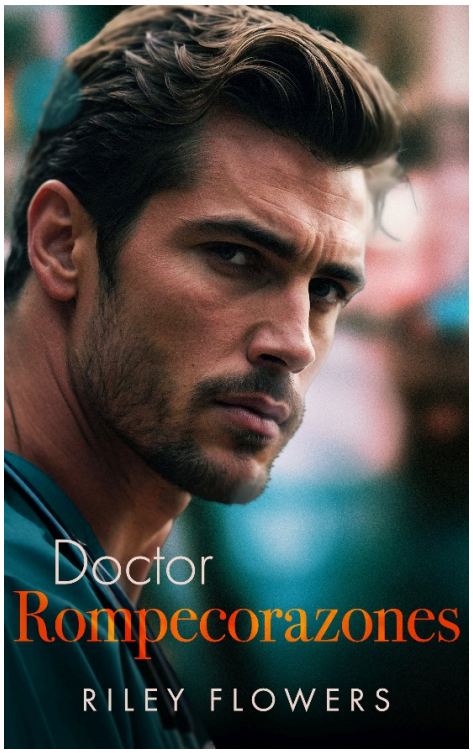
Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

¡Una sorpresa para ti!

Para darte las gracias por tu interés en mis libros, te regalo en exclusiva la novela completa "Doctor Rompecorazones". ¡Y lo mejor: es totalmente gratis!

Puedes descargarlo aquí:



Al mismo tiempo, te convertirás en miembro de mi Club de Lectores VIP y no te perderás ninguna novedad ni ningún lanzamiento. ¡Estoy deseando tenerte allí!

XOXO

Riley

1

Brad

Mi primer error fue empujar las pesadas puertas de cristal tintado del *Blind Pig*. En lugar de eso, tendría que haberle hecho caso a mi primer instinto y haberme contentado con saquear el minibar de mi habitación del hotel. Y eso es lo que probablemente habría hecho de no haber pasado por casualidad frente a la ventana y haberme fijado en la elegante y venerable casa de ladrillo al otro lado de la calle. El edificio, que se erguía orgulloso contra el despejado cielo del atardecer, parecía reflejar una época ya lejana en la que el estilo y la elegancia estaban indisolublemente unidos. El letrero algo envejecido y oxidado que colgaba sobre la pomposa entrada daba la bienvenida a los clientes del *Blind Pig* prometiéndoles las mejores copas que el dinero pudiera comprar.

Dado mi humor sombrío, me convencí de que sería mejor para mi paz mental visitar este bar y rodearme de gente en vez de seguir sentado solo en la penumbra de la habitación del hotel. Acompañado únicamente por el contenido del susodicho minibar y mi ordenador portátil, desde cuya pantalla me sonreían los más diversos perfiles de mujeres completamente desconocidas.

Así que ahora estoy aquí, rodeado de al menos ciento cincuenta desconocidos que ríen y parecen pasárselo en grande, mientras unos camareros vestidos de negro intentan abrirse paso entre la multitud con sus bandejas llenas. En algún lugar, un vaso se hace añicos casi en silencio y sin que nadie se dé cuenta. Al otro extremo de la gran sala, los clientes bailan al ritmo de la música estimulante y vibrante de una banda de jazz de cinco miembros que toca en directo. En el aire flota el denso olor a demasiado abrillantador para cuero y el dulce aroma de los cócteles y la euforia, junto con una nota de humo de puro que evoca recuerdos de pasadas noches de desenfreno.

Este lugar es surrealista.

Es un bar como ningún otro en el que haya entrado jamás. La luz tenue de las velas es escasa y apenas suficiente para volver a encontrar la copa en la mano. Pero, incluso así, intuyo los pesados revestimientos de madera de teca oscura y caoba en las paredes. La madera parece haber absorbido los susurros de conversaciones ya lejanas y confiere a la sala una pesadez misteriosa. Delante mío, unos sofás de cuero carmesí con acolchado suntuoso, junto con unas mesas bajas, ofrecen un refugio seguro en la penumbra. Los sofás parecen observadores silenciosos, testigos de historias que se han desarrollado en secreto.

Por encima de las numerosas cabezas, mi mirada se dirige al punto culminante de la sala: la barra. La larga barra es la fuente de luz dominante, que contiene a la bulliciosa multitud como si de un acantilado se tratase. Unas lámparas de araña relucientes proyectan su luz única mil veces sobre los ajetreados camareros, que intentan atender a cada uno de los clientes. Detrás de ellos, una pared de botellas de licor de todos los colores imaginables brilla y reluce bajo la luz iridiscente de las lámparas, como si fueran las gemas más raras; cada botella, una promesa de olvido y éxtasis.

Mierda.

Este no es el lugar adecuado para mí. Ni ahora, ni nunca. Todo aquí está diseñado para sacar a la gente de su pésimo estado de ánimo cotidiano, para ayudarles a ver el lado bueno de las cosas. Eso es lo último que quiero o necesito ahora mismo. Debería estar sentado en cualquier bar de moteros mugriento y lúgubre, bebiendo una cerveza tras otra en la barra y rumiando lo asquerosamente horrible que ha sido mi día. A solas con mis pensamientos y, sobre todo, con mi autocompasión.

Me planteo si no sería mejor dar media vuelta y regresar al hotel. Pero el corazón del *Blind Pig* late con una extraña fascinación que ya me tiene firmemente atrapado. Es como si el aire me envolviera, me embotara y sedujera, pesado y tentador, susurrándome dulcemente

que me quede. Que le conceda a la noche una oportunidad de sorprenderme.

Así que sigo abriéndome paso entre las mesas llenas e ignoro las carcajadas y el estruendo permanente de las alegres conversaciones a mi alrededor, así como los muchos hombros con los que tropiezo sin querer hasta que por fin llego a la barra. Una vez allí, me espera como recompensa un taburete vacío, justo al lado de una pareja. Están demasiado ocupados el uno con el otro para fijarse en mí. *¿Era una señal?* Quizá el destino todavía estaba de mi parte esta noche.

Pero fue otra cosa. Algo que en ese momento aún no sabía sería mi segundo error de la noche.

Un camarero con una americana oscura de doble botón mezcla un Cosmopolitan y, poco después, le pasa la copa de cóctel a una camarera que ya está esperando. Cuando ella se aparta de mi campo de visión, distingo a una mujer con un vestido corto flapper rojo chillón y adornado con perlas. Al ritmo de la música trepidante, agita ruidosamente una pesada coctelera mientras ríe de forma contagiosa ante el comentario de un cliente. Su vestido brilla intensamente a la luz de las velas, las perlas parecen bailar con cada movimiento. Parece una aparición, algo sobrenatural que no acaba de encajar aquí y que, sin embargo, al mismo tiempo, encarna el alma del lugar. Mis ojos no pueden evitar quedarse mirándola. En silencio, le doy las gracias al diseñador del vestido por este momento mientras mis ojos recorren sus bien formadas curvas.

La camarera quita la tapa de la coctelera y vierte el contenido en una copa de Martini que tiene preparada, para luego ofrecérsela al hombre con el que estaba hablando. Riendo todavía por el comentario de él, finalmente se aparta y entonces ocurre el tercer error de esta temprana noche.

Sus ojos, de un azul radiante, se encuentran con los míos.

2

Lara

Madre mía, joder…

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, interrumpo el curso de mis pensamientos antes de que se desvíe en una dirección que me resultaría incómoda hasta a mí y, en su lugar, me obligo a apartar la mirada del desconocido que acaba de sentarse en la barra.

Desde el mismo instante en que abrió la puerta y entró en el *Blind Pig* para resguardarse del frío glacial, su presencia fue palpable, como si la propia sala hubiera enmudecido solo para recibirlo como merecía. Se movía con tanta seguridad en sí mismo que casi parecía indicar que el mundo le pertenecía; o, como mínimo, este local.

Por el rabillo del ojo, observé con atención cómo se detenía para absorber todo lo que el *Blind Pig* tenía que ofrecer. La forma en que examinaba su entorno, con una mezcla de expectación y distancia, tenía algo de fascinante.

Por un instante, se me paró el corazón cuando pareció que iba a darle la espalda a la barra y a desaparecer tan rápido como había llegado.

—Por favor, quédate —susurré casi inaudiblemente para mis adentros.

No sabría decir qué fue exactamente, pero algo en él me atrajo al instante de una forma profunda. Es como si nuestros destinos llevaran mucho tiempo entrelazados, a pesar de no habernos visto nunca. Si se hubiera dirigido hacia la puerta y de verdad se hubiese marchado, habría tirado la bebida que estaba preparando por el fregadero y habría salido corriendo detrás de ese hombre misterioso.

Pero no se ha ido. No solo sigue aquí, sino que ahora mismo está sentado en la barra, a pocos metros de mí. Y, si sigo mirándolo así,

va a pensar que soy idiota. De forma brusca y totalmente artificial, mi cabeza realiza un giro de noventa grados y por poco me doy de frente con la cafetera automática.

Este esfuerzo me provoca una gota de sudor que ahora me recorre la columna, mientras lucho contra el conflicto interno de querer abalanzarme sobre él y salir huyendo, todo a la vez.

Le lanzo otra mirada fugaz a través de las pestañas. Sí, sigue ahí sentado y parece tan irresistible como hace un segundo, cuando nuestras miradas se cruzaron.

Maldita sea.

No sé quién es ni por qué está aquí, pero siento con cada fibra de mi ser que va a complicarme la vida tanto como en su día hicieron los inspectores de Hacienda que desmantelaron el imperio de alcohol ilegal de mi bisabuelo.

—Tierra llamando a Lara… ¡Oye! ¿Me oyes? —La inconfundible voz de Tracy rompe mis soliloquios y me devuelve al momento presente.

—¿Qué pasa, Trace? —respondo, y me atraganto al pronunciar esa breve frase. El sonido ronco y extrañamente ajeno de mi voz hace que me estremezca. Me doy cuenta de lo nerviosa que sueno, como si no estuviera en mis cabales. Tracy, a quien al parecer tampoco le ha pasado desapercibido mi extraño tono de voz, enarca una ceja y me mira con agudeza antes de dar un ligero golpecito en la barra con la carpeta que lleva en la mano.

—Los Flynn quieren pagar la cuenta. Pero lo más importante: ¿qué te tenía en el limbo? —Lanza una mirada hacia el fondo de la barra y descubre al desconocido de aire sombrío—. Ah, ya veo. —Apoya los codos en la barra y se inclina hacia mí—. ¿Quién es? —susurra.

Agradecida por la distracción, cojo la tarjeta de crédito que asoma por la carpeta, la meto en el lector y espero a que la tecnología haga su trabajo.

—¿Mmm? ¿Quién es quién? —replico con la inocencia de una monja de clausura.

Tracy pone los ojos en blanco.

—Déjate de tonterías. Prácticamente has desnudado y lamido a ese tío con la mirada. Y, por lo visto, se ha apoderado de tus pensamientos; con razón. Es lo más bueno que ha movido el culo hasta aquí en días. Quizá incluso en semanas. Como mínimo, desde la noche que se coló aquí el actor ese de Anatomía de Grey. Aunque no, ¡este está más bueno!

—No sé quién es —respondo en voz baja, intentando mantener la calma, aunque el corazón todavía me late demasiado deprisa. Mi mirada vuela de nuevo hacia él y esta vez lo pillo mirándome también. Un escalofrío me recorre la espalda. Por un breve instante, es como si un hilo se tensara entre nosotros. Entonces, mi pequeño datáfono pita y aparto la vista. Saco la tarjeta y espero a que la impresora cobre vida y escupa un recibo para que lo firmen los Flynn. Luego, echo un vistazo a los datos y me aseguro de que está todo en orden antes de pasárselo a Tracy. Me gusta la comodidad de la tecnología moderna, pero no me fío de ella, sobre todo cuando se trata de cobrar las cuentas del bar. En este negocio, un solo error puede representar fácilmente más de cien dólares.

—Tienes que mover el culo para allá. Sírvele una copa y luego hazte con su número.

—¡Tracy! —siseo.

La camarera vuelve a poner los ojos en blanco.

—Oye, llevas una larga temporada de sequía. Ya es hora de que salgas y socialices. O más bien, que te metas debajo de ese cuerpazo. Y es un verdadero bombón. Si no, ya estaría yo encima, pero… —Agita la mano izquierda de modo que el pequeño diamante de su dedo refleja la luz—. …ya he pescado a uno bueno.

Una pesadez familiar se instala en la boca de mi estómago, la misma sensación de inquietud que tengo cada vez que Tracy

presume de su nuevo anillo de compromiso.

—Algunas no vamos a la velocidad de la luz en la vida.

Tracy conoció al hombre que ahora es su prometido hace unos dieciocho días. Quieren darse el «sí, quiero» en su «aniversario» de tres semanas. Si alguien me preguntara mi opinión, diría que Tracy está loca. Pero si alguien me preguntara lo que siento de verdad, diría que Tracy está completamente demente. En lo que a relaciones se refiere, siempre he creído que hay que tomarse las cosas con calma para estar lo bastante segura de que es la persona adecuada o, al menos, alguien en quien se puede confiar.

Mete rápidamente los recibos y la tarjeta de crédito en la carpeta negra.

—Tampoco es que me lluevan los tíos buenos. Ahora que por fin he encontrado uno, no voy a darle la oportunidad de escapar.

Con la carpeta en la mano y su mejor imitación de la risa malvada de un villano que está a punto de tirar a la novia del agente a un foso de cocodrilos delante de sus narices, Tracy se aparta de la barra antes de que pueda responder. Conoce mi opinión al respecto y no quiere volver a oírla.

Con un suspiro, me vuelvo hacia el hombre sentado al otro extremo de la barra. A pesar de que me gustaría dejar que uno de los chicos que trabajan codo con codo conmigo entre las botellas de licor le prestara atención, soy yo quien tiene que ocuparse de los clientes de la barra mientras mis empleados se encargan de los pedidos de las mesas. Cambiar el reparto de tareas a estas alturas nos crearía problemas el resto de la noche.

Con mi mejor sonrisa de anuncio de pasta de dientes, me dirijo al otro lado de la barra, intercambiando de vez en cuando unas palabras con alguno de mis clientes habituales, pero sin detenerme hasta llegar junto al recién llegado.

Oh.

Dios.

Mío.

Desde lejos ya parecía espectacularmente guapo, pero de cerca… La intensidad de su mirada me pone tan nerviosa que ya no sé qué hacer con los brazos. Él, en cambio, equilibra con pericia su ancho torso sobre el repentinamente diminuto taburete de la barra. Está sentado con tal seguridad, como si el mundo estuviera a sus pies, completamente convencido de que puede conseguir lo que quiera. Sus ojos, de un cálido tono marrón, brillan en la tenue luz del bar y se me clavan con una intensidad que me provoca un ataque de asma espontáneo.

Es como si los dioses griegos me hubieran sonreído y decidido crear a un hombre que cumpliera todos mis requisitos. Ojos expresivos de color nogal, labios carnosos rodeados por una barba de cinco días, pómulos altos, y un pelo oscuro lo justo y necesario para no parecer peinado, pero, sobre todo, para parecer natural. Todo ello rematado con un torso alto y musculoso, con unos hombros tan anchos que podría doblar él solo las sábanas de mi cama de matrimonio.

Con las piernas pesadas y el corazón latiéndome más rápido de lo debido, me acerco a él.

Lara, esto no se te da nada bien.

A ver, si se trata de mantener una conversación superficial con los clientes y escucharles desahogarse, se me da genial. Pero si se trata de entrarle a un tío que me tiene por las nubes, la cago por completo. No sé qué decir, ni siquiera dónde mirar. ¿A su ojo izquierdo? ¿Al derecho?

Me debato entre el deseo de saltar por encima de la barra para sentarme en su regazo y la necesidad de correr a mi pequeño despacho y encerrarme allí, lejos de la tentación que representa este hombre arrebatador y sin nombre que me acecha desde la barra.

Me aferro al borde de la barra con los dedos, por si de repente me fallan las rodillas.

—¡Buenas! —digo con un tono un poco más alto y agudo de la cuenta, mirando fijamente el punto entre sus dos impresionantes ojos.

Venga ya, Lara…

El sonido de mi voz, media octava más alta de lo normal, me hace respingar. He servido a cientos de hombres guapos, pero a ninguno tan guapo como este. Probablemente no haya nadie en el mundo que pueda hacerle sombra en ese aspecto.

Trago saliva y lo intento de nuevo.

—Hola. Bienvenido al *Blind Pig*. ¿Qué te pongo?

Su mirada recorre mi cuerpo y deja un rastro de calor ardiente en mi piel. Me cuesta un mundo no temblar.

—Curiosa elección de uniforme.

Su voz es grave y tiene un ligero acento sureño. ¿Por qué tiene que ser tan grave? Desde que mis hormonas se revolucionaron en la adolescencia, tengo debilidad por las voces así de graves. Me obligo a concentrarme en sus palabras y no en los efectos, ciertamente interesantes y dignos de estudio, que el sonido de su voz tiene en mi cuerpo.

Avergonzada, me miro el vestido de charlestón y me encojo de hombros.

—Cumple su función —respondo delicadamente.

—Mmm...

Apoya una mano sobre la barra y se levanta para poder examinar el resto de mi cuerpo. Le miro los dedos y calculo que hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que esté soltero. Me planteo pedirle que me muestre los otros cinco dedos, pero desecho la idea tan rápido como se me ha ocurrido. Porque a estas alturas, está lo bastante cerca como para que pueda percibir el aroma amaderado de su perfume. Es una fragancia cálida y masculina que me llega a la nariz y casi me marea por un momento.

—Los zapatos también son una elección curiosa.

Vuelvo a bajar la mirada y suelto una risita. Tiene razón. El vestido pide a gritos un par de tacones de aguja con hebillas y de altura imposible. No las New Balance grises y blancas que llevo ahora mismo en los pies.

—Los tacones altos son geniales para bailar. Pero como camarera, una necesita algo práctico —respondo, tratando de hacerme oír por encima de la música alta.

—¿Lo eres? —Vuelve a sentarse en el taburete, observando las numerosas hileras de flecos que adornan mi vestido, y su ceja izquierda se eleva casi hasta la línea del cabello—. ¿Del tipo de mujer práctica?

—Cuando me apetece, sí.

—Mmm. —Por primera vez desde el inicio de esta conversación, me da un respiro al romper el contacto visual y dirigir su mirada hacia la banda de jazz en directo y las tres parejas que giran y se mecen alegremente en la pista de baile—. ¿Y bailar? ¿Es algo que te gusta? —pregunta después de una pausa.

—Se me conoce por darlo todo en la pista de vez en cuando. —Me paso las manos por las caderas de forma ostensible.

Le brillan los ojos y su sonrisa se ensancha.

—Apuesto a que es digno de ver. Espero tener la oportunidad de comprobarlo alguna vez.

Cada vez que habla, esa voz oscura y aterciopelada provoca cosas extrañas en mi interior y hace que sea casi imposible concentrarme siquiera en sus palabras. Respiro hondo, intento calmarme y me centro en el punto que hay entre sus cejas para no perder la cabeza por completo.

—¿Qué quieres beber? —Cambio de tema hábilmente, pero siento que se me suben los colores a la cara.

El repentino cambio de conversación no parece molestarle.

—¿Qué cerveza me recomiendas?

Me río.

—No habías venido nunca, ¿verdad?

Niega lentamente con la cabeza, estudiándome con sus ojos de miel.

—No… —susurra, y la forma en que pronuncia esa única e inocente palabra me indica que, si nos hubiéramos visto antes, lo recordaría perfectamente.

—He diseñado este sitio basándome en los bares clandestinos de los años veinte. Así que no vendemos cerveza, pero puedes beber todo el whisky, brandy y ginebra caseros que quieras.

Se le abren los ojos de par en par.

—¿Qué clase de bar no tiene…? Espera, ¿has dicho que *tú* misma has diseñado este sitio?

Una oleada de alegría me inunda el pecho. Ciertamente no soy el tipo de persona que va dando la chapa sobre su negocio a todo el que se encuentra, pero eso no significa que no esté increíblemente orgullosa de lo que he creado.

—Sí. Entonces, ¿qué copa te pongo?

Encogiéndose de hombros, se echa hacia atrás.

—Sorpréndeme.

Pocas cosas podría haber dicho que me hicieran más feliz. Lo único que me gusta más que adaptar mis copas al gusto de mis clientes, es prepararles yo misma la receta del cóctel perfecto.

Me doy la vuelta sobre mis talones, pierdo brevemente el equilibrio, luego cojo un vaso de tubo y unas cuantas botellas de las estanterías.

—Brad.

—Mmm —murmuro mientras observo cómo se mezclan dos líquidos de colores diferentes.

—Brad. Es mi nombre. —El regocijo caldea su voz—. Brad Sullivan.

—Ah. —Estaba tan cautivada por su atractivo físico y por la interesante forma en que mi cuerpo reaccionaba al sonido de su voz que no me había dado cuenta de que no tenía ni la más remota idea de cómo se llamaba, y mucho menos de que tuviera más detalles sobre él—. Brad Sullivan. —Pronuncio el nombre con veneración, dejando que las sílabas fluyan lentamente por mi lengua para probar qué sentimientos despiertan en mí. El nombre parece un poco anticuado, pero suena bien y parece que le va—. Me gusta el nombre. Es un nombre bonito. Con solidez.

—Con *solidez*, ¿eh? Al parecer, mi madre pensó lo mismo. ¿Y tu madre qué nombre eligió?

—Lara. Me llamo así por mi bisabuela. —Satisfecha con lo que le he preparado, levanto el vaso y se lo ofrezco—. Aquí tienes —declaro solemnemente.

—Tiene una pinta fantástica.

Cuando Brad coge el vaso, sus dedos rozan los míos y una inesperada descarga eléctrica me recorre el brazo hasta el corazón. Del susto, casi se me cae la bebida, doy un paso atrás a toda prisa y choco con Trent, uno de mis compañeros camareros.

—¿Un poco patosa hoy? —pregunta Trent con una sonrisa, mientras extiende los brazos y me estabiliza.

Siento un calor que me inunda la cara. Lo único peor que reaccionar de forma exagerada a un simple roce es saber que todos mis camareros —y una buena parte de mis clientes— deben de estar notando que me comporto como una perra en celo.

—Gracias —murmuro y me vuelvo de nuevo hacia Brad.

La diversión prácticamente brota de sus ojos cuando se encuentran con los míos por encima del borde de su vaso. *Genial*. Estoy a punto de convertirme en un charco de deseo no

correspondido y a él parece que le hace gracia. Por lo visto, no se da cuenta de que todo es culpa suya.

Respiro hondo para disimular mi vergüenza y me acerco.

—¿Y?

Brad deja el vaso, me coge la mano y envía otra oleada de calor electrizante a través de mí.

—Creo que este podría convertirse en mi nuevo bar favorito.

Me muerdo el labio para reprimir una sonrisa.

—Maravilloso. —La palabra brota de mí en un tono demasiado brillante, demasiado entusiasta. Me apresuro a disimularlo con una alegre profesionalidad—. Eso es exactamente lo que quiero oír de mis clientes.

Me devuelve la sonrisa.

—¿Algo más que te guste oír?

—Hay un par de cosas.

—¿Por ejemplo?

Le acerco su bebida.

—Bébetela, quédate un rato más y te las contaré.

3

Brad

—Estás pensando en cerrar, ¿verdad?

Incluso mientras pronuncio estas palabras, me invade una profunda aversión a esa idea. El *Blind Pig* no es exactamente mi tipo de establecimiento, pero Lara tiene algo que me ha hecho olvidar dónde estaba. En las últimas dos horas, no hemos hecho otra cosa que hablar de deportes locales —es fan de los Detroit Pistons—, de nuestras películas favoritas —a los dos nos encanta la saga de *La jungla de cristal*— y de nuestros libros preferidos: yo prefiero a Steinbeck, mientras que ella es fan de Nora Roberts.

La conversación no ha profundizado mucho, nunca ha ido más allá del tipo de cosas de las que hablarían dos personas que probablemente no volverán a verse antes de separar sus caminos, pero..., no sé, parece que hay algo más, algo más profundo en la conexión entre nosotros.

Es extraordinario cómo ha cambiado mi estado de ánimo en las pocas horas que han pasado desde que empujé la pesada puerta de la entrada. Estuve muy cerca de dar media vuelta, volver a mi oscura y fría habitación de hotel y perderme todo esto. Todos estos momentos con esta mujer en este ambiente.

Por eso me resisto a irme ahora, aunque ya hace más de veinte minutos que anunciaron la última ronda. Así que me quedo sentado en el taburete de la barra, mientras mis pensamientos se apartan de las películas y la literatura y se centran en la cuestión de a qué sabrán los labios de Lara.

Ella levanta la vista del fajo de recibos que está contando, con los ojos muy abiertos.

—Oh, es verdad, si tienes otras cosas que hacer, no quiero entretenerte...

—¿A las dos de la madrugada? Lo dudo.

—Entonces, ¿no te importa quedarte? Has bebido bastante esta noche. He preparado una cafetera pequeña. Si quieres, puedes tomarte la mitad.

Lara se muerde el labio, insegura de cómo continuar. Pero no hace falta. No podría haber dejado más clara su intención ni aunque la hubiera escrito en el cielo con una avioneta publicitaria. Quiere que me quede, y yo estoy más que dispuesto y deseando concederle ese deseo.

—Oye, Lara, si quieres, puedo quedarme aquí ayudando un rato más —se oye desde el fondo.

Un camarero bajito y fornido con ojos expresivos está al final de la barra, mirándome con escepticismo. Ni siquiera intenta disimular que no le hace gracia que Lara haya echado al resto de sus clientes apenas quince minutos después de la última ronda, mientras que a mí me ha invitado a quedarme. También es el último miembro de su personal que sigue aquí. Al resto los ha ido mandando a casa poco a poco a lo largo de la noche.

Su desconfianza no me preocupa. Es bueno que al menos haya una persona aquí que la apoye. El resto de sus empleados desaparecieron en cuanto les dio el visto bueno con un asentimiento de cabeza, dejándola cerrar el local sola.

Lara niega con la cabeza, enjuaga el último plato y lo coloca en una rejilla para que se seque.

—Vete a casa, Emile. Yo me las apaño. Y no te olvides de darle un beso a tu niña de mi parte, ¿vale?

—Como quieras —dice Emile entre dientes y sin mover un músculo de la cara. No parece convencido, pero se pone su ligera cazadora—. Si pasa cualquier cosa, llama. Da igual la hora que sea. Estoy a una llamada de distancia. Solo dilo y vengo —dice mientras me clava la mirada, sin disimulo y, a mi parecer, de forma amenazante.

Le devuelvo la mirada sin inmutarme.

—Gracias —murmura Lara con media sonrisa.

Debería ser yo la razón por la que sonríe. No hay ningún otro hombre; al menos, hoy. Esta revelación casi pone mi mundo patas arriba.

Un momento.

¿Estoy celoso?

Sí, porque esta mujer me parece simplemente espectacular.

En las horas que he pasado charlando con ella mientras atendía a sus clientes, me he dado cuenta de lo *positiva* que es, y de su sentido del humor. Tiene un aura tan cálida que te hace sentir a gusto.

No puedo negar que me siento atraído por ella. Por supuesto, no es precisamente la primera mujer en mi vida que me causa tal efecto. Al contrario de lo que opina mi círculo de amigos —y mis exnovias—, no me considero un playboy, pero he tenido unas cuantas parejas a lo largo de los años. Algunas desaparecieron de mi vida más rápido de lo que se tarda en escribir «rollo de una noche». Sin embargo, ni una sola vez me ha molestado especialmente que se fijaran en otro hombre.

Entonces, ¿por qué ahora?

¿Por qué esta mujer a la que apenas conozco?

—Nos vemos mañana, Emile. —La calidez y la alegría tiñen la voz de Lara. A esto me refiero con el *aura*.

Emile da unos pasos hacia la puerta antes de detenerse y volverse hacia la barra.

—Mierda, casi se me olvida. —Saca un trozo de papel del delantal de camarero que lleva echado despreocupadamente sobre el hombro y se lo da a Lara—. Uno de los clientes me ha pedido que te diera esto.

Por primera vez desde que la conozco, la sonrisa de Lara se quiebra. Su boca se convierte en una fina línea y sus hombros se tensan visiblemente.

—¿Quién...? ¿Quién te ha dado esto?

Emile se encoge de hombros.

—Lo siento, no lo sé. Estaban sentados en la mesa junto a la ventana. Una pareja mayor. No han estado mucho tiempo, creo.

—¿Los has atendido tú? ¿Recuerdas lo que pidieron?

—Ni idea. Lo siento, Lara. No te lo puedo decir. Creo que estaban en la zona de Jonelle. Ni siquiera me habría fijado en ellos, pero era evidente que no se lo estaban pasando muy bien. Creo que han pagado en efectivo.

—Entonces será difícil averiguar quiénes eran. —Lara echa un vistazo al papel antes de meterlo debajo del montón de recibos de tarjetas de crédito.

—¿Problemas? —pregunto.

—No, la verdad es que no. Solo han tenido una... pequeña queja sobre su pedido. Nada grave. Si averiguo quiénes son, les invitaré a unas copas para compensar el... error.

Miente como una bellaca, eso es más que evidente. Lo que sea que ponga en esa nota la inquieta profundamente. Pero por mucho que quiera ayudarla, no puedo. La conozco desde hace solo unas horas y, además, tengo suficiente con mis propios problemas. Otro problema más, sobre todo uno que no es mío, es lo último que necesito ahora mismo.

—Si vuelven, te los señalaré. —Emile me lanza una mirada escéptica que, al parecer, pretende ser una advertencia para ella—. Si estás segura de que no quieres que me quede, me voy.

—No te preocupes —le asegura Lara con un ligero movimiento de la mano derecha—. Venga, vete.

Me quedo sentado, esperando hasta que la puerta se cierra con firmeza tras él.

—Parece... *competente*. —¿*Competente*? Esa no era la palabra que quería usar, pero parece que mi mente también se ha dado cuenta de lo mucho que he bebido esta noche.

—Emile... —Lara sacude la cabeza, como si quisiera volver al presente con ese gesto—. Es genial. Lo conozco desde el instituto. Él iba un curso detrás mío, pero luego trabajamos en el mismo sitio y siempre hemos mantenido el contacto. Cuando abrí este local, fue el primero al que contraté. En cuanto las cosas se asienten y tenga una idea de los ingresos con los que puedo contar de mes a mes, lo pondré de encargado. Él y su mujer acaban de tener su primer hijo: una niña que se llama Caitlin Rose.

Coge la cafetera caliente, llena dos tazas y pone una delante de mí.

—Aquí tiene, caballero —dice a través del vapor caliente—. Siempre tomo un café cuando cierro el local. Hay algo en él que me calma los nervios y me ayuda a relajarme. Es un pequeño ritual. —Echa una cucharada de mezcla de chocolate instantáneo en su taza y remueve el contenido.

Me estiro por encima de la barra y le cojo la mano, disfrutando de la sensación sedosa de su piel. Se tensa de inmediato. Una pequeña llama de satisfacción parpadea en mi interior. Me encanta saber que mi presencia tiene un efecto tan fuerte en ella como la suya en mí. En un esfuerzo egoísta por mantenerla cerca de mí un momento más, aprieto un poco el agarre cuando intenta soltarse.

—Dime, ¿siempre mandas a tus empleados a casa y cierras el local sola, o puedo sentirme alagado?

—No siempre —murmura—. Si tenemos tanto trabajo que no les da tiempo a hacer la mayor parte de la limpieza antes de que acabe su turno, los mantengo aquí para no tener que hacerlo todo yo sola, pero, si no, los mando a casa lo antes posible.

La yema de mi pulgar dibuja un pequeño ocho infinito sobre el dorso de su mano. Sus labios se entreabren. Tiembla, lo veo. Unas llamas se encienden en sus ojos y me llegan hasta la sangre.

—¿Por qué lo haces? —pregunto.

—¿La verdad? Ahora mismo estoy hasta el cuello de deudas. Cuantos más sueldos pueda ahorrarme, mejor. Así podré pagar antes algunas de las facturas.

Le suelto la mano. Lo último de lo que quiero hablar ahora es de dinero. Es un tema que ya ha costado demasiadas relaciones en mi vida. Quiero que lo que está pasando entre Lara y yo... sea diferente. Especial. Aunque no sepa por qué.

Lara se aparta de mí y coloca en las estanterías los vasos de la barra, ya secos.

—Pero, aunque no estuviera intentando apretarme el cinturón, probablemente dejaría que mis empleados se fueran lo antes posible —continúa. Me lanza una mirada por encima del hombro sin apartar la vista y nuestras miradas se encuentran sin piedad—. Me encanta estar aquí cuando todos se han ido a casa y solo quedo yo. El silencio tiene algo mágico después del ruido y el ajetreo de las horas de apertura. También me da la oportunidad de reflexionar sobre mí y mi vida. En este silencio es donde a menudo tengo las mejores ideas; bueno, a veces son solo pensamientos extraños. No sé si puedes entenderlo. Probablemente todo esto suene totalmente absurdo.

Y, sin embargo, casi me ha exigido que me quede, que me tome un café con ella, y me ha invitado a compartir este momento obviamente especial.

—Creo que puedo entenderlo muy bien. Gracias por dejarme estar aquí. —Doy un sorbo a mi café. Es fuerte y tan caliente que me quema toda la garganta. Justo como me gusta.

—¿Cuánto tiempo llevas con este local?

—El próximo jueves hará nueve meses. —Coge los recibos de las tarjetas de crédito con una mano y desaparece por una puerta que supongo que conduce a una oficina—. Tardó una eternidad en estar operativo —grita a través de la puerta. Oigo cómo abre y cierra algunos cajones—. Abrí hace unos tres meses y desde entonces el negocio ha ido bien. Este local es diferente y a la gente le gusta.

Vuelve a aparecer, cierra la puerta tras de sí y luego la echa con llave.

En lugar de volverse hacia mí, se aleja de la barra. Las suelas de goma de sus zapatillas chirrían sobre el suelo de mármol mientras se dirige a la siguiente fila de ventanas.

—He respondido todas tus preguntas. Así que creo que es justo que ahora tú te enfrentes a algunas de las mías —dice finalmente.

Aunque me interesa mucho más saber más de ella, acepto.

—Vale. Dispara.

—¿De dónde es tu acento? —Alarga el brazo y tira de un cordón, y un estor verde oscuro se despliega y cubre el enorme ventanal. Su vestido rojo destaca como una llama contra el estor.

—Del sur de Carolina del Norte.

Lara asiente y se dirige a la siguiente ventana.

—¿Sigues viviendo allí o te has mudado aquí a Chicago?

—Sigo viviendo en la ciudad en la que crecí. Vine a Chicago por una cita importante. —La noche está ya tan avanzada que no deja lugar a falsedades—. Vuelo a casa mañana por la tarde —digo tras una pausa.

Un extraño silencio se instala de repente como una pesada manta sobre el momento.

Inquieto, me levanto y voy a la esquina donde ha tocado la banda, y descubro una pequeña caja llena de CD. Mientras Lara baja en silencio un estor tras otro, curioseo en la colección y finalmente encuentro un disco de grandes éxitos de Glenn Miller.

—¿Y tú? —pregunto mientras saco con cuidado el CD de la caja de plástico y lo meto en un reproductor que hay cerca—. ¿Naciste en Chicago?

Las primeras notas de *Moonlight Serenade* de Miller llenan la gran sala. Las caderas de Lara comienzan a moverse por sí solas. Observo, hipnotizado, cómo los flecos de un rojo brillante se balancean de un lado a otro sobre su espalda.

—No soy de Chicago, no. Era hija de militares. Durante los primeros quince años de mi vida, nos mudamos de una base a otra cada tres años. Cuando mi madre se jubiló de los Marines, nos instalamos en el pueblo natal de mi padre, en medio de Illinois. Mis padres todavía viven allí.

—¿Y por qué tú...?

—Oh, no, ni se te ocurra. —Con una risita que encaja perfectamente con la suave música, Lara baja otro estor—. No es su turno, señor. ¡Me toca a mí! —Luego reflexiona un momento—. Entonces, ¿por qué estás en Chicago?

Es lo último de lo que quiero hablar. De ninguna manera puedo esperar que alguien como Lara, alguien que parece estar completamente en paz consigo misma, pueda entender la intensa soledad que oscurece mi alma y mi vida en este momento.

—Cosas de negocios. —Doy unos pasos hacia Lara justo cuando baja el último estor. Le cojo la mano y la conduzco de vuelta al centro de la sala.

—¿Qué haces? —Lara no intenta apartar la mano ni resistirse a ir conmigo, sino que me sigue de buen grado.

—Antes has hablado de bailar.

—¡Oh, el señor escucha!

—Solo cuando algo me interesa de verdad. Desde entonces, mis pensamientos no han hecho más que girar en torno a la idea de bailar contigo. —Llegamos a la pista de baile y aprovecho mi agarre

en su mano para atraerla lentamente hacia mí, hasta que sus curvas se acurrucan contra las mías.

—¿Me concedes este baile?

Ella inclina la cabeza hacia atrás y me examina. En las profundidades de sus ojos azul índigo se mezclan la confusión, el deseo y... quizás también un toque de inquietud, como colores de acuarela.

Levanta una mano y la apoya en mi pecho antes de quitarse primero una zapatilla y luego la otra. Las zapatillas aterrizan con un arco detrás de la barra. De pie sobre sus calcetines, desliza su mano hacia arriba para rodear mi hombro, y coloca su otra mano en la mía. Sus labios anchos y carnosos se curvan en una sonrisa tímida y dulce.

—Tú diriges —susurra.

4

Lara

Bailar es mi gran pasión.

Soy conocida por colarme en la pista de baile cuando hay pocos clientes, no pocas veces con Tracy, para mover las caderas al son de los músicos en directo que he contratado para la noche.

Pero, ¿bailar una canción lenta con un hombre que es casi un desconocido, al que solo conozco desde hace unas horas?

La última vez que hice eso fue... No, no en mi baile de graduación, de eso hace tanto que ni siquiera recuerdo el nombre de mi acompañante, y mucho menos su aspecto. Hago memoria y finalmente llego a un recuerdo de hace tres años.

La boda de mi primo. Sustituí a una dama de honor en el último momento y bailé con el novio, los padrinos y aproximadamente la mitad de los invitados. Fue divertido, y algunos de los chicos eran majos y bailaban bien, pero ninguno le llegaba ni a la suela del zapato a este momento ni a la forma en que el cuerpo de Brad se siente contra el mío.

Me saca más de una cabeza, así que, ¿por qué nuestros cuerpos encajan tan perfectamente, como si estuvieran hechos el uno para el otro?

Como si pudiera leerme el pensamiento, su mano recorre lentamente mi espalda. Me inclino hacia su caricia, deseando que esas suaves pinceladas continúen, y al mismo tiempo sé que este sería el momento de poner fin a esto. ¿Qué sentido tiene si, a más tardar mañana, habrá desaparecido de mi vida?

Abro la boca, dispuesta a decir las dolorosas palabras, pero se niegan a salir de mis labios.

En lugar de eso, seguimos meciéndonos al ritmo de la música. Sus muslos rozan los míos, provocando pequeñas oleadas de deseo que recorren mi cuerpo cada vez.

Tranquila, Lara, me digo a mí misma mientras mi cuerpo se acurruca contra el suyo. *Este tío te viene grande. En todos los sentidos. La única razón por la que está aquí ahora es porque solo está de paso por la ciudad y probablemente haya bebido demasiado. Estás disponible y no eres más que una simple distracción para él.*

Ese pensamiento debería humillarme, convencerme de que ponga algo de distancia entre él y yo, pero no lo hace.

Lo intento de nuevo.

No sabes nada de este hombre. Podría estar casado o tener pareja. O quizá sea un asesino en serie que suele ligar con camareras y bailar con ellas antes de arrancarles el corazón aún palpitante del pecho.

Este pensamiento también debería asustarme. Pero tampoco ocurre. Mi instinto más profundo me dice que Brad es de los buenos.

Lo intento una vez más. *Y aunque fuera el «adecuado», ¿de qué te sirve? Vives a mil millas de él. Tú no puedes irte de Chicago y él probablemente no puede irse de Carolina del Norte. Y ahora mismo no tienes tiempo para ningún tipo de relación. Es mejor terminar con esto ahora.*

No puedo ignorar este argumento. Echo la cabeza hacia atrás con decisión, dispuesta a decirle que tenemos que terminar con esto ya. Que no podemos seguir así, que... Y entonces veo cómo me mira. La calidez y la sinceridad de sus ojos oscuros me derriten por dentro hasta que me siento como un trozo de chocolate olvidado en la mesita de centro a pleno sol. Una flecha de lucidez me atraviesa. Esta noche, solo por esta noche, solo por una vez, no seré lógica ni racional. No me atormentaré pensando en todas las cosas que *podrían* salir mal. Que *podrían* estar mal. De las que *podría* arrepentirme. Viviré el momento y disfrutaré sintiendo sus manos sobre mi cuerpo.

Solo por esta vez, dejaré que todo suceda y simplemente me subiré a la montaña rusa de la vida. Si la noche termina con las últimas notas de *Moonlight Serenade* llenando el aire, no pasa nada. Si después de eso él siguiera adelante... Como no quiero explorar esa opción en detalle, aparto el pensamiento.

Como si hubiera vuelto a leerme el pensamiento, Brad cambia el agarre de mi mano y la levanta. Sin romper el contacto visual, me da un ligero beso en la muñeca que hace que se me encojan los dedos de los pies y pierda el equilibrio.

Ingrávida, caigo hacia él hasta que todo mi cuerpo está presionado contra el suyo y parece imposible saber dónde termina el suyo y empieza el mío. La mezcla de su olor y su perfume embriaga mis sentidos. Para encontrar algo de apoyo, rodeo sus fuertes hombros con mis brazos y entrelazo los dedos en su nuca.

Sus manos se deslizan por mis costados, provocando chispas de placer eléctrico allá donde me toca, antes de posarse finalmente en mi cintura, sujetándome con firmeza justo por encima de las sinuosas curvas de mis caderas.

Mi educación, mi sentido común —y algún que otro pódcast de *true crime*— deberían estar gritándome ahora mismo, señalándome enérgicamente que no solo es temerario, sino también peligroso, entregarse con tanta facilidad a un extraño.

Pero esa parte de mí está extrañamente callada, completamente silenciada, sin duda por el extraño y abrumador calor que se acumula cada vez más en mi centro.

¿Cómo puede estar mal algo que me sienta tan bien?

Sin embargo, Brad no me da la oportunidad de ahondar en ese pensamiento. Inclina la cabeza y sus labios encuentran el costado de mi cuello para depositar un ligero beso en mi yugular, justo en el punto donde me apliqué un poco de perfume antes de ponerme detrás de la barra para pasar la noche.

Ladeo la cabeza y apoyo la frente en su hombro.

Brad no deja pasar la oportunidad y me da una serie de dulces besos en el cuello que me distraen y me hacen olvidar de inmediato todas mis dudas y señales de alarma. Esto me sienta demasiado bien para eso.

Cierro los ojos y me concentro en cómo mi cuerpo reacciona a su contacto. Este momento merece ser saboreado. Cada segundo debe quedar grabado en mi memoria para poder evocarlo en todas las largas, frías y solitarias noches de invierno que se avecinan en Chicago.

Finalmente, su mano me sujeta la barbilla. Entonces, sus labios encuentran los míos.

Son más suaves de lo que esperaba. Mientras me doy cuenta de ello, la punta de su lengua recorre mi labio superior antes de romper finalmente la delicada resistencia de mis labios. Nuestras lenguas se enzarzan en una danza extrañamente seductora. Saboreo los débiles y familiares rastros del whisky que le he servido. Curiosamente, el whisky parece saber así mejor que nunca.

Su agarre en mi cintura se vuelve más firme y sus dedos se clavan a través de la tela transparente de mi vestido mientras me acerca aún más a él, presionando la dureza de su entrepierna contra mi ombligo para hacerme saber que el beso le excita tanto como a mí.

El deseo, que comenzó cuando me cogió de la mano y me sacó a la pista de baile, se intensifica. Si no hago algo al respecto pronto, voy a explotar.

Como si sintiera mi urgencia, Brad profundiza el beso. Gimo en su boca, completamente perdida en la sensación y el momento. Sus manos se deslizan más abajo, rodeando mi trasero, y sus dedos se clavan en la carne blanda, apretándola casi hasta el límite del dolor, antes de aflojar la presión y calmar mi piel de nuevo con largos, lentos y circulares roces.

Me tiemblan las rodillas. Mis dedos se aferran a su pelo como si eso fuera a ayudarme a mantenerme en pie mientras todo mi cuerpo

amenaza con convertirse en gelatina. Mi mente, incapaz de procesar la sobrecarga sensorial, se desconecta. El tiempo ya no parece consistir en segundos y minutos, sino solo en latidos. El calor atraviesa mi cuerpo con una intensidad que nunca creí posible.

De repente, se aparta un poco y me deposita un beso en la frente, mientras su erección se contrae contra mi vientre, asegurándome así que, aunque haya interrumpido el beso, Brad sigue extremadamente interesado en mí.

En la penumbra de la habitación, sus ojos oscuros brillan como los de un depredador salvaje en la oscuridad. El intenso deseo que bulle en sus profundidades es inconfundible y estoy segura de que en mis ojos arde la misma lujuria. A nuestro alrededor, el aire parece crepitar con un anhelo y una expectación reprimidos.

Brad desliza una mano a lo largo de mi columna hasta rodear mi cuello. Me aparta el pelo y acaricia la suave piel que hay debajo. Cierro los ojos y me siento... ingrávida.

Inclina la cabeza, presiona otro beso sobre mis labios entreabiertos y me arranca un intenso gemido. Su mano se posa demandante en mi nuca mientras el beso se vuelve más salvaje. Me olvido de la música, de la luz, del matrimonio mayor, de las deudas, de absolutamente todo. Lo único que importa ahora es su beso, sus caricias y este momento.

Brad se aparta por segunda vez. Respira con dificultad y presiona su frente contra la mía.

—Nunca he... —lucho por recordar cómo formar palabras y unirlas en una frase coherente. Dos besos de este hombre, y al parecer no hace falta más para dejarme sin habla.

El pulgar de Brad me acaricia la mejilla, tranquilizándome.

—Yo tampoco.

Frunzo el ceño mientras proceso sus palabras. Dudo mucho que se refiera a lo mismo que yo.

—Eh... Qué... No sé... —Mi incapacidad para hacerme entender me frustra.

Brad se inclina y pasa un brazo por debajo de mis rodillas y el otro por mis hombros. Al instante siguiente, ya me ha levantado del suelo y me ha apretado contra su ancho pecho.

—Ahora... —Me besa en la frente—, vamos a buscarnos un sitio... —Sus labios rozan mi mejilla—, ... más cómodo... —Sigue un beso fugaz en mis labios, que termina antes de que pueda disfrutarlo del todo—. ... para estar.

5

Lara

Brad me cubre la cara de besos, que deposita en mis ojos, la punta de la nariz, los pómulos, la mandíbula y, de vez en cuando, también en los labios. El corazón se me acelera mientras las pausas entre nuestros besos se vuelven cada vez más cortas e inquietas.

El deseo hierve en mi interior y me impide quedarme quieta en sus brazos. Arqueo la espalda y me froto contra su pecho, demasiado esclava del ardor y la presión que se acumulan dentro de mí como para preocuparme de adónde me lleva.

Tras unos pasos, se detiene, se deja caer en el enorme sofá de cuero marrón que he colocado junto a la pista de baile y me acomoda en su regazo. Le sujeto su perfecta cabeza masculina con ambas manos, hundiendo los dedos en su pelo espeso y suave, y presiono sus labios contra los míos. Me deleito cuando él, desinhibido, gime dentro de mi boca. Sus manos se deslizan bajo mi trasero y el bulto en sus pantalones se sacude contra mí, claramente perceptible a pesar de las capas de ropa que intentan separarnos.

Las manos de Brad me recorren la espalda, encuentran la cremallera de mi vestido y la bajan unos centímetros antes de detenerse. Aparta su boca de la mía y me mira fijamente.

—¿Puedo?

No me sale la voz, así que solo asiento con la cabeza para darle mi consentimiento. Por lo visto, eso le basta para bajar la cremallera del todo con un movimiento largo y suave. Los tirantes se me resbalan de los hombros, el corpiño cae, revelando mis pechos desnudos, mientras el vestido se arruga en mi cintura.

La mirada hambrienta de Brad recorre mi torso y, a juzgar por las comisuras de sus labios, le gusta lo que ve.

—Preciosa —susurra con voz ronca y me empuja suavemente hacia atrás hasta que me deslizo de su regazo y caigo sobre los cojines del sofá. El cuero está sorprendentemente frío sobre mi piel caliente, pero no consigue enfriar mi pasión. A estas alturas, no creo que nada pudiera sofocar el intenso incendio forestal que me consume por dentro.

Las fuertes manos de Brad bajan mi vestido por las caderas y las piernas. El corazón me da un vuelco cuando examina mis braguitas de seda rojas y el liguero a juego que me ciñe los muslos.

Juguetea con una de las finas tiras que unen la parte superior de mis medias al portaligas.

—Por lo que veo, el papel que interpretas en tu bar no se limita a la ropa exterior.

Me sonrojo de placer. Cuando me vestía para el trabajo, jamás habría imaginado que poco después alguien más que yo vería la lencería que había elegido. Ahora me alegro de haberme tomado mi tiempo y haber elegido algo presentable. Es una réplica de la lencería que usaban las mujeres en los «Felices Años Veinte». No sé muy bien por qué lo hago, pero me la pongo sobre todo para mí. Para sentirme como alguien que no soy.

—Parecía apropiado para la ocasión. —Mi voz es tan densa por el deseo que apenas la reconozco como la mía.

—Me gusta muchísimo —susurra Brad.

—Me alegro —respondo, jadeando.

Brad me levanta sin esfuerzo e invierte el orden de nuestros cuerpos, de modo que su torso me cubre por completo. Me besa a lo largo de la clavícula y cada roce de sus labios desencadena pequeñas y punzantes oleadas de placer, casi dolorosas por el anhelo. Tiemblo y me retuerzo bajo él.

—Relájate —susurra Brad en mi oído mientras sus manos se deslizan arriba y abajo por los costados de mi torso.

Más fácil decirlo que hacerlo.

Jamás he sentido algo así en mi vida. La presión ardiente que se acumula en mi interior no se parece a nada que haya experimentado antes y, a la velocidad a la que crece, no tardará en desgarrarme por dentro. Me debato entre el deseo de que Brad continúe con sus caricias y el impulso de detenerlo todo antes de que la presión me abrume.

Mientras tanto, las manos de Brad siguen bajando. Sus dedos se enganchan en la cinturilla de mis braguitas antes de deslizarlas hacia abajo y dejarlas caer sobre el montón de mi vestido. Un segundo después, mi liguero y mis medias se unen al resto.

Gimo y deslizo mis manos bajo su camisa, desesperada por tocarlo. Con deleite, las bajo desde sus tensos pectorales por cada uno de los abdominales de su tableta de chocolate.

Brad reacciona a mi contacto con una intensidad aún mayor que la mía. Con un gruñido profundo y animal, se arranca la camisa por la cabeza y la arroja sobre el respaldo del sofá. Un instante después, se deshace también de sus vaqueros y los tira al suelo junto a mi vestido.

Mi piel desnuda y sedosa se roza con su cuerpo áspero mientras Brad baja sus labios y los desliza sobre mi vientre ligeramente abombado. Parece murmurar algo, pero apenas puedo entender las palabras a través de la sangre que ruge en mis oídos. Me retuerzo contra el sofá, separando instintivamente los muslos y preparándome para el contacto que sé que está por llegar, aunque temo que me incendie por dentro.

Un maremoto de deseo intenso e irresistible desplaza cualquier pensamiento racional de mi cerebro.

Brad se desliza aún más abajo, su boca roza mis pliegues y mis labios exteriores, que protegen la zona más sensible e íntima de mi cuerpo. Cierro los ojos y me presiono contra él, desafiándolo.

No me hace esperar.

Mis muslos temblorosos presionan sus hombros, inmovilizándolo, mientras su aliento me roza, haciendo cosquillas en terminaciones nerviosas que ni siquiera sabía que existían. Nunca habría soñado que algo así pudiera sentar tan bien.

Siento un cosquilleo de excitación en el estómago, pero no me importa. Confío en Brad de una manera en la que nunca he confiado en nadie. Sé que es posible que me dé la espalda después de esto, y la experiencia podría dejarme con el corazón roto, pero estoy dispuesta a correr el riesgo.

Siento en lo más profundo de mi ser que Brad no hará nada para herirme deliberadamente.

—Por favor —susurro, empujando mis caderas contra él—. Necesito... —No puedo expresar mis necesidades con palabras. Solo puedo esperar que él las entienda por intuición.

—Yo también —responde, y su voz suena como si estuviera muy lejos.

Levanta una mano y la posa sobre mi pecho derecho. Su pulgar rodea mi pezón endurecido, liberando descargas eléctricas en mi interior, mientras su cabeza desciende hacia mi sexo. Su lengua me roza allí, haciéndome estremecer antes de recobrarme y suplicarle con mi cuerpo que repita el movimiento.

El placer podría matarme, pero ¿habría una forma mejor de pasar a mejor vida?

—Te gusta, ¿eh?

—Más... de lo que... te imaginas —jadeo.

Apenas he pronunciado las palabras, Brad empieza a transformarse en un poseso. Su boca vuela literalmente sobre mi sexo, lamiendo, succionando y mordisqueando como un loco.

Un suave crujido llama mi atención. Un envoltorio de condón rasgado, me doy cuenta cuando él se desenrolla el látex sobre su erección. Por suerte, está usando la cabeza. Estoy demasiado abrumada por mi deseo como para haber dedicado un solo

pensamiento a la anticoncepción. Y un bebé sorpresa es realmente el último tipo de complicación que mi vida necesita ahora mismo.

Mis manos encuentran sus hombros y mis uñas se clavan profundamente en su carne mientras arqueo la espalda y me levanto del sofá para darle mejor acceso, exigiéndole más en silencio.

Brad aprovecha mi postura para deslizar sus manos sobre mis caderas y rodearme las nalgas. Siento sus dedos como si me marcaran a fuego, como si mi cuerpo fuera solo suyo. Lo único que importa en este momento es el placer que me produce su tacto.

Tras una última y larga lamida, Brad se pone de rodillas hasta quedar por encima de mí.

Una mano sigue rodeando mi trasero, manteniéndome en posición mientras él se coloca. Su miembro turgente presiona contra mi entrada y su delicada piel. Por una fracción de segundo, me preocupa ser demasiado estrecha para su impresionante polla.

Brad murmura algo ininteligible y su pulgar frota inesperadamente mi pequeña perla endurecida, desatando ondas de puro placer en mi interior. Mis caderas se sacuden salvajemente y se encuentran con su embestida simultánea, que lo hace penetrarme hasta el fondo.

Me estremezco mientras mi cuerpo intenta adaptarse a la intrusión. Siento la erección de Brad tan grande e intensa dentro de mí.

Brad sigue moviéndose dentro de mí antes de que mi cuerpo esté realmente listo, retirándose casi por completo y embistiendo de nuevo.

Intento desesperadamente volver al abrumador estado de trance en el que me encontraba hace un momento. Cierro los ojos y me concentro por completo en la sensación de sus manos sobre mi cuerpo. El delicioso aroma de su perfume. Y la forma en que los latidos de nuestros corazones parecen estar en sintonía.

Funciona. A la tercera embestida, mis paredes interiores pulsan alrededor del miembro de Brad, acogiendo su entrada en lugar de resistirse.

Es como si un interruptor se activara en algún lugar de mi interior. En un momento, percibo cada uno de los movimientos de Brad, su olor, el sabor de sus besos, nuestra piel deslizándose una sobre otra. Al instante siguiente, unos fuegos artificiales explotan tras mis párpados y resuenan en mi cuerpo, apoderándose de cada parte de mí e incendiándome por dentro. Una ola tras otra rompe sobre mí, arrastrándome con ellas.

Sobre mí, Brad se pone rígido. Su cuerpo se sacude una vez más antes de que su gemido se mezcle con mi sollozo de sensualidad, se desploma sobre mí y me abraza con fuerza para cabalgar juntos las últimas olas de intenso placer.

6

Brad

Lara suspira suavemente y se acurruca en mi pecho. Le paso el brazo por su cálida cintura y mi pulgar dibuja ochos perezosos sobre su espalda mientras los últimos espasmos de placer abandonan su cuerpo y se relaja poco a poco.

El sueño coquetea con mis sentidos y, de vez en cuando, pone mi consciencia en pausa mientras los acontecimientos de la última media hora desfilan débilmente ante mis ojos. El recuerdo de la música se mezcla con el del sonido de los pies de Lara, cubiertos con las medias, deslizándose por la pista de baile mientras su cuerpo se balanceaba contra el mío. Esa tensión única antes del primer beso. Las dudas. La espera del momento adecuado. Y, por fin, el dulce sabor de sus labios. Su jadeo sorprendido cuando la penetré. La forma en que su pelvis me aprisionaba. Sus gritos cuando el orgasmo se apoderó de ella y la arrastró consigo.

Cada recuerdo es aún más vívido que el anterior, pero también hay algo extraño en ellos. Todo el tiempo ha habido algo que me ha extrañado, aunque no estaba en situación de poder ahondar realmente en el asunto.

Pero ahora, mientras mi ritmo cardíaco disminuye y la razón vuelve, no puedo evitar hurgar en los recuerdos en busca de la causa.

Finalmente, la revelación me cae como un rayo.

La media frase que susurró en la pista de baile. La vacilación en algunas de sus caricias. La forma en que se tensó cuando quise penetrarla. Su jadeo agudo y el breve apaciguamiento de su deseo, que sentí, pero no entendí.

—Eras virgen. —Las palabras casi brotan de mi boca antes de que haya asimilado del todo su magnitud.

—Ya no —susurra Lara con voz adormilada.

—Por qué… —Trago saliva, todavía intentando asimilarlo.

—¿Por qué? —repite Lara—. No entiendo la pregunta. ¿Quieres saber por qué seguía siendo virgen? ¿O qué?

Sí, quiero saber por qué una mujer tan bella y deseable como ella ha conservado su inocencia, pero no es la única pregunta que tengo.

—¿Por qué yo?

Refunfuñando, Lara se incorpora. Se coloca un mechón de pelo, alborotado por el sexo, detrás de las orejas.

—Porque me ha gustado tu aspecto. Porque tienes ojos amables y eres un buen bailarín.

—¡Pero si no me conoces de nada!

He recibido de una mujer el regalo más valioso que puede hacerle a un hombre, pero no lo he pedido y no tengo ni idea de qué hacer con él.

—Mi vuelo sale… —Miro el reloj—. Dentro de unas doce horas.

—Me has atraído más que ningún otro hombre que haya conocido.

—Pero habrás tenido citas. Eres demasiado atractiva para no haberlas tenido.

Lara se ríe, encantada, y los débiles rastros de sueño desaparecen de su rostro. Se inclina hacia mí y me besa en la mejilla.

—Eres tan mono. —Coge mi mano y entrelaza sus dedos con los míos—. Sí, claro que he tenido citas. Con varios hombres, pero, por alguna razón, nunca quise acostarme con ninguno de ellos. Contigo ha sido diferente. Encendiste mi fuego en el momento en que entraste por la puerta de mi bar.

Una oleada de orgullo florece en mi pecho. Vale, quizá un poco más que una oleada.

—Voy a decirte algo más —continúa Lara. Se acerca, con la boca suspendida justo por encima de mi oreja. La sensación electrizante de su aliento caliente sobre mi piel es una de las cosas más eróticas que he experimentado jamás.

Trago saliva y me obligo a dejar de pensar en su cuerpo y en el sexo con ella para centrarme en sus palabras.

—Incluso ahora me excitas de una forma que nunca creí posible.

Sus palabras, la cercanía de su boca, la sensación de su calor mezclándose con el mío… todo es demasiado para mí. Me hace perder el control por completo.

Con un leve gruñido, le pongo las manos en las caderas y tiro de su magnífico trasero sobre la suave tapicería de cuero. Totalmente desprevenida ante mi movimiento brusco, Lara no tiene oportunidad de mantener el equilibrio y cae hacia atrás; sus hombros golpean el cojín una fracción de segundo antes de que yo cubra su cuerpo por completo con el mío.

Le tomo la cara entre las manos y le sujeto la cabeza mientras mi boca encuentra la suya. Mi lengua se desliza entre sus labios entreabiertos para enredarse con la suya en una danza que hace que me hierva la sangre y manda al traste todo pensamiento racional. Nada más que Lara parece importar ya.

Se retuerce bajo mi cuerpo, separando los muslos y doblando las rodillas hasta que sus piernas se cierran alrededor de mis caderas con la fuerza y experiencia de una campeona de equitación. Me estremezco cuando una de sus manos se desliza por mi costado, trazando suavemente las colinas y valles que forman mis músculos antes de deslizarla entre nuestros cuerpos apilados.

Casi pierdo la cabeza cuando esa misma mano empieza a envolver mi miembro ya duro. Gimo, excitado, contra su boca y bajo las manos. Hasta ahora, nunca había estado con una mujer que

tuviera tal efecto en mí. No quiero que pare; no, quiero que dure el mayor tiempo posible, pero con sus dulces dedos mimándome y masajeando mi erección, no podré contenerme por mucho más tiempo. Bajo la mano con la intención de apartar la suya, pero antes de que pueda, ella la mueve y coloca mi polla de tal manera que la punta explora su entrada íntima. Me tenso y pronuncio una especie de plegaria silenciosa, aunque no estoy seguro de si le pido que continúe lo que ha empezado o que lo termine antes de que los últimos restos de mi autocontrol se consuman en las llamas de mi lujuria.

Lara levanta la cabeza y se funde conmigo en un beso que siento hasta en las plantas de los pies. Con un rápido movimiento de cadera por su parte, me acoge en toda mi longitud y ambos jadeamos.

La sensación de estar completamente rodeado por ella es más de lo que puedo soportar. Muevo las caderas en círculos y disfruto de cómo ella hace lo mismo, moviendo nuestros cuerpos en perfecta armonía, embestida tras embestida.

Cierro los ojos y hundo el rostro en la curva de su cuello y su hombro. Sus uñas cortas y pintadas se clavan en mi espalda y el dolor se mezcla con el placer mientras la presión aumenta hasta que ambos nos corremos el uno en el otro con gritos simultáneos.

Temblando por la intensidad de mi orgasmo, me dejo caer sobre ella, de modo que mi peso la hunde en los cojines del sofá. Acostarme con Lara es una experiencia insólita, diferente a la de cualquier otra mujer.

Con movimientos lentos, me separo de ella, arrepintiéndome en el acto, y finalmente acabamos tumbados en el sofá, abrazados.

Lara, que ya está en un estado de duermevela, masculla algo que suena a protesta, aunque no puedo distinguir las palabras.

—Te he dado bastante caña, ¿eh? —declaro.

—Ha merecido la pena. —Sus palabras son ininteligibles.

Me río entre dientes.

—Se me ocurren algunas cosas que preferiría hacer con tu cuerpo antes que darle caña.

Lara vuelve a gruñir algo incomprensible. La acerco a mí y escucho cómo su respiración se calma.

Parece casi imposible, pero nuestro bis ha sido aún mejor que la primera vez.

Es como si ambos estuviéramos exactamente en la misma frecuencia, como si pudiéramos leernos el pensamiento. Nuestros cuerpos están perfectamente sincronizados. No se nota nada de la torpeza de la curva de aprendizaje inicial que suele acompañar las primeras veces con alguien.

Si ya es así de bueno ahora, pienso, *¿cómo será dentro de unos años, cuando conozcamos de memoria el ritmo del otro?*

Siento una punzada helada en el pecho que me hace estremecer. ¿De dónde coño sale ese pensamiento? Ni una sola vez en mi vida he pensado remotamente en un «para siempre» en relación con una mujer, y menos aún con una a la que solo conozco desde hace unas horas.

Entonces, ¿por qué lo hago ahora?

7

Brad

Por muy bien que se sienta tener a Lara entre mis brazos, no puedo ignorar el dolor en la cadera derecha y en la parte baja de la espalda. Por mucho que cambie de postura o intente obligarme a relajarme, cada vez se hace más intenso.

—¿Qué demonios te llevó a comprar este maldito sofá?

Lara se ríe.

—Era grande, estaba de oferta y pega con el ambiente de este sitio.

—Y es más incómodo que un autobús de línea —gruño.

Todavía entre risitas, Lara estira el brazo hacia atrás y me da una palmadita torpe en las costillas.

—Para sentarse no está mal y, como normalmente se usa para eso…

—Pero el uso que le estamos dando nosotros es mucho más interesante. —Dejo que mi mano se deslice por su torso aterciopelado y le rodeo el pecho derecho. Su pezón presiona contra mi palma. Como respuesta, la sangre vuelve a precipitarse hacia el sur y empuja contra la carne de su muslo.

Lara gira la cabeza para poder mirarme y arquea una ceja.

—¿Otra vez? ¿En serio? Estoy bastante segura de haber leído artículos sobre que los hombres solo… ya sabes… que tenéis vuestros límites a la hora de repetir.

Le doy un beso en el hombro desnudo.

—Gracias por el piropo, pero estoy bastante seguro de que es culpa tuya.

—Es evidente. —Cambia de postura y hace una ligera mueca—. Por muy interesante que suene otro asalto contigo, me temo que tengo que pasar. —Arruga la nariz—. Ahora solo quiero una ducha caliente. Ha sido una noche larga. Aunque eso ya lo sabes, estabas allí. Y no eres del todo inocente.

Eso significa que esta fiesta tendrá que continuar en otro sitio.

—Mi hotel está justo enfrente y tiene una buena ducha. Lo bastante grande para dos…

Las palabras todavía flotan en el aire cuando recuerdo lo que hay en mi habitación de hotel. A saber, una pila de papeles sobre la cama de la que es mejor que Lara no se entere. No hay una manera fácil de explicar por qué tengo a mano una pequeña montaña de dosieres sobre varias mujeres. Y desde luego, ninguna excusa que la convenciera de meterse en la misma cama conmigo.

Pero si consigo llevarla a la ducha antes de que eche un vistazo a la cama, puedo recoger el desorden y guardar los expedientes sin que se dé cuenta de nada. Requiere un juego de manos rápido, un poco de maña y una pizca de suerte, pero es factible.

—Mmm —ronronea Lara.

Se incorpora y coge su vestido flapper arrugado.

—Por mucho que siempre haya querido alojarme en el *Philistine Hotel* de al lado… —Se pasa el vestido por encima de la cabeza. Disfruto viéndola vestirse casi tanto como he disfrutado quitándole el vestido—. Me siento demasiado guarra como para cruzar la calle. Además… —Se baja el vestido arrugado, medio de pie mientras se lo pasa por el culo desnudo y lo desliza por sus muslos—. No llevo el atuendo adecuado para pasearme por el vestíbulo…

Personalmente, creo que no sería la primera mujer en pasearse por el vestíbulo con un atuendo no del todo perfecto, aunque sospecho que la mayoría hace el paseo de la vergüenza en el *Philistine* al salir en lugar de al entrar.

Juego con uno de los flecos de su vestido.

—¿Y ahora qué?

—¿Cómo que ahora qué?

Lara gira la cabeza y me mira fijamente. Arquea una ceja. La diversión brilla en sus hermosos ojos.

—Me gustas y acabas de dejarme sin aliento dos veces seguidas, ¿pero no crees que es un poco pronto para planear un futuro juntos y todo ese rollo?

Echo la cabeza hacia atrás, riendo. El humor de Lara es más contagioso que el virus de la gripe.

—Pequeña bestia. —Le doy una palmadita en el culo—. Ya sabes a qué me refiero.

Recoge las medias de seda, el sujetador y el diminuto trozo de tela que hace las veces de una versión endeble de sus bragas, y me los pone en la mano.

—Coge esto y sígueme. —Se levanta y se dirige al lado opuesto de la habitación, hacia una puerta discreta a pocos pasos de la barra. No se detiene a ver si la sigo.

Para no darle la oportunidad de escapar, recojo mi ropa a toda prisa y rezo para que no me lleve desnudo al escenario de un teatro vecino mientras corro tras ella.

***

Por suerte para mí, la puerta no se abre al escenario del abarrotado *Chicago Improv Theater*, sino simplemente a una escalera empinada. No dudo ni un segundo en perseguir a Lara escaleras arriba y, sabiamente, aprovecho la oportunidad para contemplar a fondo su culo y la profunda uve que el vestido abierto le dibuja en la espalda.

Con la promesa de semejante vista, la seguiría hasta las puertas del mismísimo infierno.

Se detiene en el estrecho rellano de la parte superior de la escalera, donde hay otras tres puertas, saca una llave de algún lugar difícil de determinar de su cuerpo y abre la puerta más alejada, la única que tiene un felpudo delante. Tras abrirla, pulsa un interruptor de la luz en la pared y se hace a un lado.

—Adelante —me invita, mientras la lámpara del techo crepita y revela la habitación.

Con curiosidad por saber adónde me ha traído, cruzo el umbral y me encuentro en un apartamento bastante modesto. La puerta de entrada da directamente a un pequeño salón en el que hay un enorme sofá de cuero verde que, dejando a un lado el color, podría ser un duplicado perfecto del que acabamos de explorar a fondo hace unos instantes.

La habitación está decorada en tonos tierra cálidos, desde la alfombra de color castaño rojizo hasta el papel pintado beis. La pared sobre el sofá está adornada con varios marcos de cuadros con acuarelas y dibujos, así como con objetos de arte y decoración que se combinan armoniosamente para formar una galería. En un rincón alejado hay un aparador *vintage* de madera, cuyos estantes casi se hunden bajo el peso de algunas plantas y sus pesadas macetas de terracota. En cada espacio libre hay una pila de libros.

Me gusta. El tamaño que le puede faltar a la habitación, lo compensa con creces con calidez y carácter.

Miro por encima del hombro a Lara, que cierra la puerta con una mano y con la otra se ajusta el tirante descolocado del vestido.

—¿Este apartamento es tuyo?

Asiente.

—Tener un piso con alquiler gratuito es una gran ventaja. Arriba hay otros dos apartamentos, ambos un poco más grandes que este,

que quiero acondicionar este invierno para alquilarlos. Los ingresos cubrirán los gastos de mi hipoteca por los pelos.

—Eso es inteligente. Me imagino que los pisos vacíos en una ciudad de este tamaño no duran mucho en el mercado.

Lara niega con la cabeza.

—Ya me está llamando gente. Ni siquiera sé cómo saben que los pisos existen…

Una pequeña criatura sale disparada por una puerta y corre hacia ella. Se detiene en medio de la habitación y me ladra cuatro veces antes de continuar su ataque. A un par de metros de Lara, salta en el aire con alegría.

Lara se ríe mientras se arrodilla y lo atrapa contra su pecho, y el tirante que acaba de ajustarse se le vuelve a deslizar por el brazo.

Miro al perro, atónito. El hecho de que me haya ladrado es la única razón por la que sé que es un perro. Si no, no sabría cómo llamarlo, salvo… profundamente feo.

—¿Es tuyo?

No puedo ocultar la consternación en mi voz.

La pequeña criatura apoya sus patas delanteras blancas en la clavícula de Lara y le lame la cara frenéticamente.

—Por supuesto —confirma Lara—. Atticus, este es Brad. Brad, Atticus.

Observo a la cosa.

—¿Qué le ha pasado en el pelo? ¿Por qué está tan… calvo?

Salvo por un mechón de pelo en la punta de su larga cola de látigo, algunos mechones finos en la parte inferior de la pata y una patética crin rubia que le cubre la parte delantera de la cara y parte de las orejas y que le llega hasta el cuello, el perro no tiene ni un pelo.

—Es normal.

Lara actúa como si acabara de sugerir tirarlo por la ventana del segundo piso y aprieta al pequeño animal contra su pecho para protegerlo.

—Atticus es un crestado chino. Algunos tienen pelo, claro, pero Atticus es una variedad sin pelo. Es de pura raza. ¿Nunca has visto uno?

Niego con la cabeza. Mirar a Atticus es como ver el resultado de un accidente especialmente cruel. Es tan feo que quiero apartar la vista, pero es como si mis globos oculares estuvieran pegados a su cuerpo flacucho y desnudo.

—No. De donde yo vengo, casi todo el mundo tiene perros grandes. Hay muchos labradores, pastores alemanes y pitbulls. Y la mayoría tienen pelo.

Perros de verdad. Perros peludos. Perros que probablemente se mearían de la risa si alguna vez se encontraran con la escuálida criatura que está en brazos de Lara.

—¿Por qué demonios te decidiste por un perro medio desnudo como este?

Lara pone un brazo protector a su alrededor.

—Atticus está perfectamente bien. Es tan cariñoso y leal como todos los labradores y pitbulls que tienen tus amigos. Además, no suelta pelo y es hipoalergénico. Por eso a mi familia le interesaron los crestados chinos. Mi hermana mayor es extremadamente alérgica, así que esta raza era una de las pocas opciones que teníamos.

Su mirada recorre mi cuerpo.

—Además, no estás en posición de juzgar a los demás en lo que respecta a la desnudez.

Mierda.

Había olvidado por completo que no me molesté en vestirme antes de seguirla escaleras arriba. En la mayoría de las

circunstancias, no me importa estar desnudo. Es una sensación liberadora y Lara ha dejado más que claro que le gusta mirar mi cuerpo, pero la forma en que el perro me examina con sus pequeños ojos de diamante me resulta muy incómoda. Es como si me estuviera juzgando y encontrándome deficiente de alguna manera.

Dejo caer todo excepto los vaqueros, que me pongo enseguida.

Lara aparta suavemente a Atticus de su regazo y se levanta.

—Bueno, no soporto más mi cuerpo sucio y voy a ducharme. Siéntete como en casa. —Mira el pequeño montón de ropa junto a mis pies desnudos—. No dejes que Atticus mastique mi ropa interior.

Tras estas últimas palabras, se escabulle por la habitación, abre una puerta que supuestamente conduce al baño y la cierra firmemente tras de sí.

Haciendo suaves ruidos de olisqueo, Atticus trota hacia el sofá y salta sobre él. Se da la vuelta, deja caer su pequeño trasero sin pelo sobre el cojín y se queda allí sentado, mirándome.

Le devuelvo la mirada.

—Me niego a dejarme intimidar por ti —le digo, lanzando una mirada cautelosa al protector de Lara. Pero Atticus ni siquiera parpadea. No da ninguna señal de que yo le preocupe lo más mínimo.

Supongo que ya sé quién manda aquí…

Miro la pila de ropa. Normalmente, dejaría todo ahí tirado. No hace daño a nadie y la señora de la limpieza puede recogerlo. Claro que sospecho que Lara considera el servicio de limpieza un lujo que no se puede permitir, lo que significa que tendrá que recoger la ropa ella misma.

Y luego está Atticus.

—No te comerías su ropa interior, ¿verdad?

El perro no reacciona, pero algo en su mirada me hace pensar que la idea de recoger la ropa quizá no sea tan mala. Después de

ver lo rápido que puede ser, creo que sería capaz de saltar del sofá en un santiamén, coger la ropa interior y desaparecer a saber dónde antes de que yo tenga la oportunidad de reaccionar.

Con un fuerte suspiro, me agacho, recojo la ropa y llevo la pila al otro lado de la habitación. Asomo la cabeza en la habitación de la que ha salido el perro. Es un dormitorio muy bonito.

Eso está bien.

Tiro la ropa al suelo, cierro la puerta y le sonrío al perro.

—Bueno, problema resuelto.

Podría jurar que Atticus pone los ojos en blanco antes de tumbarse en el sofá y apoyar su estrecha cabeza sobre sus patas delanteras.

—Bueno, si no te importa… —Hago un gesto con la cabeza hacia la puerta del baño, intentando no sentirme como un loco por el hecho de estar hablando con un perro—. Pero no quiero perderme esta sesión de ducha. Así que quédate aquí y no comas nada que no debas comer. ¿Vale?

No espero a que responda, abro de un empujón la puerta del baño y me adentro en la densa nube de vapor que se arremolina por el otro lado.

8

Lara

No me molesto en coger la esponja, sino que me limito a apoyar el hombro en la pared de azulejos, cierro los ojos y dejo que el agua caliente me caiga por encima, aliviando el dolor de mis músculos doloridos.

Imágenes fugaces parpadean tras mis párpados cerrados. La sonrisa de Brad cuando me quité las zapatillas para deslizarme mejor por la pista de baile, la mirada en sus ojos un segundo antes de que inclinara la cabeza y apretara su boca contra la mía, su expresión mientras sus manos exploraban cada centímetro de mi cuerpo.

Me tiemblan las rodillas mientras mi cuerpo recuerda cada detalle del tacto de sus manos sobre mi piel. La sangre me corre por las venas tan caliente como el agua que cae sobre mí.

¿Qué tiene Brad que lo hace tan diferente de todos los demás hombres que he conocido en mi vida?

¿Qué es lo que me ha permitido lanzarme a sus brazos y confiarle por fin mi cuerpo a alguien?

Reconozco que en mi vida me he topado con unos cuantos capullos —¿qué mujer no lo ha hecho?—, y desde que abrí el bar, parece que han salido como setas. Todos se creen un regalo para la humanidad y están convencidos de que la camarera no desea otra cosa que acostarse con ellos; algo que, sin embargo, nunca he hecho.

También he conocido a algunos tíos estupendos, incluso he salido con ellos. Tíos a los que conozco desde hace mucho más tiempo que a Brad, pero cada vez que me besaban, algo me frenaba. Con Brad, sin embargo, no hubo vacilación, solo una sensación de confianza y… de que todo estaba *bien*.

¿Es eso siquiera una palabra? No lo sé, pero para mí es exactamente así como me siento.

No puedo negar que estoy esperando arrepentirme de lo que hemos hecho, darme cuenta de que he cometido un gran error y he entregado una parte de mí que nunca recuperaré, pero hasta ahora, simplemente no ha sucedido. Todo lo que siento es un cálido resplandor que nace en lo profundo de mi pecho y se extiende hasta las yemas de mis dedos de las manos y de los pies.

Cuando Brad se haya ido y el arrepentimiento me invada, no dejaré que me afecte. Me limitaré a recordar una y otra vez cómo me sentí en esos momentos con él.

El suave chirrido de la puerta me saca de mis pensamientos. A través de la mampara de cristal de la ducha, muy empañada, observo una figura borrosa que se detiene en medio del cuarto de baño. Su cuerpo parece ocupar casi todo el pequeño espacio mientras se quita los pantalones antes de echar mano a la puerta de la ducha.

El corazón me martillea en las costillas. Late tan fuerte y rápido que me duele.

Finalmente, la mampara de la ducha se desliza. Brad entra en la ducha con un solo movimiento fluido y su mirada se encuentra con la mía.

—Como no eres la única que está un poco sucia, he decidido unirme a ti. Así ahorramos un poco de agua.

Mis terminaciones nerviosas parecen danzar bajo mi piel e instintivamente me cubro el pecho y el vientre con los brazos. Una reacción extraña, teniendo en cuenta que tanto las manos como la boca de Brad ya han estado por todas partes, por dentro y por fuera de mí, pero no puedo evitarlo. Abajo la luz era tenue, había más sombra que claridad, pero en esta habitación la iluminación es cruda e implacable.

Alguien como Brad probablemente sale con las mujeres más hermosas del mundo. Yo soy bastante guapa y normalmente estoy orgullosa de mi cuerpo, pero también soy dolorosamente consciente de los cinco o siete kilos de más que he cogido, sobre todo en las caderas y el abdomen, desde que abrí el *Blind Pig*. No son unos kilos bonitos.

—No —susurra Brad.

Me agarra las muñecas y las levanta hasta que quedan inmovilizadas justo por encima de mi cabeza, contra la pared. La postura sería excitante si no me ardiera la cara de vergüenza. Me cuesta todo mi esfuerzo permanecer donde estoy y no apartarme.

—Nunca te escondas de mí. —Brad me sujeta las muñecas contra la pared con una sola mano y, con la otra, me coge la barbilla para levantarme la mirada. Luego, la mano desciende. Su tacto es a la vez posesivo y reconfortante—. Eres preciosa.

Abro la boca, pero no sé qué decir. Resulta que no necesito decir nada. Sin mover las manos, Brad se inclina y me besa. Su boca sabe a agua y a mucha pasión.

El tiempo parece ralentizarse mientras el beso continúa sin cesar. Exploramos lánguidamente la boca del otro. Ninguno de los dos quiere ser el primero en romper el contacto, ansiosos por explorar el sabor del otro.

Mis músculos se relajan y se ablandan hasta que siento que lo único que me mantiene en pie son las manos de Brad.

Finalmente, se aparta, rompiendo el beso y dejándome sin aliento. Su mirada se clava en la mía y una lenta sonrisa se extiende por su rostro, ahondando un magnífico par de hoyuelos a ambos lados de su boca que me muero por cubrir de besos.

—Bueno, ahora veamos cómo te limpiamos. —Brad me suelta para coger la esponja y el gel de ducha. Y en sus ojos reconozco el mismo deseo ardiente que vi en el sofá de mi bar.

9

Brad

Miro con cierto orgullo la bandeja que he preparado. No es gran cosa, ni de lejos tan elaborada como lo que habría preparado si hubiera tenido acceso a mi propia cocina o si hubiera podido ir antes al supermercado, pero teniendo en cuenta lo poco con lo que he tenido que trabajar, no está nada mal.

La tomo, atravieso el pequeño apartamento de Lara con el torso desnudo y abro la puerta del dormitorio de una patada suave.

—¡Arriba, dormilona! —digo en voz baja, pero con firmeza.

El bulto cubierto por la manta, que supongo que es Lara, apenas se mueve, pero el delgaducho y desnudo Atticus, que se había acurrucado en mi almohada cuando salí de la habitación, se pone en pie de un salto.

Se le eriza el lomo y sus ojos brillan mientras olfatea el aire un instante. Luego, se lanza a la acción con un ladrido alegre. Pasa por encima de Lara, lo que le arranca un jadeo de sorpresa a ella, y corretea hasta el extremo de la cama más cercano a mí. Una vez allí, se sienta con elegancia y me mira expectante.

—Buen intento, amigo —le digo, lanzándole primero una mirada de advertencia y luego señalándolo con mi dedo índice levantado. Tengo la impresión de que este bichejo me ha juzgado y ha decidido que no soy digno de la atención de Lara—. Pero esto no es para ti. No es nada personal.

—¿Qué hora es? —masculla Lara adormilada, todavía enterrada bajo un montón de mantas.

Miro el despertador.

—Las diez y veintidós.

—Casi de madrugada —dice Lara con una voz claramente somnolienta—. Demasiado temprano para levantarse.

—La mayor parte de Chicago lleva ya tiempo despierta. —Dejo la bandeja en la mesita de noche, me siento a su lado y le doy un empujoncito con la cadera.

—Sí, pero no los que se pasan media noche despiertos trabajando detrás de una barra.

Retiro la manta, dejando al descubierto su cara, que tiene apretada contra la almohada. Abre un ojo y me mira con la intensidad de un viejo lobo de mar.

—Vamos. Tengo que irme pronto, pero antes quiero pasar unos minutos contigo. —Cojo la bandeja y se la pongo delante de la cara —. Incluso te he preparado el desayuno.

Se queda mirando la bandeja un segundo, sopesando sus opciones. Al parecer, el hambre vence al sueño, porque se incorpora, sujetándose la sábana bajo los brazos para ocultar de mi vista su increíble cuerpo.

Qué lástima.

En cuanto se incorpora, le coloco la bandeja en el regazo y me deleito con la sonrisa que se extiende por su rostro, disipando el cansancio.

—Esto es lo más bonito que nadie ha hecho nunca por mí. — Coge un trozo del melocotón que he cortado y le hinca los dientes. Una pequeña gota de zumo le resbala por la barbilla—. Eres un encanto.

—No tanto como tú.

—Me refería al melocotón.

Incapaz de resistirme, me inclino y le lamo las gotas de zumo antes de conquistar su boca con un beso delicado. Cuando me aparto, casi ronronea y sus ojos están cargados de deseo.

—Mmm —gime, señalando la bandeja—. No tenías por qué hacerlo. Normalmente solo como un bol de cereales por la mañana. O quizá un sándwich de alguno de los sitios de comida rápida si me apetece algo más elaborado.

—A juzgar por el contenido de tu cocina, ya me lo imaginaba.

El melocotón cortado, un bol de muesli ecológico, una tostada y un zumo de naranja que sobrepasaba peligrosamente la fecha de consumo preferente habían agotado prácticamente todas las existencias de su cocina. Con aire examinador, como mi antiguo profesor de química, el señor Sour, levanto el vaso con el efervescente contenido naranja y doy un sorbo cauto. Cuento hasta tres mentalmente antes de pasárselo.

—Mmm —repite ella—. ¡Una mimosa! Pero ¿de dónde has sacado...?

—He birlado una botella de champán de abajo. Por supuesto, he dejado algo de dinero en la barra para cubrir el coste.

—No tenías por qué hacerlo. —Le da otro sorbo—. Me lo estoy bebiendo yo, así que debería pagarlo yo.

Niego con la cabeza.

—No, de verdad. Esta ronda corre de mi cuenta.

Lara parece que va a oponerse, pero se contiene. Bien. No quiero discutir, sino disfrutar de estos últimos momentos con ella.

—Al parecer, el champán no es lo único que has birlado. —Toca el diminuto murciélago de satén negro que he cogido de una de sus decoraciones de Halloween y que he atado a su cuchara con un coletero.

—Un desayuno en la cama no está completo del todo sin al menos una flor en la bandeja, y como no he podido encontrar ninguna abajo, he improvisado.

Entre risas, Lara parte un trozo de tostada y se lo da a Atticus, que lo engulle de un bocado y me lanza una mirada que, en mi

opinión, es desafiante. Lo ignoro.

Lara coge la cuchara y se lanza a por el muesli.

—Y Acción de Gracias está a la vuelta de la esquina. Y después tendré que ocuparme de la decoración de Navidad. —Arruga la frente—. Es curioso lo rápido que pasa el tiempo cuando empiezas a medirlo en función de los cambios de decoración. Nunca me había dado cuenta hasta que me convertí en empresaria.

Navidad... ¿De verdad está ya tan cerca?

Hago cuentas mentalmente. Falta una semana para Halloween, lo que significa que quedan diez para Navidad. Hasta hace poco, esos periodos de tiempo me parecían una eternidad. Para mí, esta Navidad será parecida a las últimas: un día como cualquier otro, con la única diferencia de que la mayoría de las tiendas estarán cerradas y, con un poco de suerte, nevará un poco.

Y por ahora, no hay ninguna razón para suponer que la próxima será muy diferente.

—Cuando te pregunté qué te traía a la ciudad, solo dijiste que estabas aquí por negocios, pero no mencionaste de qué negocio se trataba. —Lara me saca de mi creciente melancolía.

Me inclino y le doy un casto beso en la mejilla.

—Al final no ha sido solo por negocios, también ha habido una buena dosis de placer.

Lara resopla.

—Bien, entonces no me digas a qué te dedicas. —Duda un momento, sopesando sus siguientes palabras—. No supongo que sea el tipo de negocio que te traiga de vuelta a Chicago a menudo, ¿verdad...?

Me he preguntado inmediatamente cómo sería si este rollo de una noche se convirtiera en algo más. Ahora me está ofreciendo la oportunidad perfecta para descubrirlo.

—Yo... no lo sé.

En cuanto pronuncio las palabras, siento una punzada en el corazón. Casi me estremezco ante el dolor repentino y agudo.

Quizá debería decirle la verdad sobre por qué estoy en Chicago. Ya ha demostrado ser excepcional. Quizá también sea la única que lo entendería, que me entendería.

Siento que las palabras me suben por la garganta, pero me las trago. Todo en Lara ha sido simplemente mágico. Ha sido un encuentro perfecto. Es mucho mejor para los dos recordarnos así que decir algo que podría cambiar por completo mi opinión sobre ella, y viceversa.

—Probablemente no —añado.

—Ah. —La decepción brilla en sus ojos, pero la disimula. Levanta la bandeja y la coloca en la mesita de noche. Al hacerlo, deja caer la sábana y deja sus pechos al descubierto.

Se me seca la boca.

—En ese caso, un último asalto antes de que tengas que irte. —Su mirada se encuentra con la mía—. ¡Para que no me olvides!

—No creo que eso pueda pasar —digo. Siempre he odiado las despedidas, y la tristeza en los ojos de Lara no me lo facilita—. Pero ahora de verdad que tengo que irme.

Y si acepto su oferta, puede que nunca más reúna la fuerza de voluntad para abandonar su cama.

—¿Cuánto falta para que tengas que irte definitivamente?

Echo un vistazo a su despertador. Todavía faltan un par de horas para mi vuelo, pero tengo que dejar el hotel y atender una última cita antes de emprender el camino de regreso a Carolina del Norte.

—Debería irme de aquí en los próximos cinco o diez minutos.

—Entonces hay tiempo de sobra. —Completamente desnuda, Lara se baja de la cama. El movimiento brusco hace que Atticus salte desde el otro lado y huya de la habitación.

—¿Para qué? —pregunto, desconcertado.

Lara se pone una camiseta enorme por la cabeza y abre un cajón de la cómoda de un tirón.

—Para prepararme y acompañarte.

—¿A Carolina del Norte?

Mentiría si dijera que la idea no enciende una pequeña llama de esperanza en mí. La idea de que Lara me siga a mi estado natal me parece mucho más natural que poner más de mil quinientos kilómetros entre nosotros.

—No, graciosillo —resopla Lara—. A tu hotel.

A toda prisa, se pone unos leggins negros sobre el trasero desnudo. Por alguna razón, me cuesta creer que fuera virgen hasta que la seduje hace unas horas.

—No tienes por qué hacerlo —digo mientras ella corre del dormitorio al baño. Un momento después, el sonido del agua corriendo y del cepillado de dientes llena el apartamento. Es inútil contradecir a esta mujer.

—Pero quiero hacerlo —dice con la voz tomada—. Además, tengo que sacar a pasear a Atticus de todas formas. ¿Podrías prepararle el arnés? Está colgado al lado de la puerta. Junto a mi bolso morado.

—¿Su arnés? ¿Quizá también algo de tarta?

—¡Su correa!

Encontrar el arnés es fácil. Ponérselo al perro es harina de otro costal. No solo porque el animal se niega a acercarse a mí, sino también porque no tengo ni la más remota idea de qué correa va en qué parte de su pequeño cuerpo.

Lara, que con sus leggins negros, su camiseta ancha y manchada y su coleta torcida y despeinada está tan espectacular como anoche con todo el maquillaje y un vestido de *flapper*, sale corriendo del baño. Me observa un segundo mientras me peleo con las estrechas

correas de nailon antes de poner los ojos en blanco y arrancarme el arnés de las manos.

—Espera, déjame a mí. Si no, vas a perder el vuelo de verdad.

Un segundo después, el arnés rodea el pequeño pecho del perro. Una correa a juego aparece en la mano de Lara y un pesado abrigo azul cubre el cuerpo desnudo del perro. Lara se calza unas Birkenstocks desgastadas, se cuelga un bolso del hombro y abre la puerta del apartamento de un empujón.

Bajamos la empinada escalera uno al lado del otro. Atticus trota delante de nosotros, mientras su fina cola se agita en el aire.

Nuestras manos se rozan y nuestros dedos se entrelazan. ¿Por qué la sensación de su mano en la mía se siente tan natural y la idea de subirme a un avión y volar a casa tan equivocada?

—¿Y eso qué es?

Las palabras de Lara me sacan de mis pensamientos.

—¿Mmm?

Ella asiente en dirección a la entrada principal.

—Ahí, en la puerta.

En el lado opuesto del pesado cristal hay un gran sobre blanco pegado con cinta adhesiva.

Los tres salimos apresuradamente por la puerta y nos estremecemos cuando el aire fresco de finales de octubre nos envuelve. Atticus mete el rabo entre las piernas y tiembla mientras Lara arranca el sobre de la puerta y lo abre. Gira su cuerpo de forma que lo protege del viento mientras lee la nota, impidiéndome ver el contenido.

Maldiciendo, se guarda el papel en el bolsillo del abrigo, lo que me recuerda a la nota que Emile le dio anoche.

Supongo que no soy el único con secretos por aquí.

—¿Todo bien?

—Solo un cliente insatisfecho. Nada que no pueda solucionar. —Agarra la correa con más fuerza—. Vamos, Atticus. Tenemos que llevar a Brad de vuelta a su hotel.

Demasiado pronto, nos encontramos frente a la entrada principal del *Philistine Hotel*. Estamos uno frente al otro y ninguno de los dos sabe exactamente qué decir. Lara juguetea con la correa de Atticus y mira a todas partes menos a mí.

—Bueno —dice, con la voz cargada de emoción—. Supongo que esto es un adiós.

Debería zanjar el asunto, lo sé. Lara y yo venimos de dos mundos diferentes. Apenas nos conocemos, pero la idea de cortar todo contacto con ella me revuelve el estómago. Y la forma en que ha reaccionado a esas notas... Mi instinto me dice claramente que hay más de lo que quiere admitir.

—Dame tu número.

Ella frunce el ceño.

—¿Por qué?

Saco mi móvil del bolsillo, ignorando su pregunta.

—Y una cosa más. Quiero que me llames si alguna vez necesitas ayuda. No importa la hora que sea, ni lo grande que sea el problema. Quiero que me avises.

Lara levanta la barbilla y un brillo desafiante ilumina sus ojos.

—Ya me sé cuidar solita.

—Eso no significa que no puedas necesitar a alguien a tu lado de vez en cuando —digo, manteniendo mi tono deliberadamente suave. Algo me dice que la terquedad de Lara aflora si se la presiona demasiado, y que entonces se negará a pedir ayuda por muy urgente que la necesite.

Visiblemente escéptica, me recita su número y yo me apresuro a enviarle el mío en un mensaje por lo demás impersonal. No me parece suficiente.

—Bueno... —Mira las ornamentadas puertas del *Philistine*—. Supongo que nos acercamos al final.

Antes de que pueda responder, me agarra por la camisa, me atrae hacia ella y me planta en la boca un beso de los que hacen época. La maniobra me pilla tan por sorpresa que expulsa instantáneamente cualquier pensamiento racional de mi cerebro.

Se aparta, dejándome atónito. Las lágrimas brillan en sus ojos, pero su voz permanece suave mientras se aleja de mí centímetro a centímetro y regresa a su vida.

—Si alguna vez vuelves a la ciudad, no dejes de pasarte a verme. Creo... —dice, dándose la vuelta—, ...que este podría ser el comienzo de una gran amistad.

Antes de que pueda contestar, desaparece tras la esquina del edificio.

Y de mi vida.

***

La repentina soledad me golpea con fuerza cuando la puerta de mi habitación se cierra suavemente detrás de mí. Agotado, me dejo caer en la fría cama del hotel y me quedo mirando el techo con gotelé mientras el zumbido del radiador resuena en mis oídos. Los pequeños puntos se convierten en un lienzo en el que se proyecta una película de las últimas horas de mi vida. Me veo empujando la pesada puerta de hierro del *Blind Pig*. Todas las caras alegres a mi alrededor. La luz de las velas. Betún de cuero. Madera. La barra. Un vestido rojo. El brillo de las perlas. Sus ojos azules. La vida en ellos. Su voz. El momento en que nuestros dedos se rozaron brevemente. Ese cosquilleo cuando nos quedamos a solas. *Tú mandas*. El calor de su cuerpo. De nuevo ese cosquilleo. Nuestro primer beso. Ingrávido. Pertenencia. Más calor. Sus pies sobre mis zapatos. Mis manos en sus caderas. La forma en que pronuncia mi nombre. *Nunca lo he... Todavía no...*

El temporizador de mi móvil se activa.

Debo de haberme quedado dormido.

Rápidamente recojo mis cosas y las meto sin cuidado en la maleta. Adormilado, me tambaleo hacia el escritorio y de nuevo mi mirada se posa en ese ominoso edificio al otro lado de la calle que ha puesto mi mundo patas arriba.

¿Fue el destino lo que me llevó allí?

¿Fue una fuerza superior la que me hizo quedarme cuando quería dar la vuelta e irme?

No, no puedo irme así.

Cojo una nota y un bolígrafo y escribo la verdadera razón de mi visita a Chicago. Una vez escrita la última y pesada palabra, doblo el papel con cuidado y lo guardo en el bolsillo del abrigo antes de meter el resto en la maleta y, finalmente, salir de la habitación del hotel.

Salgo del vestíbulo a la calle. Un viento helado me azota la cara cuando una elegante berlina negra se detiene junto al bordillo. El maletero se abre un instante antes de que un chófer, no menos elegante y uniformado, se baje. Sus ojos se encuentran con los míos.

—¿Señor Sullivan?

Asintiendo, le indico al botones que meta mi maleta en el coche.

—Espere un momento.

Cruzo la calle a grandes zancadas justo cuando empieza a llover con fuerza. Me ajusto el abrigo al pecho para protegerme del viento. Al llegar a la puerta, meto la mano en el bolsillo del abrigo y saco la carta. A través del cristal empañado de la puerta puedo distinguir la silueta de Emile. Parece que me mira fijamente, luego se mueve hacia la puerta. Miro a mi alrededor, pero lo único que veo a través de la intensa lluvia es una piedra del tamaño de la palma de la

mano. Con prisa, meto la carta debajo de ella, luego me doy la vuelta y corro de vuelta al coche.

Si me hubiera dado la vuelta, habría visto a Emile abrir la puerta de golpe y lanzar la piedra al charco más cercano.

—Tengo una cita urgente antes de que me lleve al aeropuerto —digo sin aliento.

El chófer asiente.

—Muy bien, señor. ¿Adónde le llevo?

—A *Loving Embrace*. El centro de reproducción.

10

Brad

Ocho semanas después…

Las cinco y media de la mañana es demasiado temprano para que cualquier persona normal siquiera piense en tomarse un café, y eso a mí me viene de perlas.

Me encanta estar prácticamente solo en la cafetería del barrio. Es un local con encanto, con estanterías de madera de estilo rústico que llegan hasta el techo y que ahora mismo están cubiertas de adornos navideños casi por todas partes. En cada esquina cuelgan guirnaldas de luces y pequeñas y relucientes bolas de Navidad. Hasta las máquinas de café parecen zumbar con un aire más navideño. No hay casi nadie, solo un par de ejecutivos estresados y una madre con sus hijos sentados en un rincón con una humeante taza de cacao. Casi puedo oler el azúcar glas que tienen en la nariz. El aire huele a café recién molido y, a través de la ventana de la izquierda, veo cómo caen suavemente los primeros copos de nieve de esta mañana de diciembre.

El irritante estribillo de *«All I Want For Christmas Is You»* resuena con un sonido metálico desde los dos altavoces ocultos mientras hago mi pedido. Después, me aparto del mostrador y me concentro en el móvil para leer con atención el último dosier sobre una posible madre de alquiler que me ha enviado la agencia de gestación subrogada.

Me sorprende que sigan intentando colocarme a una de sus chicas. Si mi patrimonio neto fuera menor, seguro que ya me habrían descartado por ser un caso perdido.

Desde que la madre de alquiler que había elegido en octubre dio al traste con mis planes, me han enviado más de veinte perfiles

diferentes y los he rechazado todos. Hasta yo tengo que admitir que mis justificaciones para algunos de ellos debieron de sonar bastante endebles.

Sin embargo, la mujer cuyos datos relucen ahora en la pantalla de mi móvil parece perfecta. Tiene un hijo, un niño de diez años con cara de despierto, y ya ha sido madre de alquiler dos veces, lo que sugiere que probablemente no me dejará tirado en el último momento. Es inteligente, parece tener una moral sólida y ser de fiar. El único problema es que, sencillamente, no consigo entusiasmarme con ella.

Incluso si cierro los ojos y fuerzo la imaginación, no puedo imaginármela gestando a mi hijo. Estoy seguro de que en la agencia ya se estarán preguntando si de verdad *quiero* tener un hijo. Si soy sincero, es algo que yo también me he preguntado de vez en cuando. A veces parece que no estoy metido en esto de lleno. *¿No estaré cometiendo un error garrafal?*

Pero ese no es el único problema. Ahora, cada vez que leo el dosier de una posible madre de alquiler, la imagen de Lara aparece ante mis ojos.

Como si mis pensamientos la hubieran invocado, mi móvil vibra para avisarme de la llegada de un mensaje de texto. Un segundo después, aparece el mensaje junto a una pequeña foto de la cara sonriente de Lara.

Por un momento, mis ojos se quedan fijos en la imagen mientras una conocida sensación de calidez y alegría se extiende por mi pecho. Puede que nuestra relación empezara con un rollo espontáneo de una noche y que, contra todo pronóstico, se prolongara durante toda la mañana siguiente, pero eso fue solo el principio. Desde aquella noche, hemos conseguido, de alguna manera, hacernos amigos con bastante rapidez. El tipo de amigos que se mandan mensajes, se llaman y hacen FaceTime constantemente. Además, apenas pasa una hora sin que me envíe al menos tres *reels* nuevos de Instagram. Sus preferidos son de perros

que cantan, tomas falsas de *Friends* o sitios nuevos para comer en Chicago.

Hablamos de casi todo: música, libros, películas, su bar, mi trabajo. Por primera vez en mi vida, entiendo lo que se siente al tener una mejor amiga de verdad. Alguien que está en la misma onda que yo. ¿Quién me creería si le dijera que he encontrado una amiga gracias a un rollo de una noche?

Este es el único tema que hasta ahora hemos evitado tozudamente, y me está matando.

En las últimas semanas, mis conversaciones, mi amistad con Lara, se han convertido en lo más importante de mi vida. Haría cualquier cosa para no ponerlo en peligro, y supongo que eso significa renunciar a acostarme con ella. Pero Lara tiene algo que se me mete bajo la piel. Solo verla y oír el sonido de su voz hace que se me despierte la polla.

Todas y cada una de las —malditas— veces.

Desde la distancia, puedo mantener la amistad que necesito tan desesperadamente. Pero de cerca, donde puedo respirar su dulce aroma y ver en directo cómo la ropa inspirada en los años veinte que tanto le gusta se ciñe a su cuerpo increíble…

Creo que, en ese caso, no tendría fuerzas suficientes para resistirme…

Por eso, a pesar de mi soledad, no volé a Chicago por Acción de Gracias y rechacé su invitación para cenar con ella.

También hay algunas cosas que todavía no le he contado. Por ejemplo, el hecho de que he iniciado el proceso para encontrar una madre de alquiler que geste a mi hijo. O que en el instituto descubrí que se me daba bien desarrollar las soluciones de *software* que los organismos militares y gubernamentales de todo el mundo necesitan y por las que están dispuestos a pagar un precio desorbitado. Esa es la razón por la que el año pasado me convertí oficialmente en multimillonario; uno que no solo dirige una de las empresas de

software con mayores ingresos del mundo, sino que también es uno de los principales accionistas de muchas otras empresas igual de exitosas.

Lara es una de las primeras personas que he conocido en los últimos diez años que no sabía de mi riqueza antes de encontrarse conmigo. Incluso tengo la sensación de que, aunque supiera de mi fortuna, apenas le impresionaría.

—Señor Sullivan. —Jackie Albright, la delgada barista pelirroja que me ha tomado nota y que resulta ser también la vecina de mi tío Pete, desliza un gran vaso de cartón por el mostrador—. Su pedido está listo.

—Gracias, Jackie.

Sostengo el vaso con la mano y disfruto del calor que se filtra en mi piel casi tanto como del oscuro brebaje que contiene.

Se pone roja como un tomate.

—De nada. Tengo que darle las gracias por ponerme en contacto con esa organización de becas. Sin ese dinero, no podría permitirme ir a la universidad el próximo otoño. No sin acumular una fortuna en préstamos estudiantiles.

—No hay de qué. Se lo ha merecido. Yo solo hice una llamada.

Jackie es una chica brillante con grandes sueños. Siempre ha querido ir a la universidad y estudiar arquitectura, pero con el nivel de ingresos de su familia tiene dificultades para reunir los fondos necesarios para financiar unos estudios. Me alegré de poder ayudar. Siempre lo hago.

Saco un billete de veinte de mi bolsillo y se lo tiendo.

—Toma, añade esto a tu fondo para la universidad.

Jackie se sonroja aún más, pero coge el billete y se lo guarda en un bolsillo del delantal.

—De verdad, señor Sullivan. No tiene que hacer estas cosas…

Le sonrío.

—Me gusta ayudar, Jackie. De verdad, se lo merece.

Jackie vuelve a sonreír brevemente antes de darse la vuelta para tomar nota del siguiente pedido.

Inmediatamente, llevo mi café a un rincón tranquilo de la tienda y me siento a leer el mensaje de Lara.

Espero un chiste malo o una anécdota divertida sobre un cliente del bar. Quizá incluso una de las fotos de su perro ridículo que me envía de vez en cuando. Sin embargo, el contenido de este mensaje en particular es lo último que me esperaba.

Brad,

Tenemos que hablar. Ha pasado algo…

¿Puedes venir a Chicago?

L.

11

Lara

Como una inmensa telaraña, las guirnaldas de luces se extienden de un lado a otro de Clark Street. En el aire flota el dulce olor a vino caliente recién hecho y canela, y bajo mis zapatos cruje la primera y delicada nieve del año. Atticus se abre paso valientemente por la blancura grisácea con sus cortas patitas mientras intenta atrapar con la lengua cada copo de nieve antes de que llegue al suelo.

—Pues yo necesito urgentemente un regalo para Matt. ¿Se te ocurre algo por casualidad?

—Oye, que es *tu* marido.

—Sí, pero es que todavía no lo conozco tan bien —ríe Tracy.

—¿Unos calcetines, quizá?

Su puño atraviesa mis cincuenta capas de chaquetas y jerséis y me da justo en el hombro.

—¡Eh, cuidado! ¡Mi *chai latte*! ¡Vale, pues nada de calcetines! ¿Qué es lo que le va?

—Lo de siempre. Los coches, el béisbol, las mamadas...

Ahora es mi puño el que golpea.

Le doy un buen sorbo a mi vaso mientras Tracy me cuenta detalles de su reciente vida de casada. A la segunda historia de sexo, mis pensamientos empiezan a divagar.

La época navideña siempre me afecta mucho, año tras año. No sé si es esta forzosa necesidad de calma, cuando la vida entera se ralentiza, pero la Navidad también es siempre una enorme dosis de melancolía para mí. Un mundo paralelo de dos semanas en el que las supuestas nimiedades de repente parecen infinitamente importantes y, antes de que te des cuenta, te enfrentas a la pregunta de cómo quieres pasar la Nochevieja, o con quién. Ese día

te lo pasas prácticamente esperando a que den las doce y, mientras te preguntas si eso ha sido todo, la rutina del trabajo vuelve a empezar. No ha cambiado nada, salvo que es un nuevo año fiscal.

—... y cuando la autopista se quedó totalmente colapsada, Matt me acarició el pelo y susurró: «Ya sé cómo podemos pasar mejor el rato». Y entonces, sin más, me levantó del asiento del copiloto, me sentó en su regazo y su lengua...

Ay, no sé. Y este año es todavía mucho más complicado que de costumbre en esta época. ¿Quizá sea por Brad? Por muy maravillosa que sea nuestra nueva amistad, a veces también me hace sentir sola. Cuando veo a un hombre recoger a su pareja en la estación de tren, por ejemplo. O cuando en el bar una pareja se ha acurrucado en uno de los reservados. O en ese *sofá.*

Con cierta nostalgia, me pregunto qué estará haciendo Brad ahora mismo. Nuestra despedida fue, de una forma extraña, infinitamente dura y acertada a la vez. Dura porque algo dentro de mí esperaba que hubiera dicho algo más. Acertada porque el contacto entre nosotros nunca se interrumpió y ahora somos buenos amigos. Amigos con ciertos beneficios... Pienso en nuestra última vez en la ducha...

El aroma a fresas inunda el espacio cerrado y se mezcla con el vapor mientras él vierte una generosa cantidad de jabón sobre la esponja. Mis pezones se endurecen y el calor hierve entre mis piernas en anticipación a su caricia. Mientras frota las mallas de la esponja entre sí, convirtiendo el jabón en una pequeña montaña de espuma de dulce aroma, lo observo atentamente, impaciente por ver dónde y cómo la usará.

Se acerca a mí, presionando su cuerpo contra el mío y empujándome contra la pared de azulejos mojados. Me da un beso rápido y duro en la boca antes de pasar la esponja con ternura por mi brazo, mi clavícula y mi pecho izquierdo.

Juntos observamos cómo el rastro de espuma que deja se desliza por mi cuerpo. Gimo y mis muslos se separan mientras la

esponja desciende cada vez más, por la suave curva de mi vientre y mi pelvis, hasta que finalmente se sumerge en lo más profundo de mi entrepierna.

Abrumada por una oleada de sensaciones que ni siquiera puedo empezar a describir, cierro los ojos con fuerza e inclino la cabeza. Hundo los dientes en el hombro húmedo de Brad y reprimo mis gritos instintivos.

Brad ríe entre dientes, satisfecho, pero su cuerpo también tiembla contra el mío, lo que me demuestra que lo que está haciendo le excita tanto como a mí.

Me aprieto contra él, suplicándole con mi cuerpo, pidiéndole sin palabras que me tome. Mi coño arde por su contacto.

La esponja cae al suelo con un chapoteo húmedo mientras Brad aprieta su mano con más firmeza entre mis muslos. Sus dedos recorren con curiosidad la piel, que se ha vuelto aún más sensible que de costumbre por nuestras actividades previas. Su uña roza mi pezón, arrancándome un gemido de sorpresa.

Me cubre la mejilla de besos y me susurra palabras que no logro entender mientras sigue acariciándome la entrepierna, hasta que finalmente uno de sus fuertes dedos se desliza en mi interior y encuentra mi punto G.

Gimo mientras su dedo entra y sale de mí, juguetón, torturador, prometedor, pero sin llegar a traerme nunca el clímax que sé que está a punto de llegar.

—Por favor —jadeo—. No... aguanto... mucho más.

Siento como si me arrancaran cada palabra del alma.

El jadeo de Brad se mezcla con el mío cuando su mano se aparta de mí. Pero antes de que pueda lamentar la pérdida de su caricia, ya está bajando más. Su mano se desliza por mi muslo tembloroso, lo levanta y lo rodea a su cintura. Repite el proceso con mi otra pierna, inmovilizándome contra la pared lisa con su enorme torso.

Entonces deposita besos rápidos, intensos, casi mordiscos, en mis labios, que hacen que mi corazón se acelere. Me aferro a él. Mis dedos arañan su espalda mientras la punta de su polla explora mi entrada.

Contengo la respiración, esperando su penetración. Pero no llega. En su lugar, Brad se echa hacia atrás y me mira fijamente a los ojos.

—¿Estás segura? —pregunta, y su deseo reprimido hace que sus palabras suenen densas y pesadas—. ¿No estás demasiado dolorida?

Unas emociones —calientes, estridentes y difíciles de identificar — hierven en mi pecho y hacen que se me llenen los ojos de lágrimas, que espero que para Brad parezcan gotas de agua. ¿Cómo he podido tener tanta suerte de encontrar a un hombre que no solo ha cambiado mi mundo, sino que además es un auténtico tesoro? Debo de ser la chica más afortunada del planeta.

Le rodeo el cuello con los brazos impetuosamente, lo abrazo con fuerza y le doy un beso profundo.

—Estoy segura.

Parece que no necesita oír nada más. Gruñendo con fuerza, sus caderas se lanzan hacia delante y embisten dentro de mí, mientras las paredes internas de mi entrada se aferran a su polla, dándole la bienvenida a mi interior como si fuera un cónyuge perdido hace mucho tiempo.

No hace falta más para desencadenar mi orgasmo.

Unos fuegos artificiales familiares estallan tras mis párpados cerrados. Echo la cabeza hacia atrás, sin importarme que el agua caliente me corra por la cara. Mis piernas se contraen contra sus caderas y mi estómago se crispa.

Dios, algo que sienta tan bien tiene que ser un delito.

Débilmente, noto cómo el cuerpo de Brad, a su vez, se tensa y empieza a gemir con fuerza al alcanzar su propia liberación.

Juntos nos deslizamos por la pared hasta caer en un amasijo de brazos y piernas en el suelo de la pequeña bañera, mientras el chorro caliente de la ducha sigue cayendo sobre nosotros.

—... ¡tenías que haberle visto la cara cuando la anciana apareció de la nada y empezó a aporrear la ventanilla como una loca! —ríe Tracy, dándome un empujoncito—. Justo en el momento en que... —logra decir antes de que su ataque de risa continúe—. ¡Te digo una cosa! Nunca más en el coche durante un atasco total en la autopista. ¡Nunca! ¡Más! Pero ¿y tú qué tal con tu hombre misterioso del *Pig*? Por cierto, ¿ya se lo has dicho?

12

Lara

Mi lista de tareas pendientes se ha descontrolado por completo. Está llena de cosas que necesito hacer urgentemente, para ayer, a poder ser; como, por ejemplo, sustituir por fin la decoración de Acción de Gracias por la de Navidad, hacer el inventario, experimentar con un par de recetas de whisky, evaluar el rendimiento de mis empleados y decidir quién debería recibir un aumento de sueldo y quién no. Y otras cien cosas más.

Pero soy incapaz de ponerme a hacer nada de eso.

Me pesa demasiado el corazón.

En vez de eso, estoy sentada en una mesa en medio de mi bar cerrado, haciendo girar el móvil lentamente mientras la hora de abrir se acerca cada vez más.

Cuando le he enviado ese mensaje a Brad a primera hora de la mañana, estaba en un estado de pánico ciego. Tenía la adrenalina por las nubes. No he pensado en las posibles consecuencias. Quizá debería haberlo hecho.

La mayoría de la gente, al recibir un SMS así, haría un montón de preguntas, pero Brad no. Su escueta respuesta fue, simplemente, que se ponía en camino.

¿Qué quería decir con eso?

Él también es un hombre de negocios, eso sí lo sé sobre él y su profesión, y mi instinto me dice que es muy responsable. No es el tipo de hombre que lo deja todo y cierra su negocio por un capricho. Supongo que tardará un par de días en poder llegar hasta aquí.

Hago girar el móvil una vez más sobre sí mismo, debatiéndome entre el deseo de que aparezca aquí lo antes posible y el miedo a su llegada. De alguna manera, a lo largo de los numerosos mensajes y

chats de Facetime, Brad casi se ha convertido en mi mejor amigo. Tengo tantas ganas de hablar con él como de estudiar las cifras del negocio de anoche y darme cuenta de que el *Blind Pig* parece ir por fin por el buen camino.

Sin embargo, lo que tengo que decirle... lo cambiará todo.

Y no para mejor.

Ojalá pudiera guardar el secreto. Pero no puedo. Es demasiado grave. Si no se lo digo y lo descubre más tarde... Mi mente se niega a explorar esa opción.

No, tú no eres esa clase de persona, Lara.

Tengo que idear un plan. Tengo que preparar un discurso que suavice el golpe que le voy a dar. Y antes de que Brad llegue, necesito saber qué quiero hacer y qué tipo de ayuda necesitaré de él. Ahora mismo, simplemente, no sé nada.

Unos golpes secos en la puerta me sacan de mis pensamientos. Me giro en la silla hacia la entrada, dispuesta a gritar que el local todavía está cerrado y que, sea quien sea, vuelva más tarde.

Pero las palabras se me atascan en la garganta.

Al otro lado del grueso cristal veo un rostro que le arranca de inmediato el peso a mi corazón.

Brad me está mirando. Su expresión parece complacida y un poco preocupada.

Ahí se quedó mi plan de tener un par de días para pensar en cómo explicárselo todo.

Mi silla chirría con fuerza contra el suelo cuando me levanto de un salto. Cierro los dedos en puños para ocultar su temblor y atravieso la sala para abrir la puerta y dejarle entrar. Ruego a un dios en el que ni siquiera sé si creo que me dé la fuerza y la claridad mental para explicarle a Brad toda la magnitud del enorme error que hemos cometido.

13

Brad

El mensaje de Lara a primera hora de la mañana me ha dado un susto de muerte. Después de leerlo, me temblaban tanto las manos que apenas he sido capaz de teclear una respuesta antes de empezar a hacer los preparativos para salir hacia Chicago lo antes posible.

Ya estaba casi a punto de emprender el largo viaje en coche yo solo, dispuesto a ignorar sistemáticamente el límite de velocidad durante todo el trayecto, cuando por fin me han devuelto la llamada del aeropuerto para asegurarme que el jet privado estaba listo para despegar.

Al final, el viaje me ha llevado menos tiempo y ha sido más tranquilo de lo que podría haber esperado, pero eso no ha impedido que pasara cada largo segundo del trayecto consumido por la impaciencia.

El tono del mensaje de Lara hacía que me resultara imposible imaginar por qué querría verme. La sarta de escenarios espantosos que ese pensamiento ha desatado en mi cabeza era sencillamente insoportable.

Mi primer pensamiento al llegar al *Blind Pig* y ver a Lara sentada a la mesa, con la cabeza gacha y el teléfono delante, es: gracias a Dios que está aquí y no en un hospital.

Con una expresión que parece oscilar entre el horror y la alegría, se levanta de la mesa y se acerca a mí; cada paso que da parece aún más vacilante que el anterior. La tensión que se me había acumulado entre los omóplatos al recibir su mensaje se convierte en un nudo apretado. Para ser alguien que quería que viniera, no parece muy contenta de hablar conmigo.

Eso no es buena señal.

Aunque no le veo ninguna herida visible, no tiene buen aspecto. Los vaqueros y la sudadera que lleva le quedan holgados, como si hubiera perdido peso en las últimas semanas. Tiene la piel pálida tensa sobre los pómulos y las ojeras profundas bajo los ojos hacen que estos parezcan anormalmente grandes.

Cuesta creer que alguien a quien conozco desde hace tan poco tiempo se haya vuelto tan importante para mí tan rápido.

Se muerde el labio inferior mientras abre la puerta. No espero a que la abra del todo y embisto con el hombro la puerta y el marco al intentar meter el cuerpo de inmediato por el hueco aún demasiado pequeño.

—¿Estás bien? —Le rodeo el brazo a Lara con los míos y la sujeto con firmeza para poder examinarla más de cerca.

—Estoy bien. —Se zafa de mi agarre de una sacudida, gira sobre sus talones y vuelve hacia la mesa de la que acaba de levantarse—. ¿Cómo has conseguido llegar tan rápido?

—He fletado un avión.

Gira la cabeza tan rápido que tropieza. Alargo una mano para estabilizarla.

—¿¡Que has fletado un avión!? ¿Quién hace esas cosas?

Los multimillonarios a los que les preocupa que su mejor amiga esté metida hasta el cuello en un lío de cojones.

En lugar de decir eso, opto por una respuesta más modesta.

—A veces necesito un vuelo chárter por trabajo. Alguien me debía un favor. —Y, por supuesto, no ha venido mal ofrecerle al piloto el triple de su tarifa habitual. Nunca deja de sorprenderme lo fácil que es la vida desde que tengo algo de dinero en los bolsillos.

Con una mano en su espalda, guío a Lara hasta la mesa y espero a que se acomode antes de sentarme en la silla de enfrente.

—Bueno, ¿para qué querías verme? —Su piel pálida y las arrugas de tensión que se le marcan en el rabillo de los ojos me advierten

que debo mantener un tono suave.

Lara mira fijamente el tablero de la mesa, perdida.

—Creía que tendría un poco más de tiempo para prepararme mentalmente antes de que nos viéramos.

—Puedo irme y volver más tarde, si quieres. —Mi voz suena más tranquila de lo que me siento.

En el fondo, sé que Lara y yo no podemos ser solo amigos.

Lo más probable es que las diferencias entre nosotros sean la razón por la que nuestra única noche juntos pareció tan distinta, tan mágica. Y el recuerdo de aquella noche es probablemente la razón por la que me siento tentado de llevar nuestra relación más allá de la amistad.

Pero ¿cuánto tardaremos en chocar cuando uno de los dos sienta que está haciendo todos los sacrificios? Y si eso ocurre, ¿se esfumará todo, incluida la amistad con ella que tanto valoro?

—No. —Niega con la cabeza—. Probablemente sea mejor así. Menos tiempo para cambiar de opinión.

—Vale.

—La razón por la que te pedí que vinieras en lugar de llamarte o enviarte un mensaje…

El rostro ya pálido de Lara palidece aún más, hasta que el único color que le queda es un leve y siniestro tinte verdoso y las profundas ojeras bajo sus ojos azul índigo. Sus hombros se encorvan y su torso sufre una arcada. Se levanta de un salto, con el antebrazo apretado contra la boca, se aleja corriendo de la mesa y desaparece en el baño.

14

Lara

Me apoyo en el borde del váter. Unas gotas saladas empapan mi sudadera mientras espero a que se me calme el estómago. Cuando pasa un minuto sin más arcadas, me levanto despacio y voy hacia el lavabo.

Mis dedos se curvan sobre el borde de porcelana del lavabo y se aferran a él como si me fuera la vida en ello. Dejé de guardar aquí otras cosas que no fueran jabón y toallas de papel cuando me di cuenta de que todo lo que ponía, incluidas las flores de plástico y los ambientadores decorativos, solía acabar en los bolsillos de los clientes.

Eso significa que no pongo vasos ni copas a disposición de nadie, una decisión que lamento profundamente en este momento. En cuanto tenga energía para ello, lo haré. Y si tengo que encadenarlos al lavabo, como hacen los bancos con sus bolígrafos, que así sea.

En su lugar, uso la mano a modo de vaso y me llevo el agua a la boca; me enjuago un par de veces antes de escupir y repetir el proceso. Siento los músculos como si fueran de gelatina. Cada movimiento me cuesta hasta la última gota de fuerza y concentración que me queda.

Apenas reconozco mi reflejo en el espejo. A estas alturas, parezco alguien que no ha tenido un solo día fácil en toda su vida. Agotada y harta de la vida. Eso es lo que pasa cuando apenas puedes dormir y vomitas prácticamente todo lo que ingieres.

Lo único que me apetece hacer ahora es desplomarme en el suelo y dormir doce horas seguidas, pero no es una opción. Mi máxima —y única— prioridad ha de ser abordar el asunto con Brad.

Espero encontrarlo sentado donde lo dejé. En vez de eso, está de pie delante de la puerta del baño, con una expresión de máxima

preocupación en el rostro.

—¿Estás bien? —Me rodea la cintura con un brazo. Todavía tengo las piernas bastante temblorosas, así que no rechazo su ayuda.

—Estoy bien —respondo, demasiado agotada y desolada como para ponerle algo de calidez a mi voz—. Es solo un malestar estomacal.

—De todos modos… —Brad me ayuda a sentarme—. Quizá deberías descansar un poco.

Con el estómago revuelto, entrelazo los dedos, deseando tener algo con lo que ocupar las manos: una peonza, un trozo de servilleta para romper, un bolígrafo para garabatear. Pero como mi deseo no es suficiente para que uno de esos objetos aparezca por arte de magia ante mí, me conformo con mordisquearme el esmalte de uñas.

La única vez que me he sentido tan dividida por dentro fue en los momentos previos a firmar la hipoteca del *Blind Pig*. Estaba emocionada por llevar por fin el negocio con el que siempre había soñado, pero al mismo tiempo no solo me asustaba el trabajo que costaría poner el edificio a punto para los clientes, sino que estaba francamente aterrorizada por la cantidad de dinero que tenía que conseguir para ello.

Sin embargo, en este momento, me alegro sobre todo de ver a Brad. Desde que lo dejé en la entrada del *Philistine Hotel*, no ha pasado un día en que no haya anhelado verlo. Por otro lado, ni siquiera sé cómo le voy a dar la noticia, y no soporto pensar en lo que está en juego.

Un dolor de cabeza punzante se extiende por detrás de mi frente. ¿Cómo he podido ser tan idiota de meterme en esta situación?

Vale, no soy la única culpable, pero aun así…

Hay muchas maneras de darle la noticia. Respiro hondo y me decido por la más rápida. Lo único que conseguiría intentando

suavizar el golpe o andarme con rodeos sería ponerme aún más nerviosa.

Respiro hondo y cuadro los hombros.

—Estoy embarazada.

Brad abre los ojos como platos mientras procesa las palabras.

—¿Estás segura?

—Positivo —confirmo. *Sin ánimo de hacer un juego de palabras.*

—¿Qué ha dicho el médico?

—Todavía no he ido, aunque he llamado y he pedido cita. No me la pueden dar hasta dentro de nueve días, pero llamarán si alguien anula antes. Me he hecho un test de embarazo. Y luego otros dos. Los tres han dado el mismo resultado. Te guste o no, parece que me has dejado embarazada.

Las comisuras de los labios de Brad se contraen.

De repente, echa la cabeza hacia atrás y ruge, literalmente, de risa. Parece que no puede calmarse. La mandíbula se le tuerce en una mueca mientras intenta —sin éxito— reprimir la risa.

Pero qué…

Por una fracción de segundo, me pregunto si he caído por la misma madriguera que Alicia y he aterrizado en un extraño y retorcido universo paralelo. Esperaba que Brad me gritara, me echara la culpa, saliera furioso del *Blind Pig* y se negara a volver a contestar a mis mensajes. Que me expulsara de su vida.

Una o dos veces, cuando me permití fingir que todo saldría bien, incluso me imaginé que se alegraría con la noticia.

Pero ni una sola vez llegué a soñar que pudiera estallar en semejante carcajada.

Se agarra el estómago y se inclina hacia un lado antes de estabilizarse a toda prisa.

Lo fulmino con la mirada.

—¡Me alegro de que mi vida te divierta tanto!

Brad se seca los ojos.

—No es eso —concede, mientras sigue riendo.

Irritada, le doy una patada con mi zapatilla y le doy con la puntera en la pantorrilla.

Salta en un respingo y echa la silla hacia atrás para ponerse fuera de mi alcance.

—Perdona —jadea—. Es que… —Lucha por serenarse—. No te he dicho por qué estuve en Chicago en octubre.

Me cruzo de brazos y me lo quedo mirando con expectación.

—Dijiste que estabas aquí por negocios.

Él asiente.

—Mentí, más o menos.

—Mmm.

Espero a que continúe.

—Estuve aquí para reunirme con la mujer que había aceptado ser el vientre de alquiler de mi hijo.

15

Lara

—¿Un vientre de alquiler? —repito sus palabras lentamente.

Sinceramente, me habría sorprendido menos si hubiera anunciado que es Slaying Sid, el asesino en serie más buscado de Chicago en estos momentos. Mi mano se desliza por mi vientre, por el lugar donde ahora mismo, al parecer, hay un diminuto cúmulo de células: mi bebé.

—¿En serio?

Brad asiente.

Vale.

—Entonces hay otra mujer por ahí. Una que está gestando a tu bebé. —Los celos me corroen por dentro.

—No. Había elegido a una. Volé a Chicago esa semana porque íbamos a vernos por primera vez para empezar el proceso, pero canceló en el último momento. Por eso, la noche que fui a tu bar, decidí emborracharme. Me costó asimilar que todos mis planes se hubieran ido al traste y sabía que tendría que empezar de cero y encontrar a otra mujer que ocupara su lugar. Pero todo eso te lo escribí. Al menos, un resumen.

—Creo que me acordaría de eso.

—¿Nunca leíste la carta?

—¿Qué carta?

—Te dejé una nota en la puerta antes de irme. No podía marcharme sin decirte la verdad. La noche contigo había sido demasiado *real*, demasiado importante.

Asiento en silencio, aunque hasta ahora muy poco de esta conversación tiene sentido para mí.

—¿La encontraste? ¿A la madre de tu bebé? —pregunto tras unos momentos de silencio.

El brillo vuelve a los ojos de Brad.

—No. Cuando recibí tu mensaje, estaba revisando la última lista de alternativas que me había enviado la clínica de reproducción. En las últimas ocho semanas he investigado al menos a cien mujeres diferentes, pero ninguna ha conseguido entusiasmarme. Empezaba a cuestionarme mi plan… todo esto.

Rebusca en su bolsillo, saca el móvil y teclea nervioso en la pantalla. Tras unos segundos de silencio, empieza a contarme su historia.

—Seguro que te preguntas por qué quería tanto todo esto… un hijo, hasta el punto de buscar una madre de alquiler. Yo… yo es que nunca he aprendido cómo funciona una familia. Al menos, no como debería. El deseo de tener mi propio hijo no ha surgido de la nada. Tiene raíces profundas en mi pasado, en mi familia o, mejor dicho, en lo que queda de ella. Cuando yo tenía nueve años, mi padre nos abandonó. Recuerdo que esa mañana todavía me llevó al colegio. Tenía una forma de acariciarme la cabeza que era a la vez tranquilizadora y un poco torpe, como si nunca hubiera sabido muy bien cómo se hacía. Ser padre, quiero decir. «Cuídate, Brad», me dijo, exactamente igual que cada mañana. Yo pensaba que era su manera de demostrarme que me quería. Pero fue solo una oscura advertencia.

Empieza a juguetear con una servilleta.

—Cuando volví a casa ese día, se había ido. Ni una despedida, ni una explicación, solo un vacío que se había instalado en nuestra casa. Al principio, pensé que volvería. Lo pensaba cada noche… que solo tenía que dormirme y por la mañana estaría otra vez sentado en la mesa. Pero nunca volvió. Ni aquella mañana, ni la siguiente, ni la semana después. Recuerdo cómo mi madre intentó explicarlo, que aun así nos quería, que no era culpa nuestra. Pero lo era, ¿no? De alguna manera, decidió que no éramos suficientes. Que *yo* no era

suficiente. Y mi madre, sabes, ella simplemente lo sobrellevó: esa pérdida, esa carga, la responsabilidad de los dos. Yo la admiraba por ello. Por su fortaleza. Pero al mismo tiempo, veía en sus ojos una tristeza que nunca la abandonó. Trabajaba tan duro para mantenernos a flote que apenas tenía tiempo para mí. ¿Y yo? Yo intenté llenar el vacío que mi padre había dejado. Intenté ser fuerte para ella, aunque yo mismo no era más que un niño.

Pongo mi mano sobre la de Brad, esperando que sepa que no está solo.

—Quizá por eso estoy tan obsesionado con tener el control. Porque he aprendido que la gente a la que quieres puede desaparecer sin más si no tienes cuidado. A medida que me hacía mayor, me centré cada vez más en mi carrera. Los números y mi código siempre me obedecían y eran predecibles, se comportaban según un patrón bien definido. Era más fácil perderme en ellos que enfrentarme a la pregunta de por qué se había ido mi padre. El éxito era mi forma de demostrar que no lo necesitaba. Que era lo bastante fuerte por mí mismo. Pero entonces… entonces mi madre enfermó. Y tuve que ver cómo la única persona que nunca se apartó de mi lado se deshacía poco a poco. Fue una lucha dura, y al final, la perdió.

—¿De qué murió? —pregunto con cuidado.

—De cáncer de pulmón. Recuerdo estar sentado junto a su lecho de muerte, cogiéndole la mano. Era tan pequeña y frágil y, sin embargo, fue ella quien me consoló en sus últimos momentos. Me dijo que estaba orgullosa de mí, que había construido algo de la nada, que ayudaba a la gente. Pero, ¿sabes qué más me dijo? Me dijo que no me quedara solo. Que esperaba que algún día encontrara una familia que me quisiera, como ella me había querido. Esas palabras me afectaron mucho, Lara. Todos esos años había pensado que no necesitaba a nadie. Que solo podía confiar en mí mismo. Pero cuando ella se fue, me di cuenta de lo vacía que estaba mi vida en realidad. Y quizá por eso anhelo tanto tener un hijo. Porque quiero transmitir algo de mí. Porque quiero que mi nombre,

mi legado, no desaparezca sin más cuando yo ya no esté. Pero no es solo eso. Se trata de tener una familia que me necesite. Que no me abandone. Pero era difícil encontrar a una mujer que no quisiera solo mi dinero. Entonces, un día, me topé con un anuncio de *Loving Embrace*.

Veo cómo busca las palabras adecuadas.

—Pero entonces llegaste tú a mi vida, Lara. Con tu risa, tu energía, tu pasión por lo que haces. Me has recordado cosas que hacía mucho que había olvidado; lo que significa sentirse vivo. Nunca planeé arrastrarte a todo esto. Pero no puedo negar que pienso en ti una y otra vez. Que me imagino cómo sería si formaras parte de mi vida; una parte real, no solo como amiga. Y ahora… ahora estás embarazada. De mi hijo. Y sé que esto lo cambia todo. Y tengo miedo, Lara. Miedo de decepcionarte, miedo de no poder ser el padre que este niño se merece. Pero también sé que haré todo lo posible por intentarlo. Porque este niño no es solo un sueño para mí. Es una promesa. Una promesa de que puedo hacer algo mejor. De que no tengo por qué repetir los errores de mi padre.

16

Lara

Un elegante coche negro se detiene frente a la entrada del *Blind Pig* y un hombre alto y delgado, con un discreto uniforme verde y negro, sale del lado del conductor. Se coloca junto a la puerta trasera del copiloto, con la cabeza inclinada, las piernas ligeramente separadas y las manos unidas a la espalda.

—Pero ¿qué demonios es esto? —Indignada, me aparto de la mesa, decidida a cantarle las cuarenta al conductor. Ya tengo bastantes problemas de los que preocuparme como para que ahora alguien piense que mi bar es el punto de encuentro perfecto para un lujoso servicio de transporte.

Brad me detiene por el brazo.

—Es para mí.

—¿Qué?

—Es un coche con chófer. Lo he pedido hace solo unos minutos.

Así que eso es lo que estaba haciendo mientras trasteaba con el móvil.

—Pero si acabas de llegar. Tenemos mucho de qué hablar. ¿Y ahora qué? ¿Piensas largarte sin más?

—No. —La mano de Brad se desliza por mi brazo, pasa por mi muñeca y coge la mía. Entrelaza sus dedos con los míos. Intento ignorar lo bien que sienta.

—No voy a irme. El coche es para ti. Quiero que te vea un médico para asegurarnos de que tú y el bebé estáis bien. *Nuestro* bebé. Venga, ¿dónde está tu abrigo?

El gesto probablemente debería encandilarme y, sobre todo, tranquilizarme, y en la mayoría de las circunstancias lo haría, pero

en lugar de pensar que es el tío más dulce del mundo, me da una rabieta.

—No necesito abrigo.

—¿Has salido hoy? Es diciembre. En Chicago. Hace un frío que pela.

Lo fulmino con la mirada.

—Eso lo piensas porque vienes de la puñetera Carolina del Norte. No tienes ni idea del frío que puede llegar a hacer aquí. Hoy hace bastante bueno.

Aunque me apetece discutir, Brad parece llegar a la conclusión de que no quiere meterse en una pelea.

—De acuerdo. El coche debería estar lo bastante caliente.

Satisfecha por haber ganado este asalto, se me hincha el pecho de orgullo mientras me guía hacia la puerta.

Vaya, pero. ¿qué me pasa?

Un viento helado me golpea en cuanto salgo del *Blind Pig*. Al instante me arrepiento de mi decisión de renunciar a la chaqueta, pero de ninguna manera voy a dejar que Brad sepa que me he equivocado. Valientemente, y para que no me castañeteen, aprieto los dientes con fuerza y cierro la puerta mientras Brad y el chófer me esperan pacientemente fuera.

Entrar en el coche es como deslizarse a otro mundo. Paso las manos por los asientos de cuero suave como la mantequilla. El aire caliente sale a raudales de los conductos de ventilación, ahuyentando el frío que me ha provocado el viento. Huele a coche nuevo y, olfateo el aire, ¿a chocolate negro? Hay diminutas guirnaldas de luces blancas sujetas al techo, cuya luz ilumina las hojas de las pequeñas ramas de hiedra pegadas a la mampara de privacidad del centro del habitáculo.

El escenario dista mucho de los autobuses urbanos de los que suelo depender para hacer recados.

Brad se desliza a mi lado y cierra la puerta. Me vuelvo hacia él.

—¿A qué decías que te dedicabas? Y, ¿cómo de *exitosa* es tu empresa en realidad?

Él enarca una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Has fletado un vuelo hasta aquí en el último minuto, has hecho aparecer este coche prácticamente de la nada, te has alojado en el *Philistine Hotel*, que resulta ser el hotel más pijo de la ciudad, y ni siquiera te inmutaste cuando te serví un whisky de primera la noche que nos conocimos. —Subrayo cada punto levantando un dedo—.Y este coche no es un coche urbano cualquiera, sino un modelo de lujo super moderno y super caro. Exactamente, ¿cómo de rico eres?

Brad duda, tomándose el tiempo justo para responder como para provocar una tensión palpable en mí.

—Dirijo una empresa de desarrollo de software a la que no le va nada mal.

—*A la que no le va nada mal*, ¿eh?

Brad asiente.

Eso sí que es una forma de no responder. Aparto mi instinto de seguir preguntando y decido disfrutar del viaje mientras el coche se aleja del bordillo. Ya hablaremos de eso, pero ahora mismo necesito cada gramo de energía que pueda encontrar para mí.

El viaje desde el *Blind Pig* a la clínica de fertilidad termina casi tan rápido como ha empezado. Antes de empezar a ponerme mala constantemente, habría sido capaz de llegar andando en menos tiempo del que ha tardado Brad en pedir la limusina.

Reconozco el edificio elegante, moderno y carísimo en el momento en que el coche se detiene delante de él.

—La clínica de reproducción *Loving Embrace*. ¿En serio?

Brad me lanza una mirada.

—¿En serio por qué? Tienen la mejor reputación del país en lo que respecta a prácticamente todas las fases del embarazo, desde la concepción hasta el parto. ¿Por qué iba a ir a otro sitio?

No le falta razón.

La clínica de reproducción *Loving Embrace* es, de hecho, una de las mejores del país. Todos los que vivimos en Chicago estamos encantados de que la clínica se haya instalado aquí. Es la responsable de que todo tipo de gente adinerada acuda en masa a nuestro barrio. Como empresaria local, soy más que consciente de ello. Muchos de los que acuden a la clínica para recibir tratamiento o asesoramiento acaban también en el *Blind Pig*.

Igual que Brad.

—A esta clínica recurriste para encontrar a tu vientre de alquiler, ¿verdad?

La mano de Brad se posa en mi espalda y me guía por la acera. Su contacto abrasa mi piel a través de la ropa hasta que no puedo pensar en otra cosa.

—Ya he estado aquí antes. —Las palabras salen de mi boca antes de que me dé cuenta de que se me han pasado por la cabeza.

—¿En serio? —No necesito mirar a Brad para saber que me está observando con los ojos brillantes de curiosidad—. ¿Por qué?

—Hubo una jornada de puertas abiertas, hace unos... —me detengo un momento para pensar—. Hará seis o siete meses. Estaba reformando el *Blind Pig* y había oído hablar tanto de esta clínica que quise echar un vistazo.

—¿Y? —insiste Brad.

—Era bonita.

Muy bonita. Demasiado bonita para unos vaqueros y una sudadera que conservo del instituto. Brad debería haberme dicho que me llevaba a la flor y nata de las clínicas de reproducción. De

haberlo hecho, me habría puesto algo más apropiado para el entorno.

—Ya me lo imaginaba —coincide Brad—. Tienen fama de ser los mejores, y eso es exactamente lo que quería para mi hijo.

Sus palabras me recuerdan por qué estamos aquí: por el bebé del que ambos nos hemos enterado hace muy poco. Lo curioso es que, cuando vi los resultados de la primera prueba de embarazo, recordé la visita que había hecho a esta clínica y pensé en lo maravilloso que sería que se ocuparan de mis necesidades médicas y de las del futuro bebé. No solo son los mejores médicos del país, sino que además están lo suficientemente cerca del *Blind Pig* como para poder acudir a las citas sin problemas. A diferencia de mi médico, que está en la otra punta de Chicago, lo que supone un largo trayecto en transporte público.

Pero es una clínica privada que supera con creces mis posibilidades económicas; al menos, si Brad no fuera el padre, porque al parecer el dinero no juega el mismo papel para él que para los simples mortales. Aunque se niegue a ser concreto al respecto.

De repente, el estómago me da un vuelco y la bilis me sube por la garganta. Me detengo, cierro los ojos y me concentro por completo en domar mi estómago imprevisible.

—¿Lara? —Brad se acerca. Su brazo se desliza desde mi espalda y se aferra firmemente a mi cintura—. ¿Estás bien?

—Solo un pequeño malestar estomacal —explico de nuevo entre respiraciones largas y uniformes—. De verdad que no quiero vomitar aquí.

—No te preocupes. —Abre la puerta de un tirón y me invita a entrar con un gesto—. Estoy seguro de que están acostumbrados a estas cosas. Aquí hay muchas embarazadas.

—Eso no hace que la idea de vomitarles en el suelo sea menos bochornosa —siseo.

Incluso si no hubiera conocido a suficientes clientes de *Loving Embrace* como para saber a qué tipo de clientela se dirigen, el vestíbulo me lo habría dicho. Está decorado en tonos apagados de rosa, azul y gris. En las paredes cuelgan cuadros caros, que supongo no son reproducciones. Revistas como GQ, Forbes y National Geographic están cuidadosamente dispuestas en mesas bajas. Ninguna parece haber sido leída nunca.

En el lado este de la sala hay un acuario tan grande que oculta casi por completo la pared que tiene detrás. Un niño pequeño, de unos tres o cuatro años, está de pie frente a él, observando con los ojos muy abiertos a un par de peces payaso que se persiguen mutuamente a través de un castillo hundido.

Miro al niño con recelo.

—¿Crees que es una especie de gancho publicitario? —susurro.

—¿De qué hablas? —Brad me conduce hacia el interior de la sala.

—En plan: «Contrate nuestros servicios y tendrá un niño tan adorable como este».

Brad me ayuda a sentarme en una silla mientras se ríe por lo bajo. Respiro hondo un par de veces, aunque las náuseas omnipresentes parecen haber remitido un poco, al menos por el momento.

—Quédate aquí sentada y relájate —dice—. Voy a hablar con la recepcionista para que te vea un médico.

—Vale. —Apoyo la cabeza en el suave reposacabezas del sillón y cierro los ojos—. Gracias, Brad —susurro sin fuerzas.

17

Brad

Apoyo la cabeza en la fría pared que tengo detrás, sobre la que las guirnaldas de luces arrojan una luz tenue y cálida. Lara está sentada a mi lado, con la cabeza apoyada en mi hombro. No puedo verle la cara, pero oigo bajito sus inocentes ronquidos.

Mi mirada recorre a los pocos pacientes que hay. Justo enfrente está sentada una pareja joven. Parecen sacados directamente de la portada de una de esas revistas de papel cuché. Tienen las manos entrelazadas y las cabezas inclinadas la una hacia la otra. Es un momento silencioso e íntimo, pero algo en la tensión de su postura delata que están esperando. Sea lo que sea, tiene importancia.

Los observo más tiempo del que debería. Él le susurra algo al oído y ella asiente de forma casi imperceptible antes de apoyarse en su hombro. Tiene los ojos enrojecidos, como si hubiera llorado. Él le pone la mano libre en la espalda y la atrae más hacia sí.

Involuntariamente, bajo la mirada hacia Lara. Si de verdad está embarazada —*si de verdad vamos a tener un hijo*—, ¿qué significaría eso para nosotros? ¿Podría ser yo un buen padre? La idea me resulta abrumadora. Cierro los ojos y siento que el agotamiento se apodera de mí. Los sonidos apagados de la sala se difuminan y me sumo en un sueño intranquilo.

Oigo un gemido suave en la casa. Camino de puntillas por el pasillo a oscuras, sobre la cálida madera.

¿Qué es ese ruido?

Sigo avanzando de puerta en puerta. Todas las habitaciones están a oscuras, pero a través de la rendija de una puerta, la luz tenue de una lámpara de noche incide sobre las tablas de madera del suelo.

Sigo avanzando, como a cámara lenta, hasta que llego a la puerta que tan bien conozco. En el marco hay unas muescas, la última a la altura de mis ojos.

Miro con cautela dentro de la habitación. Veo a mi madre sentada en su cama, con la mirada vacía, pero a la vez llena de desesperación. Hay algo en su regazo. Pero ¿qué es?

Quiero decir algo, pero mi boca está muda.

En vez de eso, entro, pero de repente estoy en otra habitación. ¿Es el bar de Lara? No se parece al que conozco. Las mesas están movidas y en el centro de la sala hay un pequeño árbol de Navidad, adornado con bolas doradas y una guirnalda de papel hecha a mano. El escenario, donde normalmente tocan los músicos, está vacío, a excepción de una manta sobre la que está sentada una niña pequeña, que no tendrá más de dos años. Tiene los ojos de Lara, de un azul brillante, y juega con un peluche mientras sus rizos claros relucen a la luz de la guirnalda de luces.

—¿Brad? —La voz de Lara me saca de mis pensamientos. Está detrás de la barra, sonriendo, secando unos vasos—. Estás soñando otra vez.

Quiero responder, pero mi mirada vuelve a la niña. Me mira como si me conociera. Su risa resuena por todo el bar y siento una punzada en el pecho, una sensación a la que no sé ponerle nombre. ¿Alegría? ¿Miedo?

Lara se acerca a mí, se seca las manos en el delantal y me pone una en la mejilla.

—Eres un padre fantástico, ¿lo sabías?

Quiero decir algo, decirle lo mucho que la quiero, lo mucho que desearía que fuéramos una familia. Pero antes de que pueda pronunciar una palabra, la escena cambia. La habitación se oscurece, las luces del árbol parpadean. La risa de la niña se apaga. Y entonces estoy solo.

El vacío es abrumador, y con él vienen las dudas. ¿Y si la decepciono? ¿Y si no soy capaz de querer a Lara y a esta niña como se merecen? La idea de que podría perderlas algún día me hace un nudo en la garganta.

—¿Señor? —La voz es clara, casi demasiado alta, y me arranca de mi sueño. Me sobresalto, con los ojos muy abiertos, y tardo un momento en orientarme. Lara sigue sentada a mi lado, hundida en el asiento. Pero ahora, la joven de la recepción está de pie delante de mí.

***

—Entiendo que sea algo espontáneo.

—Señor, como ya le he dicho varias veces, ahora mismo no hay ningún ginecólogo libre y no parece que vaya a haberlo en lo que queda de día. De verdad que lo siento mucho, pero puedo darle una cita para mediados de febrero.

La joven recepcionista levanta la vista de su cara pantalla y me lanza una mirada desafiante. Para colmo, lleva un gorro de elfo verde con unos cascabeles que tintinean con el rápido movimiento de su cabeza. Por supuesto que me creo que no haya ninguna cita libre. Pero Lara y yo necesitamos salir de dudas de una vez por todas, y tiene que ser ahora. No me fío demasiado de los test de embarazo. Me giro y veo a Lara durmiendo en su silla, completamente agotada.

Además, me preocupa su estado.

—Mire otra vez.

Suspira de forma teatral.

Como decía, claro que me la creo. Por eso no estoy orgulloso de lo que hago a continuación. Agarro el borde del mostrador con tanta

fuerza que el monitor se tambalea peligrosamente y por poco se cae de su pequeño soporte. Planto mis dos metros de altura delante de ella, mientras las dos parejas que están detrás de mí en la cola retroceden un par de metros.

—Escuche, señora…

—Stevens —dice con voz trémula.

Ahora tiembla tanto que los cascabeles de su cabeza canturrean la primera estrofa de *Jingle Bells*.

—Señora Stevens. Probablemente no sabe con quién está hablando. Y no se lo echo en cara en absoluto. Quizás deberíamos empezar de nuevo, ¿qué le parece?

—Vaaale.

—¡Maravilloso! —me río—. Bien, señora Stevens. Quisiera ver a la doctora Henson. ¿En qué ala dijo que estaba su consulta?

—La doctora Henson está en el… ¡Oh, mierda!

Casi puedo sentir las miradas de las parejas en mi espalda tensa. El cambio en los pequeños ojos de la mujer que tengo delante es realmente fascinante. De forma inmediata, su aire arrogante y condescendiente, y, bueno, el miedo, se transforman en una admiración devota.

—… en el ala Sullivan. ¡No tenía ni idea, señor Sullivan! Por favor, disculpe, pero es que tenemos muchísimo trabajo. Supongo que la época navideña pone a mucha gente sentimental y aumenta el deseo de tener hijos de muchos.

—No se preocupe.

—Por favor, pasen a la siguiente sala de espera. La doctora Henson los recibirá lo antes posible.

18

Lara

—Lara, la doctora está lista para recibirnos. —El sonido de sus palabras, irritante y adorable a la vez, interrumpe un sueño bastante agradable sobre un pastel de chocolate.

—Déjame en paz —gruño, sin estar dispuesta a renunciar sin pelear al mejor sueño que he tenido en semanas.

—Por desgracia, eso no es una opción. —Esta vez, la voz viene acompañada de una mano que me sacude suavemente, sin dejarme más remedio que abrir los ojos.

Miro a Brad con reproche.

—Espero que tengas una buena…

—La tengo.

Me pasa un brazo por la espalda y me levanta de la silla.

—Una doctora que está esperando y a la que he conseguido convencer para que pospusiera sus citas y así poder verte. No le hará ninguna gracia que te quedes dormida.

—No necesito un médico.

Lo que necesito ahora es dormir.

Miro con anhelo la silla de la que Brad me ha arrancado. Si prometo ser silenciosa y discreta, quizá me dejen dormir aquí. Al fin y al cabo, no he podido relajarme de verdad desde la noche con Brad en mi propia cama.

—Tenemos que asegurarnos de que tú y el bebé estáis sanos. —Me mira de arriba abajo—. Si estás demasiado cansada para andar, te llevaré en brazos encantado.

Inspiro bruscamente.

—Es una oferta tentadora… pero creo que puedo apañármelas sola. —Y la sensación de su cuerpo contra el mío sería demasiado para poder soportarla. Cada vez que me toca, una intensa oleada de deseo me inunda.

Cualquier duda que pudiera haber tenido sobre la veracidad de la historia de la gestación subrogada de Brad se disipa mientras me guía por el largo pasillo. Se mueve como un hombre que ya ha estado aquí antes.

Finalmente abre de un empujón una puerta situada a mitad del pasillo y lo sigo a la habitación de detrás.

Una mujer de mediana edad con cara seria, un corte de pelo corto y moderno y demasiado maquillaje levanta la vista de la tableta electrónica que tiene en el regazo. Con un vistazo a su bata quirúrgica, decorado de tal forma que parece un jersey feo de Navidad, sé que ella y yo nos llevaremos bien.

Su mirada se posa en mí y sus ojos se abren de par en par.

—No sabía que el señor Sullivan había traído acompañante.

—Hola, doctora Henson. —Brad me pone una mano en el hombro—. Quiero presentarle a la madre de mi hijo. Lara Reynolds.

La doctora niega con la cabeza antes de que él haya terminado la presentación.

—Señor Sullivan, sé que le ha costado elegir una nueva gestante subrogada de los nombres que le dimos después de que la última se echara atrás, pero le ruego que lo siga intentando. Aunque estoy segura de que la señora Reynolds es una mujer maravillosa, la gestación subrogada exige mucho de una mujer, y aunque muchas se acercan a ella con las mejores intenciones, al final, psicológicamente, no son capaces de cortar todos los lazos emocionales con el niño que han gestado y dado a luz.

—Doctora Henson —repite Brad—. No me he expresado con suficiente claridad. Lara es, literalmente, la madre de mi hijo. Ya está embarazada.

19

Brad

—¿Cómo puede un *único* bebé, que ni siquiera está a punto de nacer, requerir tanto papeleo? —Lara firma un formulario y me lo pasa.

—Asombroso, ¿verdad? —murmura la doctora Henson desde el otro lado de la consulta, donde está revisando los resultados del análisis de sangre de Lara—. Además de los formularios de exención de responsabilidad, los otros documentos son para tramitar el certificado de nacimiento de su hijo. Si los rellenan ahora, tendrán una cosa menos de la que preocuparse después del parto.

Reprimo el impulso instintivo de reírme de la expresión de Lara.

—Todavía no estoy preparada para pensar en todo el asunto del parto —me susurra.

Desde que conoció a la doctora Henson, que ha empezado rápidamente con las pruebas, Lara se ha ido relajando. Por supuesto, sigue estando demasiado pálida y delgada para mi gusto, y me preocupan los detalles que le ha contado a la doctora sobre la gravedad de su estado en las últimas semanas, pero ya se parece un poco más a la de siempre.

Mejor aún, su sentido del humor —una de las cualidades que más me gustan de ella— ha vuelto.

—De acuerdo, Lara, ¿podría volver a sentarse en la camilla de exploración, por favor? —dice la doctora Henson—. Así podrá echar el primer vistazo a su bebé.

Lara gira la cabeza bruscamente.

—¿En serio? Pero si apenas estoy embarazada. Creía que se tardaba un tiempo en ver algo en la ecografía. Mi prima estaba más

o menos a mitad del embarazo cuando empezó a enseñarles a todos las fotos de su bebé cabezón.

—En la mayoría de los centros no se hace una ecografía hasta aproximadamente la semana dieciséis, pero como ha estado tan enferma y sus niveles de hierro son muy bajos, lo que tiene mucho que ver con que esté tan cansada, quiero comprobarlo todo y asegurarme de que no hay ninguna causa grave.

Lara palidece y se me cae el alma a los pies. Acabo de enterarme de que está embarazada y todavía no he asimilado del todo la noticia. Si algo grave le pasara a ella o al bebé… El hilo de mis pensamientos se rompe, ya que ni mi corazón ni mi cerebro pueden procesar ese escenario.

Ignoro los últimos formularios que me quedan por firmar, me levanto de un salto y me pongo al lado de Lara.

—¿Cree que podría pasarle algo al bebé? —pregunta Lara, con la voz ligeramente temblorosa.

—En este momento, no tengo motivos para sospechar que haya ningún problema. Es solo una medida de precaución.

—¿Y si lo hay? —pregunto. Lara extiende el brazo y me coge la mano. Se la aprieto para tranquilizarla y entrelazo mis dedos con los suyos.

—La octava semana es un momento especial —explica la doctora Henson mientras sube la parte inferior de la sudadera de Lara, dejándole el vientre al descubierto—. Su bebé está pasando de la llamada etapa embrionaria a la fetal.

—No tengo ni idea de lo que significa eso —dice Lara.

—En lugar de ser solo un cúmulo de células —le explico mientras la doctora Henson le cubre el vientre con un gel transparente—, las células se han organizado y han formado todas las partes necesarias para sobrevivir.

La doctora Henson me guiña un ojo, sonriendo.

—Muy bien. Me alegro de saber que algunas personas de verdad leen el material que les envío. —Coge el transductor y coloca un extremo sobre el vientre de Lara—. Lara, está usted en buenas manos con este hombre. Conoce el tema a la perfección.

—Alguno de los dos tiene que saber, ¿no? —murmura Lara mientras los tres nos volvemos hacia la pantalla.

Al principio solo veo sombras y extrañas líneas grises, pero al cabo de unos instantes empiezan a formarse figuras.

—Justo ahí. —La doctora Henson señala una mancha pálida en la parte inferior de la pantalla con la mano que tiene libre—. Ese es su bebé.

Lara se apoya en un codo y se acerca a la pantalla del ecógrafo.

—¿Eso? ¿Está segura? ¿Cómo lo sabe?

—Este círculo de aquí. —La doctora señala la mancha más grande—. Es su cabeza. Y el óvalo que tiene al lado es el torso. Aún no es lo bastante grande como para ver el latido, pero puedo decirle que su hijo tiene un corazón bonito y fuerte, y que todo tiene un aspecto maravilloso.

—Y esos circulitos diminutos… —La voz de Lara rebosa asombro —. ¿Son sus…?

—Brazos y piernas —termina la frase por ella la doctora Henson.

—¡Brad! —chilla Lara, y su mano se cierra con más fuerza alrededor de la mía—. ¿Estás viendo eso? Es un bebé completamente formado. Y tiene mucho mejor aspecto que el hijo cabezón de mi prima.

Riéndome, le doy un beso en la coronilla e inhalo el embriagador y limpio aroma de su champú.

—Nuestro bebé es fantástico.

—Voy a imprimirles una foto para que se la lleven a casa. Mucha gente comparte estas imágenes en las redes sociales o las cuelga en la pared. —La doctora Henson le da a Lara un pañuelo para que se

limpie el gel del vientre antes de coger una bolsa de farmacia que me entrega.

—Lara, le doy unas vitaminas prenatales para que las tome durante las próximas semanas, así como unas pastillas para las náuseas. Si necesita más, avíseme. Aquí en *Loving Embrace* tenemos nuestra propia farmacia y un farmacéutico que hace visitas a domicilio. Así que no solo podemos dispensarle sus recetas aquí, sino que también podemos llevárselas a casa. —La doctora Henson hace una pausa—. Aún no lo he preguntado..., ¿vive usted en Carolina del Norte, cerca de Brad?

—No, vivo en Chicago, a unas manzanas de aquí. —Lara se ajusta la sudadera y se baja de la camilla. Le pongo una mano en el hombro para sujetarla por si se marea—. Soy la dueña del *Blind Pig*.

—¡No me diga! —El rostro de la doctora Henson se ilumina—. Me encanta ese local. Si necesita algo, no dude en decírmelo y se lo llevaré yo misma cuando termine mi turno aquí.

—Si lo hace, avíseme y le guardaré una copa gratis.

—¡Me parece un buen trato! —dice la doctora Henson. Su tono entusiasta da la impresión de que, en efecto, cree que es la mejor idea que ha oído en todo el día—. Y, Lara, aunque ni a usted ni al bebé les pasa nada, me preocupa su agotamiento. Quiero que se tome unos días libres y descanse. No tiene que guardar reposo absoluto en cama, pero quiero que se mime un poco y le dé a su cuerpo algo de tiempo para adaptarse. Si su estado no cambia, puede que tenga que imponerle más restricciones a medida que avance el embarazo.

20

Brad

—El local está cerrado los lunes, igual que en Nochebuena y el día de Navidad. Entonces descansaré. Con eso tiene que bastar —continúa Lara con su sermón, que no ha parado desde que salimos de la clínica de reproducción.

—¿De verdad crees que tres días libres son suficientes? —Cojo las bolsas de la compra con los artículos de aseo y la ropa que he comprado en Wal-Mart de camino a su piso con una mano, abro la puerta de su casa con la otra y espero a que entre.

Mientras lo hace, me lanza una mirada de reproche.

—Dijo que tenía que descansar un par de días. Tres son un par. Además, me mandó a casa con todo esto. —Hace crujir la bolsa de papel de la farmacia que tiene en la mano—. Esto me ayudará a sentirme mejor enseguida. Además, voy a pedir a algunos de mis empleados que ordenen el bar después de cerrar. Eso me facilitará aún más la vida. Muchos de ellos estarán encantados de ganar un dinero extra.

—Por alguna razón, no creo que se refiriera a eso —murmuro para mis adentros.

—¿Qué? —espeta Lara.

—Que estás preciosa, ¿lo sabías?

Ignoro la caja de paracetamol que pasa rozándome la frente.

Atticus salta del alféizar de la ventana, donde al parecer se ha pasado el día tomando el sol, y cruza la habitación corriendo sin dejar de ladrarme. O no se acuerda de que nos presentaron hace un par de semanas, o sí se acuerda de que nos presentaron hace un par de semanas.

—Hola, sol —saludo al chucho calvo.

Pero estoy preparado para esto. Rebusco en una de las bolsas de la compra y aparto los vaqueros y el tubo de pasta de dientes hasta que mis dedos dan con la bolsa de golosinas caras para perros que he cogido mientras me hacía con provisiones de emergencia para mi propio uso.

Al primer crujido de la bolsa, el trasero de Atticus cae al suelo y sus ojos siguen febrilmente cada movimiento de mi mano, mientras su ridícula cola se agita de un lado a otro con excitación.

Abro la bolsa, saco una de las golosinas con sabor a pollo y lo lanzo al otro lado de la habitación. El diminuto perro sin pelo sale disparado tras él como un rayo.

Lara y yo lo observamos.

—Esa es una forma de ganártelo —comenta ella con una leve sonrisa.

—Me da igual ganármelo. Solo quiero caerle lo suficientemente bien como para que no me muerda los zapatos, al menos hasta que pueda conseguirme un par de repuesto.

Enarca una ceja.

—¿Crees que vas a estar aquí el tiempo suficiente como para tener que preocuparte por eso?

Esa es una de las muchas cosas de las que todavía tenemos que hablar. Sin embargo, no es una conversación que me apetezca tener ahora mismo.

Le rodeo el codo con la mano, la guío hasta el sofá y la ayudo a sentarse antes de ponerme de rodillas y quitarle los zapatos. No puedo resistirme y poso la mano sobre la parte baja de su vientre, justo donde está creciendo nuestro bebé. Ella duda un segundo antes de poner su mano sobre la mía.

—La ecografía ha sido genial, ¿verdad? —susurro. Todavía no me puedo creer que Lara y yo hayamos creado una vida juntos.

—Sí. —Lara arruga la frente—. Hasta entonces no me creía del todo que los resultados de las pruebas fueran correctos. Se oyen tantas historias… Ahora que lo he visto... o la he visto... con mis propios ojos... —Su boca se curva en una sonrisa suave y misteriosa que la convierte en la mujer más hermosa que he visto en mi vida—. Ahora... no sé, es como si de repente me hubiera invadido este sentimiento abrumador de amor y de tener un propósito. Puede que solo sean las hormonas del embarazo, pero aun así es una sensación increíble.

Sé exactamente de lo que habla. La ecografía tuvo el mismo efecto en mí, pero todavía no estoy preparado para expresar mis sentimientos.

Sin embargo, este es el momento perfecto para sacar a relucir una idea que me ha estado rondando por la cabeza desde que dejamos a la doctora Henson y la clínica de fertilidad.

—Lara, creo que de verdad deberías planificar más días de descanso que solo tres, de los cuales dos son dentro de más de una semana. Te lo debes a ti y al bebé.

—Lo sé, lo entiendo, de verdad. —Su cabeza se deja caer contra el respaldo del sofá—. Pero nunca he tenido tanto trabajo desde que abrí el local. Y las fiestas de Navidad aún están por llegar. Simplemente, no puedo permitirme cerrar. Lo haría si pudiera, pero tomarme un descanso no es una opción.

—Sí que lo es.

—¿Y cómo?

—Puedo sustituirte.

Se incorpora de golpe y me mira fijamente, con sus ojos azul índigo tan grandes como canicas.

—¿Que puedes hacer qué?

—Puedo sustituirte.

—Es una broma, ¿no?

—No, en absoluto. No siempre he sido desarrollador de *software*. A los quince empecé a trabajar de ayudante de camarero y me pagué la universidad sirviendo mesas y copas. Es cierto que era un bar de universitarios, así que básicamente solo servía cerveza, no los cócteles sofisticados que sirves tú, pero a lo que voy es a que no estoy ni de lejos tan poco cualificado para ocupar tu lugar como podrías pensar.

—No sé.

Siento su vacilación y juego mi as en la manga.

—Escucha, la doctora Henson ha dicho que no necesitas reposo absoluto, que solo tienes que tomártelo con un poco de calma. Yo trabajaré detrás de la barra y tú podrás pasar la noche relajándote en tu despacho.

—¿Relajándome?

Ignoro deliberadamente el comentario.

—Puedes pasar el tiempo ahí dentro como quieras. Píntate las uñas, haz el papeleo, elige nombres de bebé... He instalado un par de libros sobre crianza en mi Kindle. Puedes leer uno o dos si quieres.

Veo cómo se lo piensa.

—Y mientras tanto, yo puedo trabajar detrás de la barra. Tienes varios camareros. Pueden enseñarme y, si alguna vez necesitamos tu ayuda, solo tenemos que llamar a la puerta de tu despacho. Así podrás tener el descanso que tanto necesitáis tú y el bebé.

—Supongo que podemos intentarlo —dice Lara, aunque no parece del todo convencida—. Abrimos en una hora, así que deberíamos bajar y buscar un uniforme que te quede bien. Luego te daré un curso intensivo sobre cómo preparar nuestros cócteles más populares.

—Genial. —Me enderezo un poco y le doy un beso en la mejilla —. Te prometo que no te arrepentirás.

21

Brad

Casi no puedo creer que esté aquí. Detrás de una barra. El ambiente del *Blind Pig* me cautivó desde el principio y hoy, por primera vez, voy a formar parte de él. No es la primera vez que estoy detrás de una barra, pero esto es diferente. Este pub es algo especial. Más que un trabajo. Es una institución, un lugar donde se cuentan historias. Y estoy decidido a encontrar mi sitio en él y a no fallarle a Lara.

El aroma del whisky y los cítricos se mezcla con el cálido olor amaderado de la sala. La música jazz que suena de fondo es animada, pero no invasiva. Todo esto me resulta familiar y, sin embargo, es nuevo.

—¿Y estás seguro de que puedes con esto, Brad? —Emile me mira con una mezcla de escepticismo y curiosidad. Y hay algo más, una gran dosis de diversión. Es ancho de hombros, con una expresión divertida y un poco hastiada en la cara; el tipo de persona que sabe exactamente lo que hace y no lo haría ni un milímetro de forma diferente. Un barman típico.

—Sí, estoy seguro —respondo, intentando parecer lo más relajado posible. Pero en el fondo, algo me oprime. Toda esta situación es un poco diferente de lo que esperaba. Nunca había visto a los empleados de Lara como mis compañeros, solo como amigos suyos. Ahora formo parte de su equipo y de verdad que no quiero ser el *pretty boy* forrado que es demasiado sofisticado para mancharse las manos de vez en cuando.

—Bien —dice Emile, asintiendo—. Empieza por los vasos. Cuando los limpies, podremos arrancar.

Cojo uno de los vasos y empiezo a pulirlo con esmero. Es una tarea sencilla, rutinaria, casi como si estuviera reviviendo a mi yo de

la universidad, el barman que no tenía reparos en arrimar el hombro.

—Luego te enseñaré a preparar los clásicos —dice Emile mientras me entrega una copa que tengo que servir—. Pero tienes que entender que este no es un bar cualquiera. No eres el único que trabaja aquí y no eres el único que se encarga de que el local funcione. Somos un equipo.

—Lo sé —respondo. Sé lo que está pensando, sé que lo piensa porque puedo leérselo en los ojos. Soy el tipo que siempre aparece en traje, a menudo incluso con chófer. El tipo que puede permitirse pagarle la ronda a todo el mundo. Pero ese no es el papel que quiero desempeñar aquí.

—Pues entonces —dice Emile y me da una palmada en el hombro—, demuestra de lo que eres capaz.

Cuando Tracy entra, noto que me relajo un poco al instante. Es de esas personas que lo tienen todo bajo control. Tiene un humor con el que sabes que también puede ser seria, aunque siempre con un guiño. Sacude la cabeza con incredulidad al observarnos.

—Vale, no lo agobies ahora mismo, Emile —dice con una sonrisita—. El nuevo todavía está en su periodo de prueba.

No pude evitar reírme.

—Oye, yo solo quiero ayudar. Y estorbaros lo menos posible.

—Tú tranquilo —replica Tracy—. Venga, Brad, vas a preparar tus primeras copas. Pero no temas, aquí no hay ninguna receta secreta. Todos estamos aquí para ayudarnos.

—Supongo que tienes razón —digo, intentando disfrutar del momento. De algún modo, siento que estoy pasando… de multimillonario a friegaplatos. *¿No es siempre al revés en las películas y en las novelas románticas?* Pero también me aporta algo que echaba en falta en mi mundo de éxito. Una verdadera sensación de desafío. Esto es real.

—A ver —dice Tracy—, un Big Apple para la mesa de ahí atrás. ¿Lo has hecho alguna vez?

—Emm… —asiento—. Creo que sí. Zumo de manzana, vodka, zumo de lima..., ¿no?

Emile resopla y se sienta a observarme.

—Es un buen principio, Brad. Pero si quieres hacerlo bien, tienes que agitarlo en condiciones. Eso marca la diferencia.

Cojo el vaso y me pongo con ello directamente. El consejo de Emile no venía con mala intención, sino más bien de esa verdad tácita que quería enseñarme: no te ganas el puesto solo por saberte la receta. Se trata de dominar el oficio.

—Te acostumbrarás rápido —dice Tracy mientras me pasa el siguiente pedido—. Créeme, en un par de días sabrás cómo triunfar aquí.

—Eso espero —respondo mientras preparo la copa y la llevo a la mesa.

Los clientes me reciben con una sonrisa y el trabajo empieza a parecerme más natural. Al volver a la barra, me doy cuenta de que Emile me observa con ojo crítico. Asiente con la cabeza, como si por fin me hubiera dado luz verde. La tensión entre nosotros, esa crispación tácita, empezaba a disiparse gradualmente.

—Bien hecho —dice finalmente mientras preparo la siguiente copa—. Se te da bien. Deberías pasarte por aquí más a menudo.

—Gracias —respondo, notando cómo un ligero orgullo se remueve en mi interior. No soy el pijo rico que se pensaban. Estoy aquí para ayudar. Pero sobre todo por Lara y por nuestro hijo. Y empiezo a comprender que eso es todo lo que necesito. Que eso es todo lo que necesitaré jamás.

Ya no soy el multimillonario de los trajes a medida. Soy solo Brad, el friegaplatos barra barman. Barra padre del hijo de vuestra jefa.

La noche va mejor de lo esperado. El primer par de horas fueron un poco accidentadas: algún que otro percance, un par de pedidos equivocados y algunos momentos bochornosos en los que intentaba encontrar los movimientos «correctos» mientras Emile me miraba por encima del hombro. Pero al cabo de un rato, le cojo el tranquillo. Eso es lo bueno de la barra: no te da tiempo a pensar, no te da tiempo a dudar. Simplemente, actúas. Y si cometes un error, lo corriges antes de que nadie se dé cuenta.

Tengo la impresión de que ahora sí que de verdad estoy aquí, formando parte de este equipo. La gente empieza a confiar en mí más de lo que esperaba.

—¡Ponnos cinco Old Fashioned! —grita Tracy de repente, mientras se acerca con un grupo de clientes pisándole los talones. No puedo evitar sonreír de oreja a oreja.

—Claro, ahora mismo —digo.

—Tengo curiosidad por ver esto —dice, mirándome mientras reúno los ingredientes.

Me río por lo bajo y mezclo las copas como un profesional. El Old Fashioned es sencillo: sirope de azúcar, amargo de Angostura, un par de gotas de agua, con piel de naranja y una rama de canela. Pero también es una copa que exige precisión y, cuando le sirvo las copas ya listas a Tracy, vuelvo a ver lo impresionado que está Emile.

—No está mal para un novato —dice, tomando un sorbo—. Vale, está muy bueno. Quizá no seas solo una cara bonita con mucho dinero. ¿Hacías esto a menudo antes?

Asiento con la cabeza.

—En la universidad a veces me encargaba de la barra. Sé cómo se hace, solo que… ha pasado un tiempo.

—Se nota —sonríe—. Pero se te da bien. Mejor que a mí cuando empecé con dieciocho años.

—Gracias —digo, mientras miro el siguiente pedido que tengo que preparar—. Se siente bien estar de nuevo detrás de la barra. Me

resulta familiar de algún modo.

—Ese es el espíritu, tío —responde Emile, sentándose—. Lara se alegrará de tenerte aquí. Necesita apoyo, más del que está dispuesta a admitir. Pero ya la conoces. Siempre lucha sola. Y ahí fuera, en el mundo real, tienes que aguantar un poco de presión para sobrevivir —dice Emile, apoyando los codos en la barra—. Pero tiene un buen equipo. Y ahora tú formas parte de él.

Asiento y reflexiono sobre lo que ha dicho. Sus palabras no me abandonan el resto de la noche, sino que resuenan en mi interior. Lara siempre ha irradiado tanta fuerza, pero nunca me había parado a pensar en todo lo que tiene que sobrellevar sola. Una parte de mí quiere ayudarla, no solo con mi dinero, sino sobre todo emocionalmente.

22

Brad

—Atticus, cállate, ¿vale? —Los incesantes ladridos al otro lado de la puerta cesan, aunque el animal sigue gimoteando en voz baja. Un instante después, la puerta se abre todo lo que permite la cadena de seguridad y el rostro de Lara aparece en la estrecha rendija.

Al menos, creo que es el rostro de Lara, porque es difícil saber qué hay exactamente bajo la gruesa capa de pringue verde brillante que le cubre la piel.

Atticus se mete entre la puerta y los tobillos de ella y asoma su feo rostro por la rendija para gruñirme.

—¡Brad!

—Hola, espero no haberte despertado.

—No, me he levantado hace una media hora. —Lara levanta la mano, se toca el pringue y hace una mueca—. He decidido darme un día de mini spa.

—Te lo mereces. —Hago crujir la bolsa de papel que llevo en la mano—. He traído dónuts. Déjame entrar y los compartiré contigo. —Bajo la vista hacia Atticus—. Hasta el chucho podrá comerse uno.

—¡Ah! —Lara quita la cadena de seguridad y abre la puerta—. ¿Cómo podría rechazar una oferta así?

Con una sincronización perfecta, nos dirigimos a la cocina. Lara coge un plato del armario y lo deja sobre la mesa. Mientras yo saco los dónuts de la bolsa y los coloco en el plato, ella sirve dos tazas de café y me pasa una antes de sentarse.

—Es descafeinado —me advierte—. Por lo visto, la cafeína no es buena para los bebés. —Toma un sorbo y tuerce el gesto—. He tenido que deshacerme de todo el café bueno para no caer en la tentación. No sé si ha sido buena idea, en lo que respecta al bar. Mis

clientes no beben mucho café, así que no les importará, pero mi personal podría rebelarse.

—Ya se te ocurrirá algo.

Elige un dónut de jalea de frambuesa del plato y le da un mordisco.

—Estoy pensando seriamente en decirles que se traigan sus propios termos, pero me da miedo robarles un sorbo cada vez que pase por la sala de descanso, como una yonqui buscando desesperadamente su próximo chute.

—Seguro que en un día o dos te acostumbras a la vida sin cafeína —le digo divertido, pegándole un mordisco a mi dónut de crema Boston. Atticus gimotea, recordándome mi promesa, así que dejo caer al suelo para él el dónut de azúcar glas que le he comprado. Se abalanza sobre él y empieza a devorarlo como si no hubiera comido en días.

Lara me mira fijamente por encima de su dónut.

—Gracias por trabajar en el bar anoche. No me puedo creer lo fácil que te resultó todo. Aunque ojalá me dejaras pagarte.

—Lara, ya hablamos de esto anoche. —Las palabras salen más bruscas de lo que pretendía—. No voy a dejar que me pagues.

—Pero siento que me estoy aprovechando de ti y no me gusta.

—Soy culpable al menos en un cincuenta por ciento de que necesites descansar, ¿recuerdas? Lo menos que puedo hacer es quitarte un poco de trabajo de encima.

—Bueno, visto así, parece que tienes buenos argumentos. —No parece tan convencida como sus palabras sugieren—. ¿Así que estás dispuesto a ayudarme?

—Totalmente.

—Bien. —Lara no se molesta en ocultar su alivio. Eso, y el hecho de que deja de discutir conmigo por lo del dinero, demuestra que todavía no se siente al cien por cien.

Comemos nuestros dónuts en un tenso silencio, partiendo de vez en cuando un trozo para Atticus y bebiendo nuestro café descafeinado. Ambos sabemos que tenemos que hablar del bebé y del futuro, pero ninguno de los dos quiere ser el primero en sacar el tema.

Hasta que no puedo soportar más el silencio.

—¿Sigues teniendo náuseas a menudo?

—No. Bueno, la verdad es que no. Esta mañana las he tenido justo al despertarme, pero después de tomarme una de las pastillas que me recetó la doctora Henson, el estómago se me ha calmado enseguida.

—Eso es estupendo. —Cambio de tema—. ¿Qué vas a hacer hoy, aparte del día de mini spa y relajarte?

Lara se limpia el dedo con una servilleta y señala con la cabeza las cajas apiladas en el salón.

—Decorar. Debería haberlo hecho hace semanas.

—Excelente. Te ayudaré.

—¿De verdad?

—Soy un decorador excelente. Y no tengo muchas oportunidades de demostrar mis habilidades. Como vivo solo, no tiene mucho sentido adornar la casa, y la oficina la decora un equipo profesional cada año.

Lara no parece convencida.

—Si estás seguro de que de verdad quieres hacerlo…

—Lo estoy. —Casi salto de mi taburete para ayudarla a bajar del suyo. Atticus nos sigue al salón—. ¿Por dónde empezamos?

—Primero, vamos a bajar la mayoría de estas cajas al sótano. Las únicas que no bajan son las que dicen «Árbol» —explica.

—Todas menos «Árbol». Entendido.

Echo un vistazo a las cajas de cartón y leo las pulcras etiquetas que adornan el costado de cada una. *Exterior. Luces. Coronas. Decoración de pared*. *Árbol.* Mi mirada se posa en la caja con esa última etiqueta y me hierve la sangre.

La señalo con un dedo acusador.

—Por favor, dime que eso no es lo que parece.

Lara examina la caja.

—Es un árbol.

—No, no lo es —replico—. Es una estafa. Una abominación. Un insulto a la Navidad. No puedes poner esa cosa.

—Lo pongo todos los años. Cumple su función a la perfección.

—Una abominación —reitero. Saco el móvil y busco el número del servicio de chóferes que uso siempre que estoy en Chicago.

—Este año lo pondré en esta habitación. Y voy a pedir uno de esos que ya vienen con luces para abajo.

—No. No lo harás. Te pondrás algo de abrigo, cogerás a Atticus y entonces, en cuanto llegue el coche que acabo de pedir, iremos a buscar un árbol de Navidad de verdad. Uno que huela a bosque, que haya que regar cada dos por tres y que suelte un montón de agujas. No uno de plástico.

23

Lara

—Gracias —le murmuro al desgarbado conductor mientras salgo del interior maravillosamente cálido del coche al aire frío. Atticus, envuelto en una pesada parca de perro de color azul claro y unas botitas de invierno que le protegen las patas del frío, salta detrás de mí.

—De nada, señorita —dice el conductor con una sonrisa radiante.

Atticus estira su delicada cabeza hacia el cielo para olisquear el lugar desconocido, mientras que yo, por mi parte, lo inspecciono detenidamente. El viento frío me azota la cara y me hace tiritar, pero al mismo tiempo siento una tierna ilusión. Tengo la sensación de que aquí hemos encontrado un oasis de tranquilidad, lejos de la ajetreada ciudad y del bar, que exige mi atención constantemente.

El vivero que visitamos está situado en medio de un paisaje idílico que no tiene nada que ver con el ajetreo urbano de Chicago. La granja de árboles *Kormondy Family Tree Farm* parece un lugar realmente precioso. Un pequeño grupo de camionetas y coches está aparcado delante de un enorme granero rojo, y ya desde aquí puedo oler el dulce aroma de los abetos recién cortados. Media docena de ellos están al lado del granero, cerca de uno de los belenes más bonitos que he visto en mi vida. En el lado opuesto del granero, en un corral, dos caballos acicalados mastican su heno tranquilamente.

La escena parece sacada de la portada de una postal navideña.

Atticus tira de la correa y gimotea. Quiere explorar, ¡y lo quiere ahora mismo! Pero no se lo puedo reprochar; el pobrecito ve muy poca naturaleza en una gran ciudad como Chicago. Pero sin coche y con mi bar, me resulta casi imposible ofrecerle largos paseos por el bosque.

—¿Lista? —Brad aparece rodeando la parte trasera del coche. La nieve cruje y restalla con fuerza bajo las suelas de sus botas nuevas a estrenar, que hemos comprado a medio camino.

—¿Estás seguro de que de verdad quieres hacer esto? —pregunto, con una mirada escéptica al vasto paisaje nevado que tenemos delante.

—Sí, y tú también —dice mientras me coge de la mano.

—Esto es ridículo —resoplo mientras me lleva desde el coche hasta el gran granero rojo, que está a solo unos metros—. La ciudad está llena de tiendas que tienen árboles artificiales muy bonitos. No había ninguna necesidad de conducir una hora y media solo para comprar un árbol de verdad.

Brad me lanza una mirada fulminante.

—¿Has tenido alguna vez un árbol de verdad?

—No —admito—. Pero solo porque nunca me ha importado de verdad.

—Créeme, cuando hayamos elegido uno y lo hayamos montado en tu casa, no querrás volver a ver esa cosa artificial y tonta que tienes en la caja.

—Mi árbol está perfectamente —digo, aunque en el fondo de mi ser sé que siento un pequeño cosquilleo al pensar en un árbol de verdad. Pero no, simplemente no puedo admitirlo.

—Es morado —me anuncia Brad con descaro.

—¿Qué tiene de malo el morado? —Jamás, ni en un millón de años, admitiré que, aunque me encantaba la idea de un árbol de Navidad morado cuando estaba en la universidad y lo compré en unas rebajas después de las vacaciones, el año pasado empecé a pensar que quizá parecía un poco ridículo y a considerar una opción más tradicional.

—A grandes rasgos, nada —dice Brad—. Salvo cuando se trata de árboles.

Me conduce a través de una pequeña puerta que hay en el lateral del gran granero.

El interior del granero parece el taller de Papá Noel para adultos. Largas mesas de pícnic cubiertas de coronas y otros adornos navideños hechos a mano ocupan la mayor parte del espacio. El aroma a canela, a pino fresco y a ponche de manzana caliente flota en el aire y me llena de una calidez que me hace olvidar el frío de fuera.

Me detengo junto a una corona enorme adornada con pequeñas bayas rojas y piñas. En la parte inferior lleva un gran lazo de raso perfectamente atado. La corona quedaría bien en la puerta principal del *Blind Pig*, pienso.

Le doy la vuelta a la etiqueta y me sobresalto. Es preciosa, pero el precio supera mi presupuesto con creces.

—¿Te gusta? —pregunta Brad.

—Sí, pero es tan… —Hago una pausa, tratando de parecer menos materialista.

Extiende la mano libre y coge la corona.

—Es demasiado cara —siseo entre dientes, esperando que nadie me oiga.

—No te preocupes. —Brad me da un ligero beso en la frente—. Pago yo.

Abro la boca, a punto de protestar y darle una lista de razones por las que no debería hacerlo, pero antes de que pueda coger aire para pronunciar las palabras, me pone un dedo en los labios y me hace callar.

—Por favor. Quiero hacer esto por ti.

La sinceridad de su expresión acalla rápidamente mi incipiente protesta.

—Vale.

—Genial. —Brad me arrastra hasta un extremo de la enorme sala, donde una adolescente con cara de aburrimiento está sentada ojeando una revista. Sobre una mesa junto a ella hay tres grandes dispensadores térmicos de bebidas calientes.

—Pillemos un chocolate caliente y veamos qué más adornos venden.

***

—¡Oh, mira este! —Sostengo un bonito Papá Noel tallado a mano—. Quedaría genial en las estanterías de detrás de la barra.

No es fácil poner el Papá Noel en mi cesta de la compra sin fijarme en el precio, pero lo consigo. Lo coloco encima del montón de adornos que he seleccionado durante la hora que Brad y yo hemos pasado rebuscando en el contenido de las mesas de pícnic.

—Creo que ya lo has visto todo —dice Brad suavemente—. Una y otra vez.

—Es posible.

Pero, por si acaso nos equivocamos, doy una vuelta sobre mí misma y vuelvo a mirar cada mesa para asegurarme de que no he pasado por alto algún tesoro maravilloso y escondido. La sala huele a canela y a ramas de pino, el aire chispea con esa emoción festiva que me invade cada año cuando paseo por los mercados navideños o simplemente deambulo por una sala decorada para la ocasión.

Aquí, en el granero, es mágico. El aroma a madera fresca se mezcla con el del chocolate caliente que humea en las tazas. Es cálido y acogedor, las luces del enorme y centelleante árbol del rincón se reflejan en las bolas brillantes y en los adornos de copos de nieve que están a la venta en las mesas. Unas guirnaldas de luces brillan sobre los puestos, y el suave sonido de los villancicos resuena por toda la sala. De repente, me siento como una niña pequeña que está por primera vez en un gigantesco parque de juegos lleno de colores, luces y sorpresas.

El ambiente aquí es muy diferente del de las noches ajetreadas en el bar. No hay clientes ni pedidos, solo magia navideña y momentos de tranquilidad que se sienten como un cálido abrigo de invierno.

Tras asegurarme de que de verdad no he dejado nada, vuelvo al carro de la compra en el que Brad está apoyado y me estremezco al verlo.
Cuando Brad fue a buscarnos unas tazas de chocolate caliente y le preguntó a la adolescente si tenían carros de la compra, puse los ojos en blanco ante la pregunta y me quedé asombrada cuando la chica señaló una pequeña fila de ellos.

Ahora entiendo por qué lo preguntó.

Ni siquiera entre los dos habríamos podido cargar en brazos todos los hallazgos que he elegido en el granero. Por cierto, no soy la única que se está abasteciendo de adornos navideños. Otras tres mujeres están llenando sus propios carros, aunque son algo más selectivas y se fijan más que yo en las etiquetas de los precios.

Cuando miro el contenido de mi cesta y pienso en la primera que Brad le dejó a la chica para que fuera sumando los artículos durante mi juerga de compras, me remuerde la conciencia. He evitado activamente mirar las etiquetas de los precios, pero a juzgar por el precio de la corona, sospecho que la suma de todos los artículos que he elegido supera la mensualidad de la hipoteca del *Blind Pig*.

—¿No sería mejor que devolviera algunas de las cosas? —ofrezco, aunque no tengo ni idea de cómo decidir qué conservar y qué devolver. Ya estoy encariñada con cada objeto que he elegido como si fuera una preciada reliquia de mi bisabuela.

—Ni se te ocurra —dice Brad en un tono de advertencia juguetón.

—Pero esto es carísimo. Y en realidad no necesito nada de esto.

Brad me clava los dedos en la parte delantera del abrigo y tira de mí hasta que quedo justo delante de él. Luego me coge la cara con

sus manos grandes y fuertes.

—Lara. —Su aliento, con aroma a chocolate caliente, me roza la cara—. He trabajado muy duro para crear una empresa de éxito y tener suficiente dinero como para no tener que preocuparme de si necesito algo que quiero.

—Pero…

—Es divertido verte comprar y elegir las cosas que te gustan. Eso vale cada céntimo que me voy a gastar aquí. Así que deja de preocuparte y disfrútalo al máximo.

Supongo que nunca sabré si es por su amable gesto o si la atracción magnética que he intentado ignorar desesperadamente está finalmente quebrando mi voluntad, pero hago exactamente lo que prometí no hacer: pongo las manos en sus hombros, me pongo de puntillas y presiono mis labios contra los suyos. Es un beso dulce, casi como los que me daba mi tía para saludarme. No es mucho más que un ligero contacto de nuestra piel, pero despierta todo mi cuerpo y crea una sensación cálida en lo más profundo de mi ser que se extiende lentamente hacia fuera, hasta que esa sensación, así como el persistente sabor a chocolate caliente en sus labios, son las únicas cosas que importan para mí en este momento.

Te quiero.

Las palabras me atraviesan la mente, de color rosa pálido y con la tipografía rebuscada que se suele usar para las invitaciones de boda, tan nítidas y claras como un letrero de neón.

Me aparto con las rodillas temblorosas. En los ojos de Brad brilla algo fugazmente antes de que se apresure a ocultarlo.

¿Amor? ¿De verdad?

Un nudo de dudas preocupantes empieza a formarse en mi estómago mientras sigo a Brad de vuelta a la caja, donde deja el carro junto al primero que he llenado hasta los topes, y pide una sierra de mano.

Ser la madre de alquiler del bebé de mi mejor amigo ya es bastante complicado, y ni siquiera hemos empezado a hablar de cómo vamos a gestionar esta situación. Lo último que necesito ahora es un caos emocional añadido.

¡Bien hecho, Lara!

Cuadro los hombros con aire desafiante.

No, pienso, no estoy realmente enamorada de Brad. Este extraño arrebato emocional, este deseo de anunciar mis sentimientos a Brad y al resto del mundo, no son más que las hormonas del embarazo volviéndose locas.

24

Brad

La búsqueda del árbol de Navidad perfecto no es apta para cardíacos. Lo último que uno quiere es decidirse por un árbol y talarlo solo para encontrar otro que le guste más de camino al aparcamiento. Por eso estudio cada árbol con atención antes de decidirme por «el elegido».

Lara y yo recorremos las hileras pulcramente dispuestas, examinando la enorme selección y sopesando los pros y los contras de las distintas variedades. Estamos de acuerdo en que una pícea azul quedará genial en el *Blind Pig*, mientras que su piso es el lugar perfecto para un bonito pino arbustivo.

Atticus, que con su gruesa parka azul y sus patucos a juego tiene un aspecto aún más ridículo que en su estado natural sin pelo, parece estar pasándoselo en grande. Cuando hablé con los dueños de la granja para organizar el transporte de los dos árboles que habíamos escogido hasta el *Blind Pig*, se deshicieron en elogios hacia el perrito y nos permitieron dejarlo suelto para que correteara a sus anchas.

Por supuesto, Atticus se aprovechó de la situación sin reparos, persiguiendo a cada tamia, ardilla y conejo que se cruzaba en su camino y escabulléndose bajo cada árbol por el que pasábamos.

Con Lara, en cambio, la cosa es distinta. Ha respondido a mis preguntas, pero por lo demás está callada, como si viviera más en su cabeza que en el presente. Parece que lleva así desde que me besó en el granero.

Preocupado, le paso un brazo por los hombros.

—¿Estás bien?

Espero una respuesta tranquilizadora.

—¿Por qué buscaste una madre de alquiler?

Ya me preguntaba yo cuánto tardaría en sacar el tema.

—Toda mi vida he querido tener hijos, pero era como si no estuviera destinado a ser. Este verano, cuando pasé en coche por delante de una casa y vi a un hombre jugando a la pelota con sus hijos en el jardín, tuve un momento de pánico total. De repente, el tiempo parecía pasar demasiado deprisa y me dio miedo la posibilidad de no tener nunca un hijo si no me convertía en padre lo antes posible. Como no salía con nadie, recurrir a una madre de alquiler y a una clínica de reproducción me pareció la mejor solución.

Me paso una mano por el pelo y sostengo la mirada de Lara.

—Esta es una conversación muy extraña para tenerla con la mujer que está embarazada de mi hijo.

—A mí tampoco se me habría ocurrido ni en sueños.

Lara suelta una risita y se agacha para coger un puñado de nieve. Lo convierte en una bola y la lanza hacia delante. La barriga de Atticus prácticamente roza la nieve mientras se abalanza tras ella.

—¿Alguna vez has querido tener hijos?

—No lo sé —dice—. Supongo que sí, pero siempre lo he visto como una idea abstracta. Eran algo que quizá querría tener algún día, pero no era como para ti. Nunca fue algo que sintiera la necesidad de tener en mi vida. —Sonríe y niega con la cabeza—. Bueno, parece que ya han tomado la decisión por mí.

Me armo de valor y le hago la pregunta que me atormenta desde ayer, pero que aún no he podido formular.

—¿Qué piensas de este bebé?

La alegría desaparece de su rostro y el mundo parece de repente un lugar más oscuro. He oído a menudo hablar de personas cuya sonrisa es tan radiante que puede iluminar una habitación, pero hasta que conocí a Lara, nunca había visto a nadie con esa capacidad.

—¿La verdad? Todavía me cuesta asimilarlo. —Se lleva una mano al vientre y lo cubre—. No me pareció real hasta que vi la ecografía. Ahora no puedo dejar de pensar en lo que está creciendo dentro de mí y que depende de mí. —Se estremece—. La verdad es que da mucho miedo. Y las malditas hormonas del embarazo tampoco ayudan. Odio que mis emociones sean una montaña rusa constante.

Caminamos unos pasos en silencio, reflexionando sobre lo que hemos descubierto el uno del otro.

—Una cosa sé con certeza —dice Lara en voz baja—. No voy a ser tu vientre de alquiler. Ni hablar de que yo tenga a este bebé y luego deje que te lo lleves a Carolina del Norte. Voy a formar parte de su vida.

—No esperaba menos. —Me detengo y me vuelvo hacia ella. Luego me aseguro de que me mire a los ojos y de que me escuche de verdad antes de continuar—. No pienses, ni por un momento, que voy a intentar quitarte a este niño.

Se mete las manos en los bolsillos.

—¿Y cómo va a funcionar eso si vivimos en dos estados diferentes? No podemos estar enviando al niño de un lado a otro cada dos semanas.

Estoy a punto de decirle que tengo un plan, pero no lo hago. Es demasiado pronto. Mi idea la asustaría y eso es lo último que quiero ahora mismo.

—Tenemos siete meses para pensar en algo. Podemos tomárnoslo con calma.

Lara echa a andar y yo me pongo a su lado.

Doblamos una esquina y nos detenemos.

—Perfecto —susurra Lara.

Tiene razón. La pícea azul que tenemos delante mide al menos dos metros y medio de alto, es casi tan ancha como alta y sus ramas crecen muy juntas. El árbol es precioso. Con unas cuantas luces, un

poco de espumillón y una estrella en la punta se convertirá en una obra de arte.

—¿Es este el que quieres?

Lara lo mira con admiración.

—Podría hacerle la competencia al árbol de Navidad oficial del Millennium Park —murmura.

—Me lo tomaré como un sí. —Me pongo de rodillas, preparándome para meterme bajo el enorme monstruo—. ¿Entiendes ahora por qué insistí en que necesitabas un árbol de verdad?

Esta es la única parte que realmente odio de tener un árbol de verdad: la tala. Si no valorara tanto la experiencia, pagaría a alguien para que lo talara por mí.

Por la forma del árbol, el suelo justo debajo se mantiene seco y sin nieve, pero esas mismas ramas bajas que harán que quede genial una vez que esté en un soporte hacen que sea casi imposible meterse debajo del maldito trasto.

Mientras me deslizo bajo el árbol, las agujas se me enredan en el pelo y me pinchan la piel desnuda del cuello. La nieve se cuela entre la cinturilla de mis vaqueros y mi piel. Me digo a mí mismo que esta es la forma que tiene el árbol de defenderse, de intentar evitar que lo tale.

Ignoro la incomodidad, finalmente encuentro el punto correcto en el tronco y empiezo a serrar, maldiciendo por la postura incómoda que me hace golpearme el codo cada vez que paso los dientes dentados por la corteza. Poco después, el penetrante olor a resina inunda el aire.

Después de lo que parece una eternidad, el árbol empieza a tambalearse. Una o dos pasadas más y se vendrá abajo.

—¡Lara! —llamo, esperando que no se haya ido.

—¿Sí?

—Coge a tu perro. No quiero que se aplaste cuando este bicho gigante se caiga.

No responde, pero oigo el crujido de sus botas en la nieve, la oigo llamar a Atticus por su nombre. Siento como si las ramas intentaran agarrarme mientras la claustrofobia se apodera de mí.

—Vamos —murmullo para mis adentros—. ¿Cuánto se puede tardar en poner al perro a salvo?

—¡Está a salvo! —grita finalmente.

—Ya era hora —murmullo mientras paso los dientes de la sierra por el tronco. El árbol se estremece sobre mí y empieza a inclinarse.

—¡Madera! —grita Lara a pleno pulmón mientras el árbol cae al suelo con un estruendo.

Aliviado de estar de nuevo al aire libre, me seco el sudor de la cara y me incorporo solo para recibir de lleno una bola de nieve en la cara.

25

Brad

Lara chilla de risa mientras me quito la nieve de la cara.

—¡Oh, qué gran error! Me las vas a pagar, pero bien. —Cojo un puñado de nieve y empiezo a darle forma de bola—. Este es tu fin.

Lara se pone roja de la risa y retrocede. Atticus salta en círculos a nuestro alrededor, confundido por lo que estamos haciendo, pero al parecer más que dispuesto y con ganas de participar.

—Lo siento. —No parece muy arrepentida—. Es que no he podido resistirme. De verdad.

Con la bola de nieve en la mano, me agacho y echo el brazo hacia atrás. Atticus, que debe de pensar que tengo una pelota en la mano, corre entre nosotros y se alza sobre sus patas traseras con el hocico abierto.

Entonces, lanzo la bola de nieve.

Lara se da la vuelta y hace ademán de salir corriendo. Probablemente quería correr hacia uno de los árboles cercanos para ponerse a cubierto, pero solo da un paso antes de que sus piernas se enreden con las de Atticus. Caen juntos al suelo.

Como no soy de los que dejan pasar una oportunidad única, me levanto de un salto y cojo otro puñado de nieve mientras acorto la distancia que nos separa.

Lara intenta en vano levantarse y ponerse a cubierto, pero es demasiado lenta. Me dejo caer sobre su cuerpo, la sujeto contra el suelo y le restriego la nieve por la cara sin piedad.

Riendo a carcajadas, sacude la cabeza de un lado a otro para quitarse la nieve. Estira un brazo entre nosotros y consigue echarme un puñado de nieve por la espalda de la camisa, pero apenas lo noto.

Su pelo se abre en abanico sobre el suelo, su cara está enrojecida por el frío y cubierta de nieve derretida y sus ojos de color azul índigo ríen: es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

El mundo que me rodea se encoge hasta que solo la percibo a ella y nada ni nadie me importa más que ella.

Hundo los dedos en su pelo húmedo y la inmovilizo mientras me inclino hacia delante y devoro su boca con la mía. Me busca con las manos y rodea mi cuello con sus brazos mientras sus labios se abren, permitiéndome explorar las oscuras profundidades de su boca y su lengua con la mía. Nunca habría pensado que el chocolate y la nieve pudieran ser una combinación de sabores tan embriagadora, pero por lo visto no me canso de ellos mientras estén en los labios de Lara.

El calor me abrasa por dentro mientras deslizo las manos hacia abajo hasta sentir el borde de su abrigo y colarlas por debajo para tocar su piel cálida y suave.

Todo pensamiento racional se esfuma, perdido en una nube de deseo desenfrenado. Han pasado ocho largas semanas desde la última vez que toqué a Lara, que la toqué de verdad. Anoche no me pareció correcto después de todo lo que pasó entre nosotros. Me quedé en el hotel, no quería que pensara que me estaba aprovechando de su estado. Pero si espero más, es muy probable que explote.

Se retuerce bajo mi cuerpo, arquea la espalda, aprieta su torso contra el mío y no deja lugar a dudas de que me desea tanto como yo a ella.

Profundizo el beso. Mi mano se desliza por su caja torácica, rozando el costado de su sujetador de satén.

Algo caliente me corre por el tobillo. Intento ignorarlo, pero cada segundo que pasa está más caliente y húmedo. Confundido, rompo el beso, miro por encima del hombro y me encuentro con la mirada

de Atticus. Justo detrás de su cabeza, veo su pata trasera suspendida a unos centímetros por encima de mi tobillo.

—¡Pequeño cabroncete! —Me pongo de lado y aparto la pierna de la línea de fuego.

—¿Qué pasa? —Lara se apoya sobre los codos. Su mirada recorre a Atticus, luego mi pierna mojada y de nuevo el trozo de nieve amarilla que hay entre nosotros.

—Ni se te ocurra reírte —le advierto, mientras sus ojos empiezan a brillar.

Se lleva una mano a la boca. Le tiemblan los hombros.

—Laaaraaaa...Te estás riendo —la amonesto—. No tiene gracia.

Lara no puede contenerse y estalla en una carcajada tan fuerte que ni siquiera toda la nieve que nos rodea es suficiente para ahogar su chillido. Atticus, el pequeño aguafiestas, le lame la cara.

En algún momento consigue controlarse lo suficiente como para sentarse, aunque sigue riendo sin parar.

Con hipo por la risa, se levanta, coge a Atticus en brazos y lo aprieta con fuerza contra ella.

—Si lo piensas bien, te acaba de hacer un gran cumplido.

—¿Y eso por qué? —Me incorporo y me sacudo la nieve de la chaqueta.

—Ha marcado su territorio y les ha hecho saber a todos los perros que eres parte de su vida, un miembro de la manada. Y a Atticus no le gusta mucha gente, así que, como te decía, deberías considerarlo un cumplido.

El regocijo sigue bailando en sus ojos mientras me tiende la mano. La agarro de buena gana y dejo que me ayude a levantarme.

Saco la etiqueta del árbol del bolsillo y la ato al abeto caído para marcarlo como mío, para que el equipo sepa qué árbol entregar en el *Blind Pig*.

—No estarías hablando de cumplidos y de pertenencia a la manada si fuera tu pierna en la que se hubiera meado.

Lara suelta una risita.

—¡Oh! Tiene su propia forma de recordarme que soy un miembro de la manada.

—¿Y cuál es?

—Se mea en mis zapatos.

—Estás de broma.

Resopla.

—Hace tres días me destrozó mi par favorito. Orinar es la forma que tiene Atticus de expresar su amor.

Lara se acerca y me pasa un brazo por la cintura. Su pequeña mano rodea la curva de mi cadera. Es la primera vez que me toca por iniciativa propia. La esperanza me inunda el pecho. Por fin siento que nos estamos acercando, que algo empieza a crecer entre nosotros.

Y si para eso hace falta un poco de pis de perro, que así sea.

26

Lara

—¿Sabes dónde vas a meter ahora todas las cosas que hemos comprado? —pregunta Brad.

Me gusta que diga que las hemos comprado *nosotros*, en lugar de que las haya comprado *él* o que solo las haya elegido yo.

—Algunas de las cosas.

Veo el *Philistine Hotel* por la ventanilla del coche y cojo el abrigo.

—Llevo meses queriendo poner un árbol junto a la chimenea, pero como el abeto es casi un metro más ancho de lo esperado, voy a tener que cambiar de sitio algunas mesas y sofás.

Y espero no tener que guardar algunos de los asientos en un almacén hasta después de las fiestas. Quiero terminar el año con buen pie, no con el aforo reducido.

El coche reduce la velocidad al acercarse al *Blind Pig*. Hay dos personas, Emile y un policía local llamado Liam Dempsey, que es amigo mío, de pie junto a la puerta de entrada, con los brazos cruzados sobre el pecho, observando a un joven limpiacristales que raspa pintura de mi bonita cristalera.

—No otra vez —murmuro.

—¿Otra vez? —Brad enarca una ceja—. ¿Qué «otra vez»?

—No es nada —digo a la defensiva, mientras nos detenemos. Emile y Liam se giran y se quedan mirando el coche—. He tenido problemas con vándalos estas últimas semanas. No paran de pintarrajearme el local. —Cuento mentalmente—. Creo que esta es la tercera vez en siete días que tengo que quitar la pintura de esta cristalera.

—¿Tres veces? —silba Brad—. ¿Y la policía no ha hecho nada?

—Lo están intentando. He puesto una denuncia y han revisado todas las cámaras de seguridad de la zona. Hice que instalaran cámaras nuevas después del primer incidente, pero siempre muestran lo mismo. Una persona… alta, con una gruesa chaqueta negra y una bufanda enrollada en la cara. No es suficiente para identificarla.

Temiendo lo que me espera, saco el móvil del bolso y miro la pantalla. Tres mensajes de texto sin leer. Sabiendo lo que contendrán, dejo que el teléfono vuelva a caer en las profundidades de mi bolso, sin leer los mensajes.

—¡Hola, jefa! —exclama Emile alegremente mientras salgo del cálido coche hacia la fresca brisa de Chicago—. Buen carro.

—Es solo temporal —digo.

Emile y Brad intercambian una serie de apretones de manos que parecen complicados. Los dos se hicieron amigos durante el último turno de noche. Al parecer, el hecho de que Brad estuviera dispuesto a echar una mano disipó los recelos de Emile.

—Hola. —Liam se dirige directamente a Brad, con una sonrisa cálida y acogedora en su ancho rostro—. Agente Liam Dempsey. Soy un poli, pero, sobre todo, uno de los amigos más antiguos de Lara. Nuestras madres eran íntimas, así que pasamos mucho tiempo juntos de pequeños. Cuando Lara dijo que quería abrir un bar de estilo retro, la ayudé a encontrar este sitio.

—Brad Sullivan. —Brad le estrecha la mano a Liam. Se evalúan mutuamente—. El amigo más reciente de Lara y camarero suplente temporal. —Señala con la cabeza hacia la cristalera—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Alguien ha visto esta bonita cristalera —dice Emile— y ha pensado que tenía que llenarla de palabrotas. Como me entere de quién lo está haciendo… —Cierra el puño derecho y lo golpea contra la palma de la mano izquierda.

—Entonces llamarás a la policía, que me enviará a mí o a otro agente aquí de inmediato —dice Liam con suavidad.

Me quedo en el borde de la acera mientras Brad y Emile se acercan de nuevo a la cristalera para evaluar los daños. Aprovechando el momento, me acerco sigilosamente a Liam.

—¿Qué ponía esta vez?

—*Zorra* —dice Liam. Extiende una mano. Saco mi móvil a tientas y se lo doy.

Toca el icono de los mensajes y lee el primero en voz alta.

—«Devuelve el *Blind Pig* a sus legítimos dueños o lo pagarás caro». —Se desplaza hasta el siguiente mensaje—. «Has robado nuestra herencia. La queremos de vuelta». —Pasa al tercero—. «Devuélvela».

Liam me devuelve el teléfono.

—¿Has podido averiguar quién envía estos mensajes?

—No. He pasado un tiempo investigando esta propiedad en internet, pero como tiene una historia tan larga y tantos propietarios diferentes, especialmente en los últimos treinta años, no he tenido mucha suerte. Lo único que sé con certeza es que todo estaba en regla cuando la compré.

—Entiendo —dice Liam con compasión—. Los tres mensajes de texto proceden de dos números diferentes. Intentaré localizarlos, pero teniendo en cuenta el historial, probablemente sean teléfonos de prepago. —Señala a Brad con la cabeza y cambia de tema—. ¿Novio nuevo?

—Sí.

—¿Algo serio?

Tengo la afirmación en la punta de la lengua, pero no me atrevo a decir en voz alta lo que empiezo a sospechar. En parte, porque la extraña mezcla de sentimientos que bulle en mi interior es difícil de

nombrar, pero, sobre todo, porque no sé qué hacer con ella. Y hasta que no esté segura, me niego a decirlo en voz alta.

—Aún no estoy segura —digo finalmente.

Liam asiente, como si lo entendiera.

—Bueno, mi consejo es que lo mantengas cerca. Dormiré más tranquilo sabiendo que tienes a alguien que te cuida mientras intentamos atrapar a quienquiera que haya decidido que eres un blanco fácil. Y ese tal Brad tiene pinta de saber cómo manejar una situación delicada.

27

Brad

—Me cuesta admitirlo, pero estoy empezando a acostumbrarme a tu forma de pensar.

Lara cruza la habitación con un taburete de dos peldaños y lo coloca junto al pino que hemos comprado. Este árbol no tiene el mismo impacto que el abeto azul de abajo, pero ahora que está decorado, queda de maravilla.

—¿Respecto a qué?

—Respecto a los árboles de verdad. —Lara examina el árbol con la mirada—. *Son* más bonitos que los artificiales. Y huelen mucho mejor que las velas con aroma a pino que suelo encender durante las fiestas.

Lara se sube al taburete. Incluso con la altura extra que le proporciona el taburete, todavía tiene que estirarse para llegar a la punta. La luz ilumina sus curvas a la perfección, incluida la apenas perceptible curvatura de su tripa, donde se encuentra mi… nuestro bebé.

Me la imagino por estas fechas el mes que viene; luego, dentro de tres meses; después, cuando llegue el momento. La imagen se desvanece como el humo en el viento y da paso a otra en la que Lara sostiene a un bebé en brazos. Apoya la mejilla en la cabeza del bebé y mira a alguien al otro lado de la habitación. Sus ojos brillan de amor y alegría.

Quiero ser la persona a la que mira. Eso y mucho más. Tanto que siento que, si eso no sucede, mi corazón se romperá inevitablemente.

La única forma de convertir esa fantasía en realidad es dar el primer paso. Igual que hice cuando decidí crear mi empresa.

Dejo a un lado la guirnalda de luces que estoy intentando desenredar y cruzo la habitación hacia Lara y el árbol.

—¿Lara?

—¿Sí? —Empuja la estrella con la punta de los dedos para asegurarse de que está bien sujeta.

—He tomado una decisión y te concierne.

Eso capta su atención. Me mira desde arriba, mordiéndose el labio inferior.

—No sé si eso me gusta.

Le cojo la mano, la ayudo a bajar del taburete y la guío hasta el sofá. Nos sentamos juntos.

—He decidido mudarme a Chicago. Contigo.

Lara parpadea y abre la boca, pero no le sale nada. Traga saliva y lo intenta de nuevo.

—Pero ¿y tu negocio? ¿No será muy difícil?

—No. La mayoría de mis empleados llevan conmigo una eternidad y se saben su trabajo al dedillo. Si establezco una oficina satélite más pequeña aquí, debería poder encargarme de los trámites administrativos desde aquí mientras ellos se ocupan de todo lo demás allí. Y si hay algo que requiera mi atención personal, no se tarda tanto en volar a Carolina del Norte.

—Pero ¿y tu familia? ¿No te echarán de menos?

—Mi madre falleció hace tres años. Y mi padre se largó cuando yo tenía nueve. Aparte de una tía y un tío a los que quiero, y algunos amigos íntimos, en realidad no hay nadie más allí.

—¡Ah! —Lara se mira las manos—. La verdad es que suena más fácil que tener que mandar a un crío a la otra punta del país cada pocas semanas. Y será agradable tenerte cerca, poder hablar contigo en persona en vez de tener que contarte mis cosas sobre los huéspedes raros por Skype o por mensaje.

Entonces frunce el ceño.

—¿Pero por qué sonabas tan serio hace un momento cuando has dicho que tenías que hablar conmigo? Pensaba que era algo grave.

Decirle que me mudaba a Chicago había sido la parte fácil. Ahora venía la difícil.

—Lara, no puedo seguir siendo tu amigo. La amistad no es una opción para mí.

Al principio, Lara se pone pálida y se queda inmóvil. Se ve tan frágil que me dan ganas de cogerla en brazos y protegerla del mundo.

Esa fase dura unos tres segundos.

Luego, se le pone la cara roja como un tomate y entra en acción.

—¡Jodido mentiroso! —Salta del sofá. Su cabeza se mueve de un lado a otro. Descubre una de las coloridas bolas de Navidad de cristal sobre la mesa y la coge—. ¡Cabronazo!

Lanza la bola con una precisión letal. En el último segundo, aparto la cabeza y la bola rebota en mi hombro.

Sin inmutarse, coge una segunda bola y me la lanza. Esta vez no me muevo lo bastante rápido y me da en la mejilla. Aunque es ligera, aun así, duele. *Dios, si nuestro hijo hereda su brazo para lanzar, será un maldito jugador de béisbol de primera. O jugadora.*

—¡Eres un asqueroso, miserable y mentiroso gilipollas! —grita Lara.

Atticus salta de su cama de perro bajo el aparador de la vajilla y finalmente se mete debajo del sofá. Perro listo.

Una tercera bola de cristal vuela por el aire en un arco parabólico. La esquivo y me pongo de pie de un salto.

—Te pasas todo el tiempo asegurándome que eres mi amigo, comprándome cosas bonitas y haciéndome creer que eres de los buenos. —Como ya no quedan bolas de Navidad en la mesa, Lara se da la vuelta y busca más munición por la habitación—. ¿Para qué?

¿Para quitarme la alfombra de debajo de los pies después de haberme dejado embarazada?

—Lara, por favor, cálmate y escúchame.

Ella enarca las cejas.

—¿Escucharte? ¿Crees que esto es una especie de juego? ¿Te pone jugar con los sentimientos de la gente?

Mi corazón está a punto de romperse. De alguna manera tengo que hacerla entrar en razón.

Entonces doy un paso hacia ella, la rodeo con mis brazos y la aprieto con fuerza contra mi pecho.

—Lara, la razón por la que no puedo ser tu amigo es que… estar cerca de ti, pero no poder tocarte, me está matando. ¿Me oyes?

28

Lara

Ser un yoyó emocional no solo es agotador e inquietante, también es extenuante. Nunca en mi vida me había sentido tan desequilibrada.

No me gusta nada.

Me apoyo en Brad y dejo que mi cabeza descanse en su ancho hombro. Huele tan bien que podría pasarme el día entero aspirando su aroma. Estar en sus brazos, además, me calma de una forma que no sabría describir. La rabia, sencillamente, se derrite.

—No lo entiendo —murmuro contra su pecho.

Me acerca más a él, hasta que siento su erección apretando contra mi muslo. Sobresaltada, levanto la cabeza y lo miro.

Las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa de arrepentimiento.

—Esto pasa cada vez que nos acercamos. Lo siento, pero no lo siento. Pierdo el control con facilidad. Si no hubiera sido por tu perro, creo que no habría podido contenerme cuando nos besamos en la nieve. No habría sido capaz de parar.

Todavía recuerdo lo bien que sentí su mano al deslizarse bajo mi camisa, lo dulce que sabía su beso.

—A mí me habría pasado lo mismo —admito.

—Ya me lo imaginaba. Desde entonces no he podido pensar en otra cosa —dice Brad—. Por eso te propongo que le demos a esto una oportunidad de verdad. A ver si conseguimos que funcione.

—¿Qué significa eso?

—Significa que me mudo aquí contigo. Puedo asegurarme de que descanses lo suficiente y ayudar abajo hasta que te recuperes.

Podemos prepararnos juntos para la llegada del bebé. —Su voz se vuelve un poco más cálida—. Y podemos conocernos mejor siempre que tengamos un minuto libre. Hagámoslo así hasta año nuevo. Para entonces tendré que ocuparme de la mudanza y ya deberíamos saber si podemos soportar compartir el mismo espacio.

—¿Y si no sale bien?

Ese es mi mayor miedo. Por mucho que quiera construir algo con Brad, aprecio demasiado la amistad que ya hemos forjado como para ponerla en peligro.

—Acordemos aquí y ahora que, pase lo que pase en las próximas semanas, siempre seremos amigos. No solo por nuestro hijo, sino también por nosotros mismos.

La cabeza me da vueltas. Hay tantas formas en las que este plan podría salir mal. ¿Es que no se da cuenta?

Aun así, se me presenta la posibilidad de un futuro brillante y tentador. Mi versión personal de la proverbial bola de cristal. Y por mucho que quiera, sencillamente no tengo la fuerza necesaria para luchar contra el impulso de mirar dentro.

—Suena bien.

Brad no me da tiempo a cambiar de opinión. Para eso, sus *argumentos* son demasiado *poderosos* y casi abrumadores.

Sus grandes manos me suben por el cuello y me sujetan mientras me cubre la cara de besos y finalmente conquista mi boca. Gimo y profundizo el beso. Aparentemente sin que yo lo decida, mis caderas se mueven hacia delante y se frotan contra su dureza, que acto seguido se hincha aún más.

Brad interrumpe el beso, pero antes de que pueda protestar, se inclina, desliza un brazo por debajo de mis muslos y, con un movimiento que me deja sin aliento, me levanta del suelo para apretarme contra su pecho.

Le mordisqueo el lóbulo de la oreja y le aprieto el bíceps de acero.

—¿Talar árboles, llevarme en brazos por ahí…? Parece que te divierte lucir esos músculos duros como piedras, ¿eh?

—No son lo único que voy a lucir —gruñe mientras me lleva al dormitorio y me deja caer en la cama.

Me arrastro hasta el centro de la cama, esperando que se una a mí. En lugar de eso, se da la vuelta, cruza la habitación y cierra la puerta.

Arqueo una ceja.

—¿Te da miedo que alguien entre en mi piso y se escandalice, o quizá quede traumatizado para siempre al vernos follar?

Brad agarra el bajo de su sudadera y se la quita por la cabeza. Mi coño se contrae al ver sus abdominales de acero.

—Los demás me dan igual —dice, arrastrándose sobre la cama —. Pero no quiero que tu perro entre aquí de golpe y me vuelva a mear encima.

Me da un ataque de risa tal que apenas puedo hacer otra cosa que levantar los brazos por encima de la cabeza y arquear las caderas mientras él me quita primero los vaqueros con la ropa interior y luego todo lo demás.

Sin embargo, mi risa se apaga de golpe cuando me abre los muslos y desliza un dedo con avidez a lo largo de mi clítoris. El calor empieza a serpentear por mis nervios. Me incorporo y presiono mi boca abierta contra sus labios, disfrutando del modo en que su piel se estremece cuando la rozo con la mía. Ver que tengo el mismo efecto sobre él que él sobre mí hace que me sienta menos vulnerable al instante.

Cualquier resto de pensamiento racional se evapora de mi mente cuando traza una línea de besos sobre mi esternón. Cada beso envía una onda de placer a través de mí, que recorre ambos pechos y mi pubis. Deslizo mis manos por su espalda y le araño el trasero con las uñas.

—He esperado tanto tiempo por esto —gruñe contra mi piel.

—Deberías habérmelo dicho antes. —Le mordisqueo la clavícula —. A los que sufren en silencio rara vez les pasan cosas buenas.

—Tú serás la que sufra cuando acabe contigo —promete con una voz oscura y aterciopelada que me provoca deliciosos escalofríos por la espalda—. Pienso hacer que supliques piedad.

—Estoy deseando que lo hagas —susurro.

—Mocosa descarada.

Antes de que pueda decir una palabra más, su boca conquista la mía y su lengua entra y sale. Hinca un dedo en mi interior y acompasa su movimiento al ritmo de su boca. Mis hombros se clavan en el colchón. Arqueo la espalda y grito con voz ronca contra su boca mientras mi cuerpo reacciona a cada una de sus caricias. Una luz blanca baila tras mis párpados cerrados.

Mientras la lengua de Brad sigue mimando mi boca, giro las caderas, retorciéndome bajo él e intentando que su dedo vaya más profundo. Él sonríe satisfecho contra mi boca antes de retirar la mano.

Finalmente, sus manos se deslizan por mi cuerpo, insuflando vida a mis nervios, hasta que separa su boca de la mía y ambos nos quedamos sin aliento.

Respirando con dificultad, me mira fijamente con una expresión de asombro, como si no pudiera creer que estoy aquí.

—Eres preciosa —dice, y su acento sureño parece volverse más grave por el deseo.

Baja la cabeza, pero en lugar de cubrir mi boca como yo esperaba, me besa la mandíbula, el cuello y la curva de mi pecho hasta que su boca encuentra mi pezón y mi cuerpo empieza a vibrar.

Me retuerzo contra él.

—Brad…

—¿Mmm?

Doblo la rodilla y froto mi muslo contra su cadera.

—Por favor, fóllame. Te… te necesito. Ahora.

No permite que se lo diga dos veces.

Conquista mi boca con un beso que siento hasta lo más profundo de mi alma y se desliza dentro de mí.

Creía que recordaba nuestra noche juntos con total claridad, pero, al parecer, no era así. Los recuerdos siguen ahí, pero no pueden competir con la realidad del momento.

En mi desesperación, mis manos le agarran la espalda y se deslizan frenéticamente por su piel sudorosa mientras grito su nombre. Mis caderas empujan contra las suyas, incitándolo, mientras mis paredes interiores se contraen, creando un nivel de fricción que nos hace temblar y jadear a los dos.

Sigo aferrada a él mientras gime mi nombre, embiste una última vez y se derrama caliente dentro de mí, lo que finalmente desencadena mi propio momento de liberación.

29

Lara

Nochebuena

Los últimos días y semanas, desde que me enteré de que estoy embarazada y Brad ha vuelto a entrar de lleno en mi vida, han pasado volando, como si de una bandeja de galletas de vainilla caseras se tratara.

El vapor del *chai latte* caliente que sostengo en la mano me llega a la nariz mientras miro con incredulidad el calendario de pared que hay junto al frigorífico, preguntándome cómo demonios ha conseguido Brad poner mi vida patas arriba en tan poco tiempo.

Los primeros días fueron el séptimo cielo.

Por las noches, yo me encargaba de la contabilidad mientras él estaba detrás de la barra. En cuanto los últimos clientes se iban a casa, me subía en brazos al piso de arriba y nos acostábamos.

Siempre nos quedábamos dormidos hasta bien entrada la mañana; nos levantábamos cuando nos apetecía y no cuando nos lo ordenaba el despertador. Pasábamos el día haciendo las cosas que hacen las parejas normales: desayunar juntos, sacar a pasear al perro, hablar del pasado y planificar el futuro de nuestro bebé.

Era completamente surrealista.

La única nota discordante en nuestro pequeño y feliz mundo fue otra pintada en mis ventanas, dirigida tanto a mí como a Brad, lo que llevó a Liam a suponer que quienquiera que me esté acosando probablemente también vigila la casa.

Y esos mensajes de texto. ¿Cómo iba a olvidarme de *ellos*?

Son de la peor calaña. No solo son cada vez más amenazantes, sino que ahora recibo ocho o nueve al día. Liam está intentando

rastrear el número, pero siempre le llevan a diferentes móviles de prepago. Planea investigar las tiendas que venden esos teléfonos para averiguar qué clientes encajan con la vaga descripción de este misterioso vándalo de las ventanas.

Pero, por lo demás, la vida es todo lo maravillosa que puede ser. Nunca he sido tan feliz.

Incluso he podido admitir por fin que estoy coladísima por Brad; aunque, por supuesto, solo a mí misma.

Como era de esperar, fue justo entonces cuando empezó a comportarse de forma un tanto extraña.

Empezó a desaparecer durante horas. Lo que no me molestaría demasiado en circunstancias normales. Nadie soporta vivir permanentemente con la misma persona en un espacio reducido, por mucho que disfrute de su compañía. En algún momento, todo el mundo necesita algo de tiempo y espacio para sí mismo. Lo entiendo.

Lo que me molesta es que Brad se niegue a decirme qué trama o adónde va, y que su atención a menudo parezca dispersarse de repente. Quiero confiar en él, pero cada vez es más difícil.

Y ahora… El bar está cerrado esta noche porque Brad y yo hemos quedado con algunos empleados para cantar villancicos. Se supone que tenemos que irnos en unos veinte minutos —miro impaciente el reloj—, pero no hay ni rastro de Brad.

He intentado llamarlo, pero la llamada ha ido directa al buzón de voz.

Entonces, de repente, se oyen pasos en el rellano. Atticus corretea por el suelo, casi tropezando con sus propias patas en su apuro. Bueno, eso aclara quién está al otro lado de la puerta. Parece que mi perro está aún más perdidamente enamorado de Brad que yo. Casi se vuelve loco cada vez que el atractivo padre de mi futuro hijo anda cerca.

Aparto la vista del calendario cuando Brad abre la puerta del apartamento.

—¿Dónde te habías metido? —pregunto—. Tenemos que irnos...

Brad cruza el salón hasta la cocina, me empuja contra el frigorífico y estampa su boca contra la mía. Su lengua prácticamente me hace cosquillas en las amígdalas antes de que pueda terminar la frase.

Me pongo de puntillas y le rodeo el cuello con los brazos, aferrándome a él como si me fuera la vida en ello mientras le devuelvo el beso. Da igual lo enfadada que esté. Un roce suyo y nada más importa.

Nos arrancamos la ropa el uno al otro. Nuestros suspiros se funden y nuestros cuerpos se frotan con avidez.

En cuanto mis vaqueros están en el suelo y los suyos a la altura de sus tobillos, me agarra los muslos por detrás y los levanta por encima de sus caderas. Hundo los talones en su trasero mientras me penetra con una sola y suave embestida.

Mientras mueve sus caderas contra las mías, entierra la cara en mis pechos y pasa la lengua por mi pezón, atormentándome tanto como excitándome.

Detrás de mí, el frío del frigorífico crea un delicioso contraste con el calor que amenaza con consumirme desde dentro. Sollozando, me balanceo contra Brad y me aprieto contra él mientras unos violentos espasmos sacuden mi vientre.

Con las rodillas temblorosas y sin aliento, nos dejamos caer al suelo. Brad me aprieta contra su pecho y yo apoyo la mejilla en el latido de su corazón.

—Esto no estaba planeado —susurro, besando su piel que se enfría lentamente.

—¿Ah, no? —Brad me acaricia el pelo.

—No. Estaba enfadada contigo.

—Es Nochebuena. Un día que debería ser solo para el amor.

Tiene razón, pero eso no disminuye la persistente inquietud que se instala en el fondo de mi mente cada vez que se niega a decirme lo que está haciendo.

—Es que no entiendo por qué no quieres decirme por qué te escapas todo el tiempo.

Brad se aparta de mí y se sube los pantalones.

—Lo descubrirás pronto. Te lo prometo.

—¿De verdad? —Es lo más concreto que ha dicho al respecto hasta ahora.

—De verdad —repite—. ¿No habíamos quedado con alguien? ¿Para pasear por las calles y torturar a la gente con canciones horteras y desafinadas?

—Mierda. —Me levanto de un salto tan rápido que resbalo.

Brad me agarra por el codo y me sujeta.

—Tranquila —murmura.

Llevo la mano a la nuca para comprobar mi pelo. Al parecer, nuestro encuentro junto al frigorífico ha provocado un desastre de tamaño considerable, porque de repente tengo un nido de pájaros en la cabeza.

—Tengo que ir a arreglarme. Ponle a Atticus el abrigo y los zapatos y nos vemos en la puerta en cinco minutos.

Tardo un poco más de lo esperado, pero nueve minutos y medio después salgo corriendo del baño y me encuentro a Brad y a Atticus esperándome, ya vestidos.

30

Lara

—No me puedo creer lo mal que canta Rita —dice Emile, riendo —. Tiene una voz tan armónica al hablar que di por sentado que sería nuestra estrella de los villancicos. Pero no es capaz de mantener una sola nota y suena como una manada de ranas campestres.

—Se podría decir que sí —convengo—. Pero hay que darle un sobresaliente en cuanto a volumen. Estoy segura de que la gente a tres manzanas...

—Lara, mira. En el *Blind Pig*.

Miro en la dirección que señala Brad y se me cae el alma a los pies.

Tres coches patrulla con las luces encendidas están aparcados delante del *Blind Pig*. Dos agentes, uno de los cuales reconozco como Liam, colaboran para colocar un enorme trozo de madera contrachapada sobre el lugar donde antes estaba una de mis elegantes ventanas.

Uno de ellos barre un montón de cristales, al parecer los restos de una de las ventanas, con una escoba grande.

Como si me hubiera picado una tarántula, empiezo a correr. Apenas miro a izquierda o derecha antes de cruzar la calle a toda prisa, y solo alcanzo a oír de refilón a Brad y a Emile gritar mi nombre y pedirme que tenga cuidado.

Liam me ve llegar y baja de un salto del alféizar de mi ventana.

—Lara, no es tan grave como parece.

—¿En serio? —resoplo—. Porque parece que mis ventanas han volado. Mis ventanas carísimas. Las ventanas que protegen el interior de mi bar. A mí eso me parece bastante grave.

Brad se detiene a mi lado mientras Atticus, moviendo la cola, salta contra las piernas de Liam. Liam se agacha y le rasca detrás de la oreja a mi perro.

Brad me rodea la cintura con un brazo y su mirada se encuentra con la de Liam.

—¿Qué ha pasado?

—Hace una hora, más o menos, saltó la alarma de seguridad. Los agentes salieron en cuanto recibieron el aviso, pero cuando llegamos, el culpable ya se había ido. El sistema de alarma es muy ruidoso. Apuesto a que eso lo ha asustado.

—Quizá las cámaras hayan grabado algo esta vez que nos ayude a identificar a ese cabrón. —No me cabe duda de que el idiota que no para de garabatear comentarios lascivos en mis ventanas es el mismo que ahora las ha roto.

—Eso esperamos —dice Liam—. Veremos si hay alguna grabación que se pueda aprovechar, pero yo no contaría con ello.

Levanto la vista, atónita, y empiezo a darme cuenta de todo. Mis ventanas no son lo único que está roto. Las cámaras parecen haber corrido la misma suerte.

—¿Eso es todo? —pregunto, sin estar muy segura de querer oír la respuesta.

—Por desgracia, no.

Liam nos sujeta la puerta y Brad, Emile y yo entramos.

—¿Cuánto ha tardado la policía en llegar desde que ha saltado la alarma? —pregunta Emile. Sus ojos se abren como platos al percatarse de la destrucción.

—Menos de cinco minutos. Quienquiera que haya sido no buscaba nada. Solo quería destruir.

Emile silba.

—Ha sido bastante concienzudo.

La bilis me quema la garganta y las manos me tiemblan mientras contemplo el interior del local en el que tanto he trabajado. Han pintado con espray palabras como «zorra» o amenazas como «¡vamos a por ti!» en las mesas y en la barra. Han rajado los mullidos taburetes. Han destrozado todas mis licoreras. Han tirado al suelo el precioso abeto azul. Los bonitos adornos navideños que Brad y yo compramos en la granja están rotos.

Solo quiero sentarme y llorar a lágrima viva.

¿Cómo puede alguien odiarme tanto?

Brad me rodea con sus brazos y me aprieta contra su pecho.

—Está bien, cariño.

—No parece que nada esté bien.

—Tu seguro cubrirá los daños. Luego podremos dejarlo aún más bonito que antes —promete.

—No quiero dejarlo más bonito. —Se me corta la respiración—. Quiero que vuelva a ser como era.

—Lo sé. —Sus labios me rozan el pelo.

—Lara. —Liam se aclara la garganta—. Odio tener que preguntarte esto, pero ¿qué mensajes de texto has recibido hoy?

—¿Mensajes de texto? —pregunta Brad.

—Sé que han llegado algunos hoy, pero no los he leído. Ya no los leo, ya lo sabes. —Saco el móvil del bolsillo y se lo doy a Liam—. Ha estado apagado la última hora y media mientras cantábamos villancicos, así que no sé si han llegado más.

—Quiero saber de qué mensajes estáis hablando —exige Brad.

—Lara lleva semanas recibiendo mensajes del que hace las pintadas en sus ventanas. —Liam enciende mi móvil y pulsa el icono de los mensajes en mi pantalla.

—Al principio pensábamos que se trataba de un cliente enfadado o de un empleado resentido. Ahora ya no estoy tan seguro. En la

última semana, más o menos, los mensajes se han vuelto cada vez más crueles. ¿No sabías nada de esto?

—De lo único que sabía era de las pintadas. —Brad mira por encima del hombro de Liam y lee un mensaje tras otro. Se le pone la cara pálida y la rabia destella en sus ojos.

Diez minutos más tarde, las ventanas están tapiadas. Doy las gracias a los agentes por su ayuda y los veo marcharse.

Liam se queda un momento más.

—Lara, lo siento. Creía que se lo habías dicho. —Su mirada se desvía hacia Brad, que está sentado a cierta distancia en uno de los taburetes dañados, con Atticus en su regazo. No ha dicho ni una palabra más desde que se ha enterado de los mensajes.

—No pasa nada, Liam. De todos modos, se habría enterado tarde o temprano.

—Por eso deberías habérselo dicho desde el principio. —Me aprieta el brazo—. Escucha, Lara, no conozco mucho a Brad, pero a juzgar por lo que he visto hasta ahora, parece un buen tipo. No dejes que se te escape.

—Haré lo que pueda.

Liam sonríe.

—Con eso bastará. A pesar de todo, feliz Navidad, querida.

Lo observo hasta que su coche patrulla gira en dirección a la comisaría.

El silencio entre Brad y yo mientras subimos las escaleras es casi ensordecedor. No sé lo que está pensando. No me habla y su rostro es una máscara de piedra. El miedo se instala en mi estómago. Me sentiría mejor si me gritara.

Brad va delante, abre la puerta del piso en silencio y lo comprueba brevemente antes de apartarse para dejarme pasar.

Los policías ya han subido, lo han registrado todo a fondo y se han asegurado de que no se escondía nadie ni en mi apartamento ni en los otros pisos vacíos antes de irse. No han encontrado a nadie. El hecho de que el sistema de seguridad que utilizo para la planta de arriba no haya saltado es una buena señal.

Me siento en el sofá, aliviada de que al menos esta parte de mi pequeño mundo, tan cuidadosamente construido, no haya sido alterada. Atticus salta hacia mí y le suelto la correa de la anilla que tiene en la parte trasera de su parka.

La correa cae al suelo.

Es en ese momento cuando Brad pierde por fin los estribos.

—¿¡Por qué demonios no me has dicho lo que estaba pasando!? —ruge.

31

Lara

—Me estaba encargando de la situación. No había ninguna razón para meterte en esto.

Brad coge un plato de la mesa y lo estrella contra la pared. Atticus cruza la habitación corriendo y se refugia debajo del sofá mientras los añicos rebotan en el papel pintado y caen al suelo.

Tengo un nudo en la garganta y el corazón me martillea en las costillas. Me quedo sentada, paralizada, mientras él coge otro plato y repite el lanzamiento. Brad siempre había sido tan amable, tan contenido, que nunca habría pensado que pudiera perder los estribos de esa manera. Y mucho menos que yo pudiera ser la razón.

Un tercer plato vuela por los aires.

—¿Cuándo exactamente pensabas contármelo? ¿Cuando hubieran quemado el local? ¿Cuando amenazaran a uno de tus empleados? ¿Cuando te agredieran a ti? —Sus ojos relampaguean mientras recorre la habitación con la mirada, que al final se posa en el sofá y en la cola temblorosa de Atticus, que asoma por debajo—. ¿O cuando alguien envenenara a tu perro?

—Un momento, para el carro. —Mi voz se vuelve más alta y firme con cada palabra.

La rabia diluye el miedo que me revuelve el estómago. Quizá tenga derecho a estar enfadado conmigo, pero eso no es excusa para asustarme de esta manera.

—¿Se te ha ido la cabeza? ¡Cómo te atreves...! ¡No quería poner a nadie en peligro! Hice exactamente lo que se suponía que debía hacer. Llamé a la policía cada vez que recibí una nota, cada vez que encontré una pintada en mis escaparates y cada vez que recibí una llamada o un mensaje extraño. He instalado cámaras por todas

partes, tal y como me recomendó la policía. He tomado precauciones. Así que no actúes como si hubiera sido una imprudente.

—Pero no me lo dijiste *a mí*.

—¿Y por qué es eso importante? —En cuanto oigo las palabras salir de mi boca, sé que he elegido mal, pero no puedo retirarlas.

Brad retrocede como si le hubiera dado un golpe.

—¿Que por qué es importante? —repite—. Si me lo hubieras dicho, podría haber hecho algo.

—¿Cómo qué? Todo el dinero que tienes puede que te facilite la vida, pero no puede solucionar todos los problemas. Esto es una de esas cosas que no se pueden solucionar con dinero.

—Tienes razón —dice, con la voz clara, firme y completamente desprovista de la calidez a la que estoy acostumbrada—. Pero aun así deberías habérmelo dicho. Me lo debías.

—¿Por qué?

—No decirme nada solo puede significar una de dos cosas. O no confías en mí, o no me consideras lo bastante importante como para compartir conmigo tanto lo bueno como lo malo de tu mundo. Así que, ¿cuál de las dos es?

Un sollozo se me atraviesa en la garganta.

—Ninguna de las dos.

Las manos de Brad se cierran en puños. Cierra los ojos, solo para volver a abrirlos de inmediato.

—No puedo hacer esto ahora. Yo… necesito salir de aquí.

Viene hacia mí y, por un breve y esperanzador segundo, espero que me rodee con sus brazos y me bese, como hace siempre. En mi mente, surge la fantasía de un momento de cuento de hadas, en el que en el segundo en que nuestros labios se toquen, me perdonará mágicamente y pasaremos una Navidad encantadora juntos.

Pero en lugar de alcanzarme, se agacha y recoge la correa que se me ha caído.

—¡Atticus, ven! —grita.

Mi perro sale de su escondite, con la cara cubierta de polvo y telarañas, y corre hacia Brad. Gimotea de emoción ante la inesperada aventura. Brad, que hace unas semanas no tenía ni idea de cómo poner un arnés de perro, ahora se lo pasa por la cabeza a Atticus como si llevara toda la vida haciéndolo, lo abrocha y coge la correa.

—¡Vamos!

Mi perro baila alegremente delante de él, guiándolo sin dudar hacia la puerta y, finalmente, fuera.

Sé que debería dejarle ir, darle tiempo a que se calme, pero algo —no estoy segura de si son las hormonas del embarazo o mi propia terquedad— me hace ponerme en pie de un salto. Voy tras ellos y abro la puerta de golpe justo cuando él y Atticus llegan al rellano.

—Mientras te subes a tu pedestal y te enfadas porque te oculto algo, deberías tener en cuenta que no soy la única aquí que tiene secretos.

Brad se gira sobre sus talones. Nuestras miradas se cruzan en un momento que parece incendiario antes de que rebusque en el bolsillo de su abrigo. Saca algo oscuro, pequeño y cuadrado, lo sostiene en la mano y se queda mirándolo un instante.

—¿Quieres saber qué te estaba ocultando? Esto. —Me lo lanza suavemente. Lo cojo con ambas manos y mis dedos se cierran con tanta fuerza a su alrededor que la esquina puntiaguda se me clava en la piel—. Te dejo a ti decidir si nuestros secretos son comparables.

Se da la vuelta y baja las escaleras a toda prisa, con Atticus pisándole los talones, antes de que pueda articular una respuesta.

Con el sonido de sus pasos aún en mis oídos, abro la mano y contemplo la caja de joyas de color marrón oscuro que sostengo.

32

Lara

Me tiemblan tanto las manos que es casi imposible abrir el diminuto cierre del elegante joyero.

El contenido me rompe el corazón.

Un enorme zafiro de talla cuadrada descansa sobre un anillo de oro blanco. La piedra está tallada de tal forma que destaca de manera llamativa. El engaste de filigrana de estilo *art nouveau* está adornado con una hilera de diminutos diamantes de talla brillante que captan la luz y centellean de forma seductora.

Es exactamente el tipo de anillo que llevaban las mujeres en los felices años veinte en los bares clandestinos, y me queda de maravilla.

No puedo resistirme, lo saco de la caja y lo sostengo a contraluz para examinarlo más de cerca. En el interior del anillo están grabadas las palabras en una caligrafía elegante:

Juntos para el resto de la vida. Con amor, Brad

Es un anillo de compromiso. Y no es el tipo de anillo que Brad habría podido encontrar en una joyería cualquiera. Se ha esforzado en buscar y ha elegido a propósito algo que sabía que me gustaría para estar a la altura del significado del gesto.

El anillo se desliza sin esfuerzo en mi dedo anular y lo siento como una extensión completamente natural de mi cuerpo, lo cual es extraño, porque rara vez llevo joyas en las manos. No quiero quitármelo nunca.

La revelación me golpea como un mazazo.

De repente, me doy cuenta y veo la situación desde su punto de vista. Él está planeando un futuro conmigo y yo me niego a contarle algo tan importante de mi vida. Y aunque no era mi intención, tiene razón: mi forma de actuar ha hecho que parezca que no me importa.

Soy una idiota.

Tengo que encontrarlo. Decirle que lo siento. Rogarle que me perdone.

Espero que no sea demasiado tarde.

Bajo corriendo las escaleras, casi tropezando con mis propios pies en mi intento por alcanzarlo. No ha pasado mucho tiempo, así que no puede haber ido muy lejos. Siempre y cuando siga nuestro camino habitual, girando a la izquierda y atravesando el estrecho callejón entre mi casa y la boutique de al lado, en lugar de girar a la derecha e ir a cualquier otro sitio que no sea el parque para perros, debería poder alcanzarlo.

Paso a toda prisa por el *Blind Pig* y abro la puerta de golpe, apenas tomándome el tiempo para reiniciar el sistema de seguridad antes de correr hacia la izquierda.

—Por favor, por favor, que hayas venido por aquí. —Lanzo una plegaria al cielo mientras troto por la acera, atrayendo la atención de los compradores navideños nocturnos—. Por favor, no estés tan enfadado conmigo como para no poder perdonarme.

Me detengo en seco a la entrada del callejón. Durante el día, lo uso como atajo sin dudarlo, pero ahora la falta de iluminación y las sombras profundas y oscuras me hacen detenerme. Mi mano se posa en mi vientre para proteger instintivamente a mi bebé mientras sopeso mis opciones. Correr por un callejón siniestro y posiblemente alcanzar a Brad, que puede que ni siquiera haya tomado este camino, o tomar el camino largo rodeando la boutique…

En los meses que llevo viviendo en esta zona, he hablado con muchas personas que usan este callejón como atajo con regularidad.

Nadie ha mencionado nunca que haya pasado algo malo allí, así que seguro que no pasa nada por no escuchar a mi instinto por una vez.

El pulso se me dispara a la garganta. Agacho la cabeza y corro tan rápido como puedo, sintiendo que un par de ojos ocultos siguen cada uno de mis pasos mientras atravieso el estrecho pasadizo. Espero que en cualquier momento unas manos se cierren sobre mi coleta y me arranquen los pies del suelo.

Salgo de las sombras a una acera bien iluminada y casi lloro de alivio. Nunca me había dado cuenta de lo reconfortante que puede ser la visión de las farolas.

El tráfico de peatones en esta calle es considerablemente más escaso que al otro lado del callejón. Aquí solo hay un puñado de personas. Solo tardo un segundo en reconocer la cola pomposa de Atticus y al hombre alto que está a su lado.

—¡Brad! —grito.

Mis botas repiquetean contra el hormigón mientras corro tras él, con la falda azotándome las piernas. Delante de mí, Brad sigue caminando. O no me ha oído o me está ignorando.

Una furgoneta negra, con el nombre de un servicio de jardinería en letras grandes en el lateral, pasa a mi lado mientras lo llamo por segunda vez.

—¡Brad!

Esta vez me oye. Mientras él y Atticus se giran hacia mí, la furgoneta se desliza hacia él. Las luces de freno se iluminan de un rojo brillante y se detiene junto a Brad. Una puerta se abre y dos hombres saltan fuera.

Pero qué…

Observo horrorizada cómo agarran a Brad. Él suelta la correa y levanta el brazo, pero antes de que pueda asestar un golpe, uno de los matones le clava el puño en el estómago. La fuerza del golpe hace que Brad se tambalee hacia atrás y caiga de rodillas. Los matones aprovechan su repentina vulnerabilidad y lo agarran por los

brazos. Lo levantan a la fuerza, lo arrastran hacia la furgoneta y lo obligan a entrar. Chillo, obligándome a acelerar el paso, ya que estoy demasiado lejos para poder hacer algo. ¿Por qué no hay nadie más cerca? ¿Por qué nadie acude en su ayuda?

Grito con todas mis fuerzas, suplicando a los hombres que lo dejen ir mientras continúan arrastrándolo hacia el vehículo.

Atticus salta hacia adelante, sus diminutas patas apenas tocan el suelo mientras corre hacia la furgoneta. Se lanza sobre uno de los hombres y hunde sus dientes en el muslo del matón.

El hombre echa la cabeza hacia atrás y aúlla antes de estirar el brazo y lanzar a mi perro contra el frío hormigón.

Los hombres enmascarados saltan a la furgoneta justo cuando los neumáticos empiezan a moverse. Atticus se levanta de un salto mientras ellos comienzan a cerrar la puerta lateral corredera. Da otro salto y consigue meter su cuerpo en la furgoneta una fracción de segundo antes de que la puerta se cierre de golpe. Los neumáticos chirrían cuando el conductor pisa el acelerador y el vehículo se lanza por la calle en una línea torcida.

—¡No! —grito mientras corro detrás de la furgoneta, sin importarme que no tengo ni la más remota posibilidad de alcanzarla.

33

Brad

Me hacen pasar junto a un asiento deportivo individual y me meten en la zona de carga de la furgoneta. Un fuerte empujón por la espalda me hace caer de rodillas. Antes de que pueda recuperarme, me doy de bruces y me golpeo la cabeza con fuerza contra la pared de la furgoneta. Unas sombras oscuras aparecen en los bordes de mi campo de visión y el dolor me recorre el cráneo.

Caigo sobre un montón de mangueras, rastrillos y un saco reventado de tierra para macetas e intento recuperar el aliento.

Esperaba pasar la noche frente a un bonito árbol de Navidad, bebiendo vino y viendo una vieja película navideña de Bill Crosby con Lara. Jamás habría imaginado que la velada pudiera dar un giro tan grotesco.

Habría jurado que la discusión con Lara y darme cuenta de lo poco que le importo sería el punto más bajo del día, pero por lo visto me equivocaba. Eso no es nada comparado con ser secuestrado en una calle de Chicago en Nochebuena junto a un perro sin pelo.

Atticus se tumba a mi lado y su nariz fría y húmeda me roza la mejilla.

—Estoy bien, amigo —susurro. A juzgar por su costado hinchado y por cómo jadea al respirar, parece que él tiene problemas más serios que yo.

La mujer al volante de la furgoneta se ríe como una posesa mientras el más bajo de los dos matones se agacha y recoge unas tijeras de podar del suelo antes de acercarse a mí.

Atticus levanta los belfos, enseñando sus afilados dientes, y gruñe de forma amenazadora.

—Tranquilo, Atticus —murmuro, porque no me gusta ni la mirada del tipo ni cómo sujeta las tijeras de podar. Atticus deja de gruñir, pero su cuerpo permanece tenso bajo el anorak.

—Pequeño cabrón, voy a matarte.

No sé si me habla a mí o al perro.

—¡Raymond! —le advierte la conductora.

Sus dedos se cierran alrededor de las tijeras.

—El muy cabrón me ha mordido.

—Sobrevivirás. Tenemos suerte de haber pillado al maldito perro. Así tendremos más poder de negociación contra ella.

¿Ella? Tiene que ser Lara, lo que significa que estos son los idiotas que intentan obligarla a renunciar al *Blind Pig*. Pero ¿por qué?

—Pero mamá, lo tenemos a *él*. —Raymond me señala con la barbilla—. Y eso ha sido más de lo que esperábamos. ¿Para qué necesitamos al puto chucho?

La furgoneta pasa a toda velocidad por un bache y vuelvo a golpearme la dolorida cabeza contra la pared. Raymond se tambalea y lucha por mantener el equilibrio, pero agarra con fuerza las tijeras de podar.

—Que se lo folle no significa que le importe. Pero sabemos que adora al perro.

Es un buen argumento. Raymond no será el más listo de la clase, pero hasta él parece captar esa lógica. Sin embargo, no me hace ninguna gracia.

El matón número dos está sentado de lado en el asiento del copiloto.

—Todo esto ha sido una idea horrible.

—Era una oportunidad única, James —replica la conductora—. Habríamos sido idiotas si no la hubiéramos aprovechado. Nadie nos ha visto, salvo ella. Y como nos ha visto, sabrá que no mentimos

cuando le digamos que la única forma de volver a ver a su amante y a su mascota es que nos ceda el edificio.

—¡Somos unos imbéciles! —responde James, impasible.

—Llámala y dile cuáles son nuestras condiciones de rescate —ordena la mujer—. Raymond, ata a nuestro invitado. No queremos que se le ocurran ideas estúpidas e intente escapar antes de que esa zorra nos entregue la escritura. Por ahí detrás hay algo de cuerda.

Raymond se arrodilla y rebusca entre el caos del suelo de la furgoneta hasta que encuentra varias cuerdas sueltas. Sin levantarse, se arrastra hacia mí.

Sin perder de vista a Raymond, alejo a Atticus todo lo que puedo. Me imagino que atacará por segunda vez. Si lo hace, la advertencia de su madre no bastará para impedir que Raymond lo mate. Y me niego a tener la muerte de Atticus sobre mi conciencia.

El perro gime y se encoge cuando lo levanto, lo que refuerza mi suposición de que está gravemente herido. Tengo que pensar en algo para sacarnos de esta furgoneta y llevarnos a una clínica veterinaria lo antes posible.

Raymond me coloca la punta de las tijeras de podar en la garganta. Su aliento, que huele a cerveza rancia y a cigarrillos, me da en la cara. Me esfuerzo por no tener arcadas.

—Puede que no me dejen matarte —gruñe—, pero si me das problemas, te mutilaré. Ahora, pon las manos en la espalda.

Como no veo otra opción, obedezco.

Raymond aprieta las tijeras contra mi garganta. La presión contra la tráquea me hace estremecer y toser. Me estremezco cuando un hilo de sangre me corre por la nuez.

—No hagas ninguna tontería —advierte Raymond antes de aflojar la presión y dejar las tijeras en el suelo. Se inclina y me ata rápidamente las muñecas. Atticus se queda pegado a mi lado, pero no lo muerde ni le gruñe amenazadoramente.

Un tirón de prueba a las ataduras me indica que no solo no podré liberarme pronto, sino que tendré suerte si no pierdo la circulación en ambas manos.

—¡Mierda! —maldice la conductora mientras Raymond se endereza.

—¿Qué? —pregunta James.

—Ahí. ¿Los ves?

—Te dije que era una mala idea. —El pánico hace que la voz de James suba una octava entera—. No hay forma de que salgamos de esta.

La furgoneta acelera y toma una curva cerrada a la derecha. Me deslizo por el suelo junto con varios equipos de jardinería.

Raymond cae de culo, pero se estira inmediatamente para mirar por la ventanilla trasera.

Y entonces oigo el que probablemente sea el sonido más hermoso del mundo en este momento. Sirenas.

34

Brad

—¡Maldita mierda! —grita la conductora.

Mientras la furgoneta avanza a toda velocidad, da un volantazo y toma la curva sobre dos ruedas.

—¿Qué diablos estás haciendo? —grita James.

—Intento darles esquinazo. —Le sigue otra curva sobre dos ruedas que nos estampa a todos los ocupantes contra la pared opuesta de la furgoneta.

A pesar del aumento de velocidad, las sirenas suenan cada vez más fuerte. Parece que ya se ha unido más de un coche a la persecución. Por cómo conduce, no tardará en llamar la atención de todos los policías de Chicago.

—¡Déjate de tonterías! —grito, sumándome al jaleo que están montando los dos matones que me han atrapado. Uno la anima a ir más deprisa, mientras que el otro le suplica que entre en razón y se rinda.

La cuerda que me envuelve las muñecas se me clava en la piel mientras lucho contra mis ataduras.

—No puede escapar de ellos. Solo conseguirás que nos maten.

Pero ella parece haber perdido por completo el juicio, probablemente desde antes de que me atraparan, y no piensa en otra cosa que no sea poner toda la distancia posible entre ella y la policía. Está convencida de que podrá zafarse de ellos y escapar hacia la libertad si conduce lo bastante rápido y da suficientes giros imprevistos. Por lo visto, no se le ocurre que, aunque consiga quitárselos de encima a corto plazo, es imposible escapar de la radio de la policía.

Y con cada curva vertiginosa y espeluznante, disminuye la probabilidad de que salgamos vivos y de una pieza de la furgoneta.

Con el corazón desbocado, cierro los ojos y pienso en Lara. No quiero morir. Quiero pasar el resto de mi vida con ella, ver crecer al bebé que hemos creado, enseñarle todo lo que sé y estar a su lado cuando cambie el mundo.

Es extraño lo rápido que pueden cambiar las cosas en la vida. Hace tan solo unas horas, mi vida parecía perfecta. Tenía un anillo en el bolsillo y grandes planes para pasar el resto de mis días con Lara. Para tenerla entre mis brazos, disfrutar de la gloria de su radiante sonrisa y dormir a su lado cada noche. Estaba a una cuestión histórica de tener por fin todo lo que siempre había deseado.

Ojalá me hubiera quedado en su piso en lugar de salir furioso de allí.

No hay nada, absolutamente nada, que no daría por retroceder en el tiempo y hacer las cosas de otra manera para estar ahora con Lara.

—¡Cuidado! —grita James, y el pánico ciego en su voz me hace estremecer.

La conductora grita una advertencia y da un volantazo. Los dos hombres berrean como descosidos. Me pego a la pared, intentando desesperadamente prepararme para lo que está a punto de ocurrir, sea lo que sea.

Va demasiado rápido.

La furgoneta pierde el agarre, se inclina hacia un lado y se tambalea sobre dos ruedas durante una fracción de segundo antes de que el lado contra el que estoy apoyado se estrelle contra el suelo.

El último sonido que oigo antes de que todo se vuelva negro es el chirrido del metal contra el asfalto cuando la furgoneta sale

despedida hacia delante por el impacto, directa al tráfico en sentido contrario, a juzgar por el impulso.

***

Al principio, la oscuridad que me inunda la mente y me aísla del mundo es aterradora, pero en cuanto empieza a desvanecerse, desearía que se hubiera quedado, porque cumple una función. Protege mi mente de mi dolor físico.

Cuanto más recupero la consciencia, más me percato del dolor punzante en mi cabeza y de la punzada demasiado familiar de las tijeras de podar en mi cuello.

Entreabro los ojos y una luz brillante me hiere las córneas.

Varios coches de policía rodean la furgoneta completamente destrozada. Sus faros apuntan hacia ella y convierten a los agentes que están junto a la puerta trasera abierta en siluetas que ocultan su identidad.

Las armas que le apuntan a Raymond me gustan tan poco como las tijeras de podar que tengo apretadas contra el cuello.

—¡Déjelo ir! —exige uno de los agentes.

Reconozco su voz. Liam. El amigo de Lara. El mismo tipo que me reveló por accidente el secreto de Lara.

—¡No! —gruñe Raymond—. Solo lo dejaré ir si usted recupera el tesoro por mí y me deja marchar.

¿El tesoro? Los muchos golpes en el cráneo deben de haberme afectado al oído.

—¿De qué está hablando? —quiere saber Liam.

—Del tesoro que está escondido en el antiguo banco. Nos pertenece a nosotros, no a esa zorra que dice ser la dueña. —Los dedos de Raymond se enredan en mi pelo y tiran de mi cabeza hacia atrás para dejar mi cuello más al descubierto.

Las puntas de las cuchillas dobles se clavan más en mi carne y suelto un gemido.

Algo se mueve cerca de mi cadera. Sobresaltado, bajo la mirada para ver a Atticus poniéndose en pie lentamente. Su cuerpo envuelto en la parka tiembla, pero no sabría decir si es de miedo o de dolor.

Los ojos de Atticus se alzan hacia mí, interpretando la expresión de mi cara antes de volverse hacia Raymond y dar un salto brusco hacia arriba.

Justo cuando cojo aire para decirle a Atticus que se esté quieto, su pequeño cuerpo aterriza sobre mi hombro izquierdo. Su inesperado impulso me empuja el torso hacia atrás, lo que me suelta el pelo del agarre de Raymond y pone más distancia entre la amenazante cuchilla y yo.

Mientras me dejo caer al suelo, Atticus da otro salto y le hinca los dientes en la gruesa muñeca a Raymond. El matón agita el brazo y lanza el cuerpo del perrito por el asfalto, y Atticus suelta un ladrido desgarrador.

Pero su sacrificio me da el tiempo justo para hacer lo que tengo que hacer para acabar con esto.

35

Brad

—Madre mía. —Liam se sienta al volante de su coche patrulla y me mira con incredulidad al asiento del copiloto—. ¿Te das cuenta de que probablemente esta noche eres el tipo con más suerte del planeta?

—Secuestrado, con una conmoción cerebral, casi apuñalado y a punto de que me pegaran un tiro —le recuerdo—. No me siento precisamente un tipo con suerte.

Liam mete una marcha y maniobra lentamente a través del laberinto de coches patrulla y vehículos de emergencias.

—Piensa solo en cómo podría haber acabado todo. Tienes muchísima suerte de seguir con vida.

Bajo la mirada hacia el cuerpecito que tengo en el regazo y me estremezco.

Atticus parpadea y me lame la mano, casi como si quisiera decirme que está bien. Ojalá pudiera creerle, pero no hace falta ser médico para saber que tiene la pata delantera derecha rota o que algo no va bien con sus costillas.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a la clínica veterinaria de urgencias? —Me da igual lo que cueste, haré lo que sea para que Atticus reciba la atención médica que necesita. E incluso entonces, seguiré en deuda con él por haber arriesgado su vida para salvar la mía. Y por partida doble.

—Emm… —Liam se muerde el labio y gira a la derecha para incorporarse a la calle—. Mire, entiendo que quiera quedarse con el pequeño, pero de verdad creo que sería mejor que te dejara primero en esa elegante clínica de reproducción y luego llevara yo al perro al veterinario.

—¿A *Loving Embrace*? ¿Por qué?

Liam se remueve en el asiento y me lanza una mirada compasiva.

—Lo han dicho por la radio mientras perseguíamos el coche. Lara ha resbalado en el hielo. Por lo visto, la caída ha sido bastante fuerte. No conozco todos los detalles, pero sé que una ambulancia la ha recogido y la ha llevado al hospital. En la central han dicho que Lara estaba muy preocupada por el bebé.

El corazón se me encoge como si estuviera atrapado en un remolino y me olvido de respirar por un instante. No tenía ni idea. En la furgoneta he temido por mi vida, pero eso no es nada comparado con el miedo de que Lara y nuestro bebé puedan estar en peligro.

—Lléveme allí ahora mismo.

36

Lara

—Venga ya —apremio al móvil que tengo en la mano—. Suena de una vez.

Nada. El maldito cacharro sigue en silencio.

Dejo caer la cabeza sobre las almohadas y respiro hondo.

—Que nadie haya llamado no significa que haya pasado algo malo —intento autoconvencerme—. Al fin y al cabo, si no hay noticias, son buenas noticias.

Aunque pronuncie las palabras en voz alta, no por ello suenan más creíbles. Tampoco evita que un torrente de posibilidades, a cada cual más horrible, inunde mi imaginación.

Hago girar el anillo en mi dedo. Tocarlo me hace sentir más cerca de Brad.

Alguien llama a la puerta, pero, antes de que pueda reaccionar, se abre y revela el rostro que más anhelo ver en este momento.

—¡Brad!

—Lara. —Tiene la voz ronca, pero eso no importa. Lo único que me interesa es que está aquí... y de una pieza.

Atraviesa la habitación a toda prisa y apenas se toma un segundo para sentarse en el borde de la cama antes de estrecharme entre sus brazos y sellar mi boca con la suya.

Dios, qué bien sienta...

—¡Ay!

—Mierda, lo siento.

—¿Estás herido? —le pregunto mientras recuperamos el aliento.

Le recorro el cuerpo con las manos, en parte para buscar heridas, pero también en un intento desesperado por convencerme de que es real y no una invención de mi mente.

A su vez, él desliza sus manos por mi cuerpo y las posa en la parte baja de mi abdomen.

—Estoy bien, solo algunos golpes y moratones.

—Mentiroso. —Alzo la mano y toco las heridas abiertas de su garganta—. Esto no son ni moratones ni golpes. —Retiro la mano y le enseño la sangre de un rojo intenso que mancha mis yemas.

—No es nada que una tirita no pueda arreglar. —Me coge la mano y me limpia la sangre de los dedos con el bajo de su camisa—. ¿Y tú qué tal? —Sus manos tiemblan contra las mías—. Liam me ha dicho que te has caído. —La voz se le quiebra y le cuesta articular las siguientes palabras—. Y que podría pasarle algo al bebé.

—Sí y no —digo—. Me caí y aterricé sobre la tripa. Como no sabía qué hacer, llamé a urgencias y me trajeron directamente aquí. La doctora Henson me ha hecho una ecografía y ha dicho que todo parece estar bien y que el corazón del bebé late con fuerza. Pero me está haciendo algunas pruebas más para asegurarse.

Los hombros de Brad se hunden, visiblemente aliviado.

—Quiere que me quede aquí. —Miro a mi alrededor. No había planeado pasar el día de Navidad en una clínica de reproducción, pero estoy tan contenta de que Brad y el bebé estén a salvo que no me importa demasiado—. Espero que no te importe.

Brad me acerca a él y me abraza con fuerza, como si no quisiera volver a soltarme.

—¿Que si me importa? Ahora mismo no hay ningún otro lugar en el que prefiera estar. —Inspira hondo—. Hay algo más que tengo que decirte.

Un nudo de miedo se me forma en el estómago.

—No me gusta ese tono.

—Es sobre Atticus. —Brad suena como si estuviera a punto de llorar, y se me encoge el corazón. Me preparo para lo peor.

—Me ha salvado la vida.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Está vivo —se apresura a decir Brad—, pero está herido. No sé cómo de grave. Una de las enfermeras insistió en que se quedara aquí. Ha pedido que le hagan una radiografía mientras tu amigo Liam, el policía, iba a buscar un veterinario.

—¡Y ya he vuelto! —canturrea Liam mientras entra en la habitación, sonriéndonos—. El veterinario es un buen tipo. Vuestro perro se ha roto la pata por dos sitios, pero dice que puede arreglársela. La doctora Henson asistirá en la operación. Parece que le hace mucha ilusión. Tiene algunas otras heridas, pero el veterinario confía en que sobrevivirá.

Sonrío. Qué raro. Hace unos minutos estaba muerta de miedo, convencida de que todo mi mundo se había venido abajo. Pero ahora Brad está aquí, Atticus está atendido y mi bebé está a salvo. El corazón se me desborda de tanto amor y felicidad que parece que vaya a estallar.

—De todas formas, el parte del perro es solo uno de los motivos por los que estoy aquí —dice Liam—. El otro es para deciros que me he puesto en contacto con la central. La conductora, Matilda Hopkins, ha sido detenida en el lugar del accidente. A James DeWitt lo están operando ahora mismo y los médicos creen que sobrevivirá. Tenemos a Raymond, el hijo de Matilda, bajo custodia. Logró atacar a tres agentes antes de que pudiéramos reducirlo.

—¿Qué era eso del tesoro que dijo Raymond antes de que Atticus le mordiera? —pregunta Brad.

—¿Cómo dices? —pregunto.

—Raymond no solo tiene problemas de temperamento, sino que además está ahogado en deudas de juego. Los usureros ya les han quitado todo lo que poseían. Desesperados, recordaron que uno de

sus antepasados era el dueño del banco que Lara ha reconvertido en su bar. Parece que hay una especie de leyenda que dice que su pariente escondió un tesoro en algún lugar del edificio. —Liam se frota las manos mientras empieza a contar la historia—. Con una serie de coches robados, condujeron desde Maryland hasta Chicago, creyendo que el edificio estaba abandonado y que podrían entrar a buscar el tesoro. Lo que no sabían es que tú te habías hecho cargo del local. Como no son las luces más brillantes de la feria, pensaron que unas cuantas cartas de amenaza y unos grafitis bastarían para que les entregaras la escritura de propiedad. O al menos para mantenerte alejada el tiempo suficiente como para entrar a robar y buscar el tesoro escondido.

Brad mira a Liam, atónito.

—Es el plan más estúpido que he oído en mi vida.

—Evidentemente, esta gente no ha subido muy alto en la escala evolutiva —comenta Liam, encogiéndose de hombros.

—¿Y por qué se llevaron a Brad? —pregunto.

—Porque son idiotas —dice Liam.

—No creo que tuvieran planeado secuestrarme —añade Brad—. Creo que fue un delito de oportunidad. Cuando me vieron paseando solo, decidieron cogerme y pedir un rescate, que probablemente consistiría en la escritura de tu bar.

—¿En serio?

Brad asiente.

—Pensaban que te pondrías tan histérica que preferirías firmar los papeles de la cesión antes que llamar a la policía.

Resoplo.

—Ahí se equivocaron.

—Ninguno de ellos volverá a molestarte jamás. —Liam se levanta y me da un beso en la mejilla—. Voy a pasarme por la comisaría a ver si hay alguna novedad. —Pone una mano fraternal en el hombro

de Brad—. Me alegro de que todo haya salido como ha salido. Esta noche rezaré por el perrito. ¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad! —le respondemos Brad y yo al unísono mientras sale de la habitación y cierra la puerta.

Con una amplia sonrisa en el rostro, Brad se vuelve hacia mí.

—Bueno... —Me levanta la mano y me da un suave beso en el dorso mientras su pulgar acaricia el anillo—. Como llevas esta pedazo de roca, supongo que la respuesta es sí.

Me muerdo el interior de la mejilla y le sonrío con picardía.

—¿Eh? ¿La respuesta a qué exactamente?

Sus ojos se entrecierran.

—¿De verdad vas a obligarme a decirlo?

Le retiro la mano y le rodeo el cuello con mis brazos.

—Quiero oírlo.

Sus manos se posan en mi cintura. Sus pulgares me acarician el abdomen a través del camisón de hospital que llevo.

—Lara Reynolds. Te quiero. —No sé por qué, pero la combinación de su tono y la expresión de su cara hace que se me suba el corazón a la garganta mientras las lágrimas me queman en los ojos—. Quiero todo de ti, hasta a tu perro grotesco. Quiero pasar el resto de mi vida haciendo todo lo que sea necesario para convertirte en la mujer más feliz del mundo, pero para que eso sea posible, tienes que aceptar ser mi esposa. Así que, ¿quieres casarte conmigo?

Mi corazón explota de amor.

—¡Oh, Dios! ¡Sí, cuanto antes! —Me inclino hacia delante y devoro su boca en un beso que consume el alma, justo cuando el reloj da la medianoche.

Ha llegado el día de Navidad.

Epílogo

Brad

—Chicos, solo una más, ¿vale?

De algún modo, Lara consigue mantener la cámara quieta mientras gesticula en nuestra dirección con uno de los peluches de Atticus. Ni a Atticus ni a nuestra hija Sophia parece impresionarles mucho.

—¡Oh, vamos! Estáis todos tan monos…, o lo estaríais si me mirarais.

El dedo de Lara flota sobre el disparador de la cámara, listo para apretarlo en cuanto vea la oportunidad de hacer la foto que quiere. En los cinco meses y medio que han pasado desde el nacimiento de nuestra hija, ha aprendido que los momentos perfectos son efímeros, al menos cuando intentas fotografiarlos. En cuanto a mí, parece que llevo un año viviendo un único, largo y glorioso momento de cuento.

Atticus bosteza y el movimiento atrae la atención de Sophia. Chillando de alegría, extiende los brazos y lo agarra. Un destello brillante me ciega mientras la cámara hace clic.

—¡Genial! —exclama Lara. Cambia el peso de su cuerpo y sigue mirándonos a través de la pantalla de la cámara—. Brad, si pudieras…

—No. —Aparto a Atticus de mi regazo con suavidad y me siento a Sophia en la cadera—. Ya es suficiente. Es hora de que la pequeña Sophia se vaya a la cama. Mañana le espera un gran día probando todos los juguetes nuevos que le traerá Papá Noel esta noche. ¿Verdad, pequeña?

A Lara no le hace gracia mi decisión, pero un momento después suspira con resignación, vuelve a dejar la cámara sobre la mesa y se levanta.

—Supongo que tienes razón. Pero es su primera Navidad. Quiero asegurarme de que tengamos tantos recuerdos como sea posible.

—Los tendremos, no te preocupes. —Me levanto y me acerco a ella—. Venga, dale las buenas noches a tu hija.

Lara coge la diminuta cabecita de Sophia entre sus manos y cubre su cara redonda de besos, a lo que la niña responde chillando un emocionado galimatías de bebé y pataleando de alegría.

—Buenas noches, mi amor —murmura Lara antes de dejar un último beso en la diminuta punta de la nariz de Sophia—. Nos vemos en un par de horas, a las dos de la madrugada, para la toma, ¿de acuerdo?

Me quedo un segundo más y le robo un beso de sus suaves labios a Lara.

—Y nosotros nos vemos en cuanto haya preparado a Sophia para irse a la cama —le prometo.

Sonriendo, alarga la mano y me da una palmada en el culo.

—Un plan genial.

Le cambio el pañal a Sophia y le pongo un pijama verde y mullido. Luego la llevo al cuarto infantil que Lara y yo hemos montado junto al dormitorio principal, después de reformar la planta de arriba y convertir los tres apartamentos en un único y gran espacio de vida, más que suficiente para tres personas y un perro pequeño sin pelo. No estoy seguro de querer vivir encima del *Blind Pig* para siempre, pero de momento estoy contento con la situación y Lara también.

Durante la reforma, ocurrió algo asombroso. Encontramos una caja grande escondida bajo el antiguo suelo. Dentro había varios collares grandes de diamantes, un anillo de esmeraldas y dos pares de preciosos pendientes de zafiros y rubíes. El tesoro exacto que Matilda, James y Raymond esperaban encontrar.

Las investigaciones revelaron que las joyas fueron robadas a finales del siglo XIX, pero nadie sabe cuándo se escondieron en el

edificio ni por qué se abandonaron allí. Se las devolvimos a los dueños originales —o al menos a sus herederos—, que piensan subastarlas y utilizar la recaudación para fundar una protectora de animales que facilite perros a veteranos de guerra. Lara y yo no podríamos estar más contentos con esa decisión.

Pongo a Sophia en su cuna y enciendo el monitor de bebés. Mientras tanto, Atticus entra y se mete en la camita para perros en forma de dónut que hay bajo la cuna. Da tres vueltas en ella antes de tumbarse finalmente con un suave gruñido. Admito que me preocupaba un poco cómo reaccionaría Atticus ante Sophia, pero mis temores eran infundados. No solo no se inmutó por su aparición en nuestras vidas, sino que se ha erigido en su protector y ahora rara vez se separa de su lado. Creo que a Lara le dolió que empezara a pasar las noches aquí, durmiendo bajo la cuna de Sophia en lugar de en nuestra cama.

Sophia me mira fijamente durante unos segundos antes de que sus párpados empiecen a aletear. Un segundo después, se oye un delicado y adorable ronquido de bebé. Niego con la cabeza, asombrado una vez más por la facilidad con que nuestra hija se duerme. Duerme hasta las dos, más o menos. Entonces quiere que la alimenten y nos mantiene despiertos durante una hora antes de volver a quedarse dormida.

Este patrón solo cambia durante las tormentas. Tanto ella como Atticus las odian a muerte. Se pasan todo el rato lloriqueando, y el sonido combinado de sus lamentos hace que los truenos parezcan silenciosos en comparación.

Me inclino sobre el lateral de la cuna. El pelo de pelusa de Sophia me hace cosquillas en los labios cuando le doy un beso en la cabeza. Me quedo en esa posición, inspirando su aroma limpio e inocente a bebé.

Siempre he querido tener hijos, pero nunca entendí lo mucho que significaría para mí hasta que la Dra. Henson me puso a Sophia en brazos, con la cara roja y gritando, segundos después de que naciera. En ese momento, mi corazón se abrió, literalmente. Esa

cosita tan pequeña, esa adorable combinación de lo mejor de Lara y de mí, ha cambiado mi vida, mi alma, de una forma que nunca creí posible. Ya estoy deseando que llegue el día en que Lara y yo decidamos que es hora de darle a Sophia un hermanito.

—Buenas noches, Sophia. Duerme bien y que sueñes con los angelitos. —Me enderezo y vuelvo a comprobar el monitor de bebés antes de darme la vuelta y salir de la habitación—. Buenas noches, Atticus —lo llamo para que no se sienta excluido—. Vigílamela, ¿vale, colega?

Lara no está en el salón, donde la dejé. Tampoco en la cocina. Probablemente ha decidido bajar a ver cómo va todo mientras yo acostaba a Sophia. Desde que nació nuestra hija, se ha vuelto menos maniática del control en lo que respecta al *Blind Pig*. Ha nombrado a Emile encargado y ha reducido el número de noches que pasa detrás de la barra. Eso le permite pasar unas cuantas tardes a la semana aquí arriba con Sophia y conmigo.

Pero renunciar al control total no le ha impedido sentirse orgullosa del negocio que ha creado y preocuparse constantemente por él. Como ya se sentía culpable por haber pedido a sus empleados que pasaran la Nochebuena trabajando en su gran fiesta de Navidad, no me sorprende que haya decidido bajar a echar una mano durante unos minutos.

Alegremente, descorcho una buena botella de vino tinto y me sirvo una copa. Me tomaré veinte minutos para sentarme frente al árbol y relajarme, decido mientras vuelvo a poner el corcho y dejo la botella en la cocina. Si Lara no ha vuelto para entonces, cogeré el monitor de bebés y bajaré a buscarla. Quién sabe, quizá hasta la convenza para que baile conmigo.

—¿No vas a servirme a mí también?

El inesperado sonido de su voz me hace dar un respingo. Choco con el hombro contra la puerta del frigorífico y tiro un bote de mostaza de plástico al suelo. Me apresuro a devolverlo a su sitio antes de coger el cuello de la botella de vino, sacarla del frigorífico y

apartarme de él antes de acabar rompiéndolo o haciéndome daño con mi torpeza.

Cuando me vuelvo hacia Lara, casi se me cae la botella y se me seca la boca del susto.

Lara está apoyada en el marco de la puerta. Pero ya no es la dulce madre que hacía fotos a la que he besado en el salón.

Los leggins, la sudadera ancha y los calcetines mullidos han desaparecido y han sido sustituidos por un *negligé* navideño de seda verde que no había visto nunca. Me muero de ganas de arrancárselo del cuerpo.

—¡Guau! —digo, silbando por lo bajo—. ¿Qué te ha pasado?

—¿No te gusta? —Lara desliza sus manos por sus caderas, guiando mi mirada hambrienta hacia sus curvas. Dejo la botella de vino en la encimera antes de que se me caiga.

—Dios, sí. Me gusta. Me encanta. Es solo que, bueno, ya sabes que no tienes que arreglarte para mí. Me gustas siempre, lleves lo que lleves, lo sabes. Pero es que… ¡guau!

Desde que nació Sophia, Lara está muy insegura con su cuerpo, aunque yo le aseguro una y otra vez lo despampanante que está. Incluso su ropa de trabajo se ha vuelto más discreta y menos ceñida en los últimos meses. Y en cuanto a la lencería sexi, bueno, eso no ha ocurrido desde… nunca.

Los ojos de Lara me sonríen y su boca se curva en un puchero sexi.

—Has sido tan bueno este año que he decidido que te mereces un regalo de Navidad por adelantado.

Se aleja de la puerta y se contonea hacia mí. El sonido de un taconeo dirige mi mirada hacia abajo, hasta que se posa en unos altos tacones de satén de un color verde claro.

La sangre me ruge en los oídos. Lara ya me pone con su ropa más gastada y holgada, pero verla vestida así, con una mirada que

promete tantas travesuras sexis… no hay palabras para describir lo que eso me hace en este momento.

Su mano encuentra la mía. Entrelaza sus dedos con los míos y tira de mí.

—Vamos —susurra—. Siéntate conmigo junto al árbol para que puedas desenvolver tu regalo.

El aroma a hoja perenne se mezcla con el ligero perfume floral que Lara se ha puesto en el cuello mientras nos arrodillamos sobre la gruesa manta que hemos extendido frente al árbol para la sesión de fotos familiar de Nochebuena.

Sus dedos me acarician la mandíbula, rozando la barba que no me apetecía afeitar, antes de enredarse finalmente en mi pelo. Tira de mi cabeza hacia abajo mientras inclina la suya hacia atrás, y nuestras bocas se encuentran. Nuestras lenguas se entrelazan en la danza acostumbrada que nunca deja de excitarme. Nos besamos despacio, casi con pereza, dejando que crezca nuestra expectación mutua mientras nuestros cuerpos se acurrucan suavemente. Sus pechos cubiertos por la lencería de seda rozan mi pecho mientras yo le sujeto la cara con las manos, la inmovilizo y profundizo el beso. ¡Dios, nunca me cansaré de su dulce sabor!

Con cada golpe de nuestras lenguas, el deseo crece.

—No me canso de ti —gruño contra su boca.

—Eso es bueno. —Agarra la parte inferior de mi sudadera, me la quita por la cabeza y la lanza al otro lado de la habitación—. Pienso asegurarme de que siga siendo así. —Deposita besos calientes con la boca abierta en mi clavícula.

Esto es más de lo que puedo soportar. Cubro su pecho izquierdo con mi boca y lo succiono a través de la delicada seda. Sus dedos recorren mi espalda, dejando ardientes rastros en mi piel, mientras la empujo hacia atrás. Deslizo una mano hacia abajo, explorando el dobladillo de su negligé y su largo y suave muslo debajo.

Su cuerpo se arquea bajo el mío. Gime y el sonido se dispara directamente a mi entrepierna. Saber lo mucho que la pongo enciende una y otra vez un fuego de pasión que arde con tanta fuerza que amenaza con consumirme desde dentro.

Le quito la seda verde por la cabeza, casi rasgándola con mis prisas, y la lanzo en dirección a mi propia camisa. Mi pantalón de chándal no tarda en unirse al montón.

Sus manos rodean mi nuca y me atraen hacia uno de esos besos demoledores y apasionados de los que no me canso nunca. Me muevo entre sus piernas y penetro en ella con una embestida larga y suave que nos hace jadear a ambos.

Empezamos a movernos al unísono. Nuestras caderas chocan y nuestros cuerpos se retuercen. Su piel brilla bajo la suave luz navideña que hemos enrollado alrededor del árbol mientras mis manos y mi boca exploran su cuerpo. Sus manos se aferran a mi trasero y sus uñas se clavan profundamente en mi piel mientras me insta sin palabras a embestir más rápido y más profundo. No dudo en obedecer su orden silenciosa.

Sus dientes se cierran sobre mi hombro y me muerden con tanta fuerza que me quema, antes de que su lengua calme la carne maltratada. La maniobra me lleva al límite.

La lujuria, el amor y el deseo se mezclan en un frenesí cegador, tan inesperado y maravilloso como la primera vez que ella y yo llegamos juntos al orgasmo.

Desplazo mi peso lo justo para no aplastarla, hundo la cara en su perfumado pelo y pienso en nuestra primera vez. Entonces me asombró lo bien que compaginábamos y me pregunté si hacer el amor sería aún mejor una vez que lleváramos un tiempo juntos y nos hubiéramos adaptado al ritmo del otro.

Tenía razón. He perdido la cuenta de las veces y las formas en que lo hemos hecho juntos. Sin embargo, lo que nunca ha cambiado, y probablemente nunca cambiará, es que cada vez que lo

hacemos es mejor que la anterior. Siempre encuentra nuevas y provocadoras formas de excitarme y dejarme sin aliento.

Y lo mismo ocurre a la inversa.

Giro la cabeza y le doy un beso ligero en la nuca.

—Señora Sullivan —susurro en su oído.

—Mmm —murmura adormilada.

—Te quiero.

Sus brazos se cierran a mi alrededor mientras una dulce sonrisa se dibuja en las comisuras de sus labios.

—Yo a ti también, señor Sullivan.

En el reflejo de una bola de Navidad, distingo la silueta de Atticus.

Entonces siento cómo se me calienta la parte inferior de la pierna izquierda.

Fin

FIN

Hola, querida lectora!

Antes de despedirme, quería darte las gracias por haberme acompañado en esta historia. Sé que hay miles de libros increíbles ahí fuera, así que de verdad valoro muchísimo que hayas elegido este.
Espero que hayas disfrutado cada página y que esta historia te haya sacado alguna sonrisa (¡o algún suspiro!).

Si es así, me harías un enorme favor dejando una pequeña reseña en Amazon. Es la mejor manera de apoyarme, ya que no tengo el gran presupuesto publicitario de una editorial. ¡Mil gracias por estar aquí!

Adelanto de *Te odio por amarte*

¿Lista para enamorarte de nuevo?

Sumérgete en la próxima *Surprise Love Story* que te hará reír, suspirar… y soñar despierta con un hombre alfa, irresistible y dominante.

Con giros inesperados, química explosiva y un secreto que lo cambia todo, esta historia te atrapará desde la primera página.

📖 En las próximas páginas te espera un adelanto exclusivo – totalmente gratuito.

Descubre por qué Te odio por amarte ya está robando corazones… ¿Y tú? Estás a solo unas páginas de tu próxima obsesión romántica.



Prólogo

Adam

Lo empujo hacia atrás con más fuerza e interpongo mi cuerpo entre él y Emily para que no pueda verla. Ni siquiera merece mirarla. Intenta mantener su posición, pero no puede competir con mi tamaño, por no mencionar la ira justiciera que recorre mi cuerpo. Doy otro paso adelante y lo empujo hacia atrás hasta que llega a la puerta. De un solo empujón se abre la puerta mosquitera y se tambalea hacia el porche. El impacto parece sacarlo del shock de mi llegada, y se apresura a ponerse de pie para enfrentarme. No dudo en seguirlo a través de la puerta. Ya está fuera de la casa, pero quiero asegurarme de que entienda que nunca más será bienvenido aquí.

Extiendo el brazo, lo agarro de su camisa y lo arrastro hacia mí.

—Lárgate de aquí, cabrón —gruño.

Vacila por un momento.

—No —escupe mientras cambia su peso para forzarme a bajar los escalones y caer de rodillas en la acera.

Salta por los escalones detrás de mí, y me giro justo a tiempo para evitar que hunda su codo en la parte posterior de mi cuello. Avanzo con fuerza, lo agarro por las piernas y lo tiro al suelo.

—¡Parad ya! —grita Emily desde la puerta.

La ignoro, me arrastro hacia la figura que está tendida en el suelo frente a mí, y hundo mi rodilla en su abultado estómago mientras echo mi puño hacia atrás y lo estrello contra su cara. Se oye un satisfactorio crujido acompañado de un profundo gemido, pero un instante después, levanta los hombros y me hace caer de lado. Me devuelve el puñetazo y encuentra la energía suficiente para darme una patada que me alcanza de lleno en el estómago. De repente está de pie y corre de vuelta al porche. La hierba mojada resbala bajo mis pies, pero clavo los zapatos en el barro y me impulso hacia arriba. Solo he dado un paso adelante cuando escucho el grito de Emily, que me hiela la sangre.

Capítulo uno

Emily

Trece años antes...

El azul es de un tono bonito, pero no me preguntes cómo, no creo que mucha gente en la Rusia antes de la Segunda Guerra Mundial pasara mucho tiempo en una ferretería eligiendo muestras de pintura. Quizás marrón. Pero todo lo demás ya es tan marrón.

Dejo escapar un suspiro y miro la fila de lápices de colores frente a mí, sin ninguna inspiración. Al final, elijo el aburrido color marrón y empiezo a rellenar el boceto en el bloc que tengo delante.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Al girarme, veo a mi madre de pie en la puerta. Apoya la cabeza en el marco mientras me observa. Parece agotada, como siempre. Su espeso cabello rubio oscuro, recogido en una coleta, está empezando a soltarse de la goma elástica, y algunos mechones caen alrededor de su rostro en forma de corazón. Es increíble en su trabajo como cuidadora y le encanta estar ahí para las personas que la necesitan, pero a veces hay un atisbo de alguna emoción no revelada detrás de su mirada azul. A veces, cuando la veo al final del día y ella no sabe que la estoy mirando, parece arrepentida.

—Estoy trabajando en algunos diseños de escenografía para la obra de teatro —digo—. Se supone que tengo que ir esta noche a casa de Jake Conway para finalizar los diseños y empezar a trabajar en ellos. —Echo un vistazo a mi reloj para comprobar la hora y, sin darme cuenta,, he perdido una hora mirando los lápices de colores —. De hecho —digo, mientras empiezo a recoger todo del escritorio —, debería irme ya.

Meto todo en mi mochila y me la cuelgo al hombro.

—¿Volverás a tiempo para la cena? —pregunta mi madre.

Niego con la cabeza.

—No lo creo —respondo—. Lo siento, mamá. La obra es dentro de poco, y los decorados deben ser increíbles.

Ella asiente, con aspecto triste. Sé que está decepcionada porque no podré comer con el resto de la familia, pero creo que darse un largo baño y acostarse temprano probablemente le sentará bien.

—¿Has visto a Alice? —pregunta.

—No desde que volvimos del instituto —digo.

Mi hermana mayor es ahora la única oportunidad de mamá para tener algo de compañía esta noche. Mi padre se fue al trabajo hace casi una hora, y no volverá hasta la madrugada. Si Alice no llega pronto, probablemente mamá aprovechará la casa vacía para calentar comida congelada, ponerse un pantalón de chándal y derretirse en el sofá del salón durante unas horas de televisión irracional.

—¿Has dicho que vas a ir a casa de los Conway? —pregunta.

Asiento.

—Sí —digo—. Jake y yo nos encargamos de los decorados.

—¿Cómo vas a llegar hasta allí?

—Voy a ir andando —digo.

—No me gusta cuando caminas así por toda la isla.

—No está tan lejos —digo—. Además, me gusta. Disfruto de la soledad. Pienso mejor cuando estoy sola, al aire libre.

—Estás sola aquí —dice ella.

—Es diferente —respondo—. Poder mirar alrededor y ver el cielo, y a la gente, y simplemente experimentar todo lo que me rodea me da muchas ideas. No es como si nunca hubiera hecho este camino antes —digo.

—De eso nada —dice mamá—. Parece que pasas cada vez más tiempo allí.

—Lo dices como si fuera algo malo.

Se encoge de hombros y se mira los pies.

—Solo me preocupa que te quedes embelesada con ellos, eso es todo.

—¿Qué quieres decir con eso de quedarme embelesada con ellos?

Me mira con sus ojos cansados. Mamá parece triste de una manera distante, y sé lo que está pensando. Siempre es lo mismo cuando terminamos hablando de Jake.

—Ellos no son como nosotros, Emily. Lo sabes.

—¿Por qué no, mamá? ¿Solo porque tienen dinero? Eso no los convierte en una especie diferente, ¿sabes? Solo significa que tienen una casa grande y pueden comprar más cosas que nosotros.

—Significa mucho más que eso. Piensan de manera diferente. Ven el mundo de manera diferente. Tienen oportunidades y posibilidades que nosotros ni siquiera nos atreveríamos a soñar. No quiero que te metas en eso y empieces a preocuparte por quién eres y la vida que tienes por delante.

No sé si pretendía ser alentadora o no. La verdad es que decir que la familia Conway «tiene dinero» es uno de los mayores eufemismos que jamás he dicho. La familia es extraordinariamente rica. Podrían ser dueños de todo Sunborn View si quisieran. Quizás ya lo sean, por lo que yo sé. Tal y como está, la enorme casa en la que viven, sus extensos terrenos, y las diferentes propiedades más pequeñas que albergan ramificaciones del árbol familiar, ocupan casi la mitad de la isla. Admito que me impresiona el lujo, pero nunca ha cambiado la forma en que veo a Jake. Él nunca actúa como si su dinero lo hiciera especial o diferente de mí, aunque lo sea. Entiendo lo que mamá está diciendo, pero no quiero decírselo. Ella ya está convencida de que o bien voy a obsesionarme tanto con la familia Conway y su riqueza que me destruiré a mí misma en busca de ese tipo de vida, o quedaré embarazada y atraparé a uno de los hermanos.

Eso sería una hazaña. Ni siquiera he besado a un chico. Paso todo mi tiempo estudiando, trabajando en actividades extracurriculares para mis solicitudes universitarias, y trabajando en la pequeña heladería del pueblo. No tengo tiempo para nada más, y mucho menos para salir con alguien. El tiempo que paso con Jake en proyectos para el departamento de teatro es lo más parecido a la diversión que tengo. Lo conocí en mi primer día en el departamento de teatro cuando se presentó como el asistente estudiantil de

nuestra profesora, y hemos sido amigos desde entonces, aunque él es dos años mayor que yo. Mis ojos se deslizan por la habitación hasta el banderín que está colgado en mi pared. Es de mi universidad soñada —Clemson— y lo he tenido colgado desde que tenía edad suficiente para empezar a pensar en ir a la universidad. Por eso trabajo tan duro. Aunque todavía sea estudiante de primer año de instituto, dedico cada segundo de mi tiempo a convertirme en una candidata más atractiva para el proceso de solicitud. A diferencia de la familia Conway, que puede enviar fácilmente a sus cinco hijos a sus respectivas universidades de la Ivy League, yo estoy sola cuando se trata de financiar los estudios. Mi hermana, Alice, nunca ha estado interesada en los estudios más allá del instituto. Como muchas de las personas nacidas y criadas en Sunborn View, Alice piensa que su futuro está aquí.

Ese no es mi caso. Me encanta Sunborn View, pero sé que hay mucho más en el mundo que este pequeño lugar, y quiero verlo. Espero con ansias irme de casa, ir a la universidad y experimentar la vida por mi cuenta. Pero, si voy a hacerlo, depende de mí. Mi familia no puede contribuir al coste de mis estudios, y aunque guardo casi todo lo que gano en la heladería, mis modestos ahorros ni siquiera se acercan a cubrir el coste de la matrícula, el alojamiento y las necesidades básicas. *Tengo* que conseguir una beca, y eso significa trabajar como una burra todos los días para hacerme lo más atractiva posible para Clemson.

—No voy a perder de vista la vida que tengo por delante —le aseguro—. Hablando de eso, tengo que irme. Necesitaremos todo el tiempo posible si hay alguna posibilidad de terminar esto para mañana.

Mamá se aparta de mi camino, y me detengo en el pasillo para besarla en la mejilla. —Si te hace sentir mejor, le pediré a Jake que me traiga a casa cuando terminemos.

—Eso me hará sentir mejor. Trabajas demasiado duro, ¿sabes? —dice con una ligera sonrisa que me dice que está orgullosa, pero también desearía que no tuviera que exigirme tanto.

—No existe eso de trabajar demasiado duro —digo.

Incluso mientras lo digo, sé que no es cierto. De todas las personas a las que podría decírselo, mamá lo sabe mejor que nadie. Lo ha estado haciendo desde que tengo memoria.

Puedo oler la lluvia en el aire al bajar por mi calle, mientras me aseguro de saludar a los vecinos que están en los jardines. La gente se toma muy en serio el cuidado del césped aquí, y muchos de los saludos que recibo son con guantes de estampados florales y detrás de varias herramientas de jardinería.

Mientras me dirijo al pueblo, el olor de la bahía se mezcla con la lluvia en el aire para crear una frescura salada. Me cubro más con mi jersey y miro hacia el agua gris. Es una imagen prístina, interrumpida solo por la casa flotante que se desliza lentamente. En ese barco está Ellis Wells. Vive casi exclusivamente en el *Caray*, y solo en contadas ocasiones viene a tierra para conseguir los suministros que no puede pedir. A menudo me he preguntado sobre la historia detrás del nombre de su barco, pero eso, al igual que Ellis, es un enigma.

El viento se arremolina a mi alrededor y acelero mis pasos. La casa de los Conway está justo al otro lado de la isla, y me gustaría llegar allí antes de que el cielo se abra, y no tener que hacer la última parte del trayecto bajo una lluvia torrencial. Es primavera, pero las temperaturas no son lo suficientemente altas como para quitar el frío de la lluvia a esta hora del día, y será miserable si me pilla fuera. Agacho la cabeza contra el viento, esforzándome por ir un poco más rápido. Acabo de llegar al sinuoso camino de piedra que conduce a la casa de Jake cuando las primeras gotas de agua comienzan a caer. Aprieto los bocetos y mi mochila contra mí, corro por el sendero y salto al porche bajo el alero que protege la puerta principal. Se abre antes de que pueda tocar el timbre, y Jake me mira con su amplia y amistosa sonrisa. Debe haber estado observando a través de la ventana.

—Si querías ir a nadar en vez de venir a casa, podrías haberme avisado —bromea.

Pongo los ojos en blanco mientras él se hace a un lado para dejarme entrar.

—Muy gracioso —digo. Me miro a mí misma. Estoy empapada.

—¿Por qué no vas al baño y coges una toalla para secarte? Te espero en el salón.

—Gracias —digo.

Le entrego todo lo que he traído conmigo y subo las escaleras hacia el baño que me ha indicado. Solo he estado en el segundo piso de la casa unas pocas veces, y siempre me siento mal vestida cuando subo las escaleras. Este es el tipo de escalera que debería reservarse para vestidos de gala y debutantes que hacen su primera aparición en sociedad. Una adolescente torpe, empapada hasta su sencillo sujetador y braguita de algodón, definitivamente no pertenece a estos escalones. Me sentiría más cómoda si fuera conducida a la escalera oculta de servicio que estoy segura que hay en alguna parte.

Una vez que estoy en lo alto de las escaleras, oigo una voz que se desliza por el pasillo hacia mí. La voz está cantando una canción que no reconozco, y la curiosidad me atrae. No debería seguirla. Debería ocuparme de mis asuntos.

Miro hacia el baño. Ahí es donde debería ir, pero no lo hago. En cambio, me arrastro lentamente por el pasillo y trato de ser lo más discreta posible. El canto se hace más fuerte cuando doblo la esquina y veo una habitación a varios metros delante de mí, con la puerta entreabierta. Me muevo un poco más rápido hacia la puerta y me presiono contra la pared, con el corazón latiendo nerviosamente en mi pecho. Esto no parece ni de lejos tan fluido y perfecto como en las películas. Oigo mi propia respiración, y mi ropa mojada me hace temblar muchísimo. Giro la cabeza lo suficiente para mirar a través de la abertura hacia la habitación. Dentro está el hermano mayor de Jake. Como estudiante de último año, Adam Conway es básicamente el Chico de Oro del instituto. Todos admiran a Adam, y todos los profesores lo miman. Atlético, brillante, guapo, involucrado en todo y «destinado a triunfar» desde el útero, Adam es lo que el profesorado considera «impresionante».

Es lo que yo considero *mmm*.

Especialmente ahora mientras está de pie a pocos metros de mí, sin camisa, sus músculos flexionándose mientras hace flexiones con una pesa y canta una melodía sin nombre. Su cabello oscuro como

la tinta cae lo suficientemente largo como para rizarse en la base de su cuello largo y alrededor de sus orejas. Puedo visualizar sus ojos oscuros y brillantes, aunque no los vea.

Se detiene y mira hacia un montón de papeles que hay en su cama, y me doy cuenta de que debe estar ensayando.

¿Cuánto tiempo llevo aquí parada?

Jadeo al darme cuenta de que no tengo ni idea de cuánto tiempo he estado aquí, embelesada por él, y Adam levanta la cabeza de los papeles.

¡Oh, mierda!

Me alejo apresuradamente de la puerta y vuelvo por el pasillo hacia el baño. Entro en una habitación tipo spa, cojo una toalla del estante y empiezo a frotarme el pelo frenéticamente.

¿Me habrá visto?

No hay nadie en el baño conmigo para convencerse del entusiasmo detrás de mi secado, pero pronto mi pelo rubio está de punta, y me he frotado los brazos hasta que están rosados y hormigueantes. De repente, oigo pasos en el pasillo que vienen hacia mí, y se me hace un nudo en el estómago. Adam viene a por mí. Va a llamarme la atención por ser la pequeña y rara estudiante de primer año que estaba parada fuera de su puerta, viéndolo ensayar sin camisa. Y además, parezco una rata recién salida de la secadora, lo que hará que ser juzgada por mi espeluznante comportamiento sea aún más incómodo.

El sonido de golpes en la puerta hace que mi corazón parezca detenerse. Al menos tiene la decencia de no entrar directamente. ¿Habré cerrado la puerta siquiera? Probablemente no. No soy muy buena con el concepto de sentido común para la autoprotección. Un asesino en serie podría irrumpir en casa y, en lugar de tratar de protegerme, probablemente solo jadearía y revelaría todos mis puntos vulnerables.

—¿Sí? —consigo decir con voz ronca.

—¿Emily? —Es Jake. Me relajo, aliviada—. Te he traído algo de ropa para que te cambies. Quizás estés más cómoda.

—Gracias —digo mientras abro la puerta unos centímetros y extiendo la mano para coger los pantalones de chándal y la camiseta que me ofrece.

—Te veo en un minuto —dice.

Hago un movimiento deliberado para cerrar la puerta con llave antes de desnudarme. El hecho de que fuera Jake no significa que Adam no esté por ahí acechando. Preferiría no ser regañada mientras estoy en pelotas. Es una humillación para la que no estoy mentalmente preparada.

Me pongo la ropa seca y calentita, doblo la cintura de los pantalones para que no se me caigan, y doblo mi ropa mojada. He conseguido secarme y cambiarme, y parece que Adam no viene.

Finalmente, tras retrasarlo hasta el último segundo posible, decido salir corriendo. Doblo la toalla con cuidado, la coloco en el mostrador y bajo las escaleras. Mientras yo estaba «en el baño», Jake ha extendido los bocetos sobre la mesa, y hay una bandeja de aperitivos a su lado.

—¿Te sientes mejor ahora? —me pregunta cuando entro en la habitación.

—Sí —respondo mientras asiento—. Gracias.

Jake señala la bandeja con su sándwich parcialmente comido.

—Come algo.

No estoy segura de si es una invitación o una orden, pero de todos modos cojo uno mientras me siento en el suelo frente a Jake. Aguacate con queso en pan grueso y crujiente. Esto siempre supera al bocadillo de nocilla. Le doy un mordisco y señalo los bocetos con el sándwich como él había hecho.

—¿Qué te parece? —pregunto.

—Me gustan —dice Jake—. ¿Has hecho ya uno para la taberna?

Asiento y busco entre los papeles hasta que encuentro el boceto adecuado.

Empieza a decir algo, pero el sonido de pasos entrando en la habitación lo detiene, y levanta la mirada hacia la puerta. Miro por

encima de mi hombro, y mi corazón salta hasta mi garganta. Adam está en la puerta, estirándose la camiseta sobre sus abdominales cincelados. Sus ojos se clavan en mí por un segundo, y siento un calor que me sube por la nuca.

¿Lo sabe?

¡Oh, lo sabe!

Mierda. No soy nada sigilosa.

—Hola, Emily —dice.

Mi boca no deja salir ningún sonido, así que levanto la mano en un débil saludo. En mi mente, tengo todo tipo de respuestas brillantes preparadas. En un mundo perfecto, soy ingeniosa, coqueta y encantadora. Pero le miro, y *puf*, lo mejor que puedo ofrecer es una sonrisa tensa y un saludo.

Esto es lo que llaman fuego lento, me digo.

—Jake, con todo lo que ha estado por aquí últimamente, podrías invitarla a salir de una vez.

Vaya. Un fuego realmente lento.

—Cállate, Adam.

—¿Qué? Está aquí todo el tiempo, hermano. —Me mira de nuevo —. Es muy guapa. Será mejor que la invites antes de que lo haga otro.

Siento que me derrito un poco, y espero que no pueda ver el color en mis mejillas. Desesperadamente, intento parecer casual y ocupada, cojo un lápiz de color y empiezo a rellenar la imagen más cercana. Pasan unos segundos tensos antes de que me dé cuenta de que ni siquiera es del mismo color. *Mierda.* Adam se ríe y luego sale de la habitación.

—Lo siento —dice Jake.

—No pasa nada —digo, mientras niego con la cabeza.

—No le hagas caso a Adam. Se cree muy gracioso.

Le miro.

—No pasa nada —repito—. De verdad. Sé que solo estaba bromeando.

Jake me mira fijamente como si intentara decidir si realmente estoy bien. Me pregunto si sospecha que tengo sentimientos por su hermano. Adam vuelve a entrar en la habitación, y rápidamente desvío la mirada hacia los papeles delante de mí. Ojalá no me sintiera tan incómoda.

—Así que, Jake, si alguna vez te decides a invitar a salir a Emily, házmelo saber. Llevo tiempo queriendo llamar a Alice, y podría ser divertido tener una cita doble. Los jóvenes todavía hacéis eso, ¿verdad?

Adam muestra otra de esas sonrisas que pertenece a una postal de cualquiera de los varios deportes que practica, y mi corazón parece congelarse y derretirse al mismo tiempo. Se me revuelve el estómago, y siento que las lágrimas se acumulan en mis ojos, aunque intento luchar contra ellas. Lo último que necesito es que cualquiera de los dos chicos me vea llorar. No puedo creer que haya sido tan estúpida. Todo este tiempo, he estado suspirando por Adam y soñando con que me llevara en volandas, y admitiera que sentimientos románticos y de amor enfermizo han estado ardiendo entre nosotros todo este tiempo. Nunca se me ocurrió incluir a mi hermana en la ecuación. Mi guapa, inteligente y extrovertida hermana, que está en el mismo curso que Adam y es miembro permanente del grupo de los populares. Por supuesto, él querría que Jake me invitara a salir a mí. Ni siquiera soy un punto en su radar.

Este fuego está resultando ser más lento que una cerilla en un banco de nieve.

****

Verano después del último año en el instituto...

Mi decimoctavo cumpleaños fue solo el principio. Pronto me iré a Clemson —¡lo conseguí!— y me mudaré a mi propio apartamento. Puede que sea aproximadamente del tamaño de una taquilla de gimnasio, pero es mío.

En unas semanas, por fin podré comenzar la vida con la que he estado soñando. Hasta entonces, estoy atrapada en el mismo

pequeño puesto de helados, contando los minutos y sumando los dólares que tendré que llevarme conmigo. Finalmente, después de limpiar con éxito un charco de chocolate con el que llevo trabajando un rato, tiro el trapo sucio en el cubo de toallas cercano. El ajetreo de media mañana ha disminuido hasta convertirse en un goteo, y los últimos clientes miran el menú como si nunca hubieran visto la lista de sabores antes. Me alejo de ellos, moviéndome hacia el lado opuesto del puesto. El edificio imita un remolino de helado de vainilla en un cucurucho, con la ventana principal de servicio ocupando una gran sección de la parte delantera.

Ir a la parte trasera significa dejar a mi compañera Diane sola en la ventanilla de servicio. Creo que puede gestionarlo durante unos minutos. Tenemos algo de tiempo antes de la siguiente oleada de clientes. Cuando visité el campus de Clemson hace unas semanas, me quedé al borde de un enorme parque situado entre dos grupos de edificios, y me di cuenta de que los estudiantes dispersos por el campus, tumbados en la hierba, lanzando frisbees y caminando con un sentido del propósito casi intimidante, representaban más personas de las que había visto juntas en un solo lugar en toda mi vida. Fue una de las sensaciones más emocionantes que he experimentado. No puedo esperar a volver a Clemson y ser parte de eso.

Abro la ventana trasera, rara vez utilizada, y miro hacia el paseo marítimo desgastado por la sal. Me siento como el tipo del bigote en El Mago de Oz. Saludo cuando Ellis pasa deslizándose en su casa flotante en la distancia y dejo escapar un suspiro. El atractivo de meterme en el congelador para evitar la explosión de calor del horno de fuera se hace cada vez más fuerte cuando veo algo que deja mi cerebro entumecido. A solo unos metros de distancia hay un hombre alto, de pecho ancho y pelo oscuro que reconocería en cualquier parte. Es Adam Conway. No lo he visto desde que se fue a la universidad hace tres años, y estoy completamente aturdida por su repentina reaparición. No sé por qué. Técnicamente vive aquí. Toda su familia está aquí. No debería estar tan sorprendida. Y, sin embargo, aquí estoy.

Como si pudiera oír mis pensamientos, Adam se gira hacia mí, y nuestros ojos se encuentran. Sus labios se curvan en esa sonrisa

que era encantadora cuando era adolescente, y ahora prácticamente hace que se te caigan las bragas.

Oh, hola, mi crush perdido. Me alegra ver que sigues estando igual de bueno.

Excepto que ya no lo veo como un crush. Verlo pavonearse hacia mí, con la punta de su lengua rozando su labio inferior, es suficiente para hacer que mi corazón lata con fuerza y mis manos tiemblen.

Qué bueno ver que el fuego lento sigue vivito y coleando.

—Hola, Emily —dice Adam cuando llega a la ventana.

Su voz se ha vuelto ligeramente más profunda, y noto que las líneas de su cara están más definidas ahora. Sus ojos todavía me recuerdan al azúcar con canela, y quiero ahogarme en ellos.

Dios mío, acabo de imaginar que me ahogo en azúcar con canela. ¿Qué coño me pasa?

—¿Emily?

Salgo de mi autodesprecio.

—¿Mmm? Oh. Hola, Adam.

—Hola. Estaba diciendo que apenas te reconozco sin estar sentada en el suelo de mi casa, rodeada de dibujos o piezas de decorados.

Sonrío y miro alrededor, levantando las manos para indicar la tienda.

—Mi hábitat natural —digo.

Él asiente con una sonrisa más amplia.

—Sí. Me parece recordar haberte visto algunas veces cuando estaba de safari por aquí... Vale, puede que haya perdido el control de esa metáfora.

—Tal vez un poco —admito.

Me río suavemente y me doy cuenta de que este simple intercambio me gusta demasiado.

—Bueno, en cualquier caso, te queda bien hacerlo. —Ahí está ese ardor otra vez, solo que esta vez todo está en mis mejillas—. ¿Qué estás haciendo estos días?

—Acabo de cumplir dieciocho años —digo, sintiendo la necesidad de colar eso en la conversación—, y me iré a la universidad en unas semanas.

—Eso es genial. ¡Felicidades!

—Gracias. Supongo que estás en casa de vacaciones, ¿no?

—Sí. He tomado clases los otros veranos, así que este año he decidido tomarme tiempo para mí. He estado viajando mucho, pero no podía tener tiempo libre sin venir a casa un poco.

—¿Cuándo regresaste?

—Hace un par de semanas.

—Oh. No te he visto por aquí.

Definitivamente no vi ninguna señal de Adam iluminada contra el cielo nocturno para avisarme de que había vuelto. ¡Qué raro!

—He estado bastante tranquilo. La mayoría del tiempo lo he pasado con mis hermanos. Esta es en realidad la primera vez que me aventuro a salir de casa aparte del primer día que estuve aquí.

—Bueno —digo, abriendo los brazos para abarcar lo que nos rodea—, bienvenido al mundo real.

—Es Sunborn View —señala Adam—. No sé si realmente cuenta.

—Tienes razón —digo con una risa.

—Oye, ¿cómo está Alice?

—Está bien. Ahora tiene una hija. Grace. Tiene casi un año.

—Oh —dice Adam, sorprendido—. Vaya.

—Sí, estuvo casada menos de seis meses, pero no funcionó. Ahora está mucho más feliz sin él.

—Eso es bueno, me alegro de que sea feliz. ¿Tienes que trabajar todo el día? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—No, por suerte —le digo—. Salgo a las doce y media cuando una de las otras chicas viene para el resto del día.

—¿Quieres hacer algo? —pregunta.

Me lleva unos segundos procesar lo que acaba de decir.

—¿Hacer algo? —pregunto.

¿Con mi vida?

¿Con mi pelo?

Él asiente.

—Sí. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez. Deberíamos vernos y ponernos al día. —*Oh, Dios mío. Con él.*— Quizás puedas mostrarme todos los cambios que ha habido mientras he estado fuera.

Doy un paso atrás desde la ventana y señalo hacia abajo, a mi nuevo par de zapatillas moradas.

—¿Ves estas deportivas? —pregunto.

Adam se inclina sobre la ventana para mirar mis pies.

—Sí —dice.

—Eso concluye la lista de cambios que han ocurrido por aquí desde que te has ido a la universidad.

Adam se ríe.

—Parece bastante acertado —dice—. Muy bien. Bueno, eso despeja nuestro horario, entonces. Te veré aquí en aproximadamente una hora.

—Claro —respondo.

Al menos, espero haberlo dicho. Puede que solo le haya sonreído. Pero él me devuelve la sonrisa y se despide antes de retroceder unos pasos, luego se gira y se aleja. No es hasta que ha desaparecido que realmente me golpea. *Adam Conway acaba de invitarme a salir.*

Mi cabeza está flotando, y la siguiente hora es la más larga que he trabajado en el puesto. No hay suficientes clientes para

mantenerme ocupada, pero hay los justos para evitar que pueda simplemente apoyarme contra la pared y fantasear ociosamente. Finalmente, miro el reloj y veo que mi turno termina en menos de cinco minutos. No veo a nadie acercándose a la ventana, así que me quito el delantal por la cabeza y lo cuelgo en uno de los ganchos que hay en la pared. Me quito la goma elástica de la coleta y me agito el pelo. La señorita Lara de la peluquería *Cutting Edge* me dijo que un corte bob haría que mi pelo pareciera más grueso. En cambio, solo lo hizo parecer más corto. En el año transcurrido desde entonces, ha vuelto a crecer hasta los hombros, y estoy aceptando el hecho de que nunca será exuberante y lujoso. En cambio, las mechas rubio oscuro podrían describirse mejor como «brillantes», pero puedo vivir con eso.

Cojo mi bolso de la pequeña taquilla bajo el mostrador, saco mi polvera y me retoco rápidamente el maquillaje que se ha derretido por el calor que viene de la ventanilla de servicio. Estoy en pleno debate conmigo misma sobre si ponerme un poco de brillo de labios o si eso me haría parecer demasiado ansiosa, cuando oigo que alguien golpea en la parte trasera del puesto de helados. Sigo el sonido y abro la ventana por la que había estado mirando antes. Adam me saluda con la mano.

—¿Lista para irnos? —pregunta.

—Por supuesto. ¿Adónde vamos?

—Pensé en llevarte a uno de mis lugares favoritos. Tengo muchos buenos recuerdos de cuando era más joven.

Intrigada, cierro la ventana y me dirijo a la puerta trasera. Cuando salgo, Adam me está esperando. No puedo evitar sentir un escalofrío de anticipación que recorre mi cuerpo, y una parte de mí *realmente* quiere detenerse donde estoy y simplemente mirarlo. Cuanto más tiempo permanezca aquí, más podré disfrutar del hecho de que me está esperando. Por supuesto, si me excedo, probablemente se dará cuenta de que soy rara y se marchará; y naturalmente no quiero eso. Debe haber un justo equilibrio.

—Me alegro de verte —digo mientras me acerco a él.

—Y yo a ti. —Ojalá llevara algo distinto a mis zapatillas moradas, mis pantalones cortos negros y mi camiseta negra sin mangas. Quizá algo brillante—. ¡Vaya, cómo has crecido!

No estoy segura de cómo tomarme eso. Me halaga por la persona que soy ahora, pero me siento ligeramente ofendida por mi versión del primer curso.

—Tú también —digo.

—Vamos —dice, y camino a su lado.

Espero que nos dirijamos más allá del muelle, pero en cambio, Adam da la vuelta y acabamos en la ventanilla de servicio del puesto de helados. Me río.

—Perfecto —digo.

—Tres bolas de chocolate con cookies en un cuenco de gofre —dice.

—Vaya —digo—. Vas a por todas, ¿eh?

Desliza sus ojos hacia mí y luego vuelve a mirar a Julia en la ventanilla.

—Con nata montada y chocolate caliente —dice.

—¡Eh, tranquilo! —digo—. Quizá deberías ir más despacio.

—Y virutas de colores. —Me mira—. ¿O es demasiado?

—No sé a qué te refieres. Nada es más varonil que unas virutas de colores —digo, tratando de parecer seria, pero sintiendo que la risa me delata.

—Entonces... ¿sin virutas de colores? —pregunta Julia, que parece aburrida y confundida.

—¡Oh, no! —dice Adam—. Con virutas de colores. —Julia continúa mirándolo con expresión vacía, y parte de la sonrisa desaparece del rostro de Adam. Se inclina hacia ella—. Sí. Virutas de colores, por favor —dice con seriedad.

Ella asiente y me mira.

—Una bola de menta con trocitos de chocolate en un cucurucho de barquillo, por favor. —Julia me mira fijamente durante unos

segundos—. Eso es todo.

Sin decir palabra, se dirige hacia el estante de cuencos de gofre y cucuruchos recién hechos. Miro a Adam y lo pillo observándome. Nos sonreímos mutuamente, y me pregunto qué estará pasando por su mente.

—Eso parecía todo un reto para ella —dice.

Asiento.

—Es nueva —digo—. El helado es un asunto serio, ¿sabes?

Ambos estamos sonriendo cuando Julia aparece de nuevo en la ventanilla con el cuenco de Adam en una mano y mi cucurucho en la otra. Nos los entrega, y me estiro sobre el mostrador para coger la cuchara que ha olvidado ofrecerle mientras él saca dinero de su bolsillo y se lo da. Intento no fijarme en que el fajo de billetes que vuelve a guardarse en el bolsillo parece casi tan grueso como todos los ahorros que tengo escondidos en mi habitación.

Comemos en silencio durante unos momentos mientras nos alejamos del puesto, y pronto estamos deambulando por la orilla del agua. Aquí no hay una amplia extensión de arena pulverizada como he visto en fotos de playas tropicales. En su lugar, caminamos sobre arena más gruesa, llena de guijarros y salpicada de parches de espesa hierba marina. El agua llega suavemente en vez de en grandes olas, y su olor estimulante me envuelve.

—Siempre pensé que tú y Jake acabaríais juntos, ¿sabes? —dice Adam.

Estoy a mitad de un lametazo alrededor de mi helado que se derrite, y deslizo mis ojos hacia él. Trago lo que he recogido con la lengua y le dirijo una mirada interrogativa.

—¿En serio? —pregunto.

Sonríe a través de otro bocado de esa enorme creación que se está convirtiendo en un lodazal moteado de virutas de colores a pesar de sus valientes esfuerzos, y asiente.

—Absolutamente —dice—. Nunca tuve dudas. Os vi juntos tantas veces ese año. Parecíais tan cercanos.

—Lo éramos —digo—. *Amigos* cercanos.

Nunca lo vi como algo más que eso.

—¿De verdad? —pregunta.

—De verdad. Aunque Jake es genial.

—Vaya.

—¿Qué? —pregunto.

—«Jake es genial» —repite—. Es exactamente lo que todo chico quiere oír.

—Bueno, quizá no de alguien que le interese, pero él estaba tan desinteresado en mí como yo en él. Era amable y divertido, y disfrutaba trabajando con él en las obras de teatro, pero ni siquiera lo he visto desde que se fue a la universidad.

—Entonces, ¿nunca pensaste en probarlo? ¿Solo para ver si funcionaría?

—¿Probarlo? —pregunto—. Lo dices como si fuera a probar un coche nuevo.

—Es casi lo mismo.

Me río y doy otro mordisco al helado mientras niego con la cabeza.

—No —digo—. Nunca quise probar a tu hermano. —Me abstengo de decir que es porque estaba esperando un modelo un poco mayor —. Me sorprende que siquiera te fijaras en mí.

—Definitivamente me fijé en ti.

—¿De verdad? —grito.

—Pensaba que eras guapa y genial. Nunca dije nada porque creía que, en algún momento, os daríais cuenta de que os gustabais. Luego me gradué y nunca pasó nada.

¿Habla en serio?

—¿Por qué no te creo? —pregunto.

—Es verdad —dice—. Corrí muchas vueltas extra ese año por todo el helado que comí para poder venir a verte con ese bonito

uniforme que solías llevar. ¿Por qué no lo llevas puesto?

Puedo sentir como arden mis mejillas e intento comer más helado para refrescarme.

—Dejamos de usarlos hace un par de años —explico.

—¡Qué pena!

Por la forma en que sus ojos recorren mi cuerpo, sé que me está imaginando con el uniforme de rayas rosas, amarillas y blancas. De repente desearía no haber quemado ceremoniosamente la falda corta y la blusa de mangas abombadas para poder volver a ponérmelo ahora. Nos miramos fijamente durante unos segundos, y aparto mi mirada de él para mirar mi helado.

—Cuéntame qué has estado haciendo en la universidad —digo.

Una parte de mí se odia por romper la tensión que se estaba creando entre nosotros. He deseado durante mucho tiempo la atención que Adam me está dando, pero me siento sin aliento, como si no pudiera respirar. Adam es un profesional haciendo que mi corazón se acelere y que mi mente se nuble. Solo mirar sus ojos oscuros es suficiente para caer bajo su hechizo, y no puedo sentirme así, no ahora. Hay demasiado por delante. He trabajado muy duro. Renuncié a los hombres y decidí concentrarme en tener el mejor último año que pudiera en preparación para empezar en Clemson en otoño. Ahora siento que todo se va por la ventana, y voy a hacer todo lo posible por recuperarlo.

Adam empieza a hablar y me pone al día sobre todo lo que ha visto y experimentado en la universidad. El mundo que describe suena glamuroso e inalcanzable, y lo escucho embelesada. Apenas noto la intensidad del sol o las temperaturas sofocantes mientras recorremos Sunborn View y visitamos los lugares favoritos de su pasado. Finalmente, me pregunta sobre los planes que tengo para cuando me vaya a la universidad, y es mi turno de hablar con el mismo entusiasmo y vida que él. No tengo tanto que decir, y estoy bastante segura de que incluso después de mis primeros años en Clemson, todavía no habré experimentado ni la mitad de lo que él ha vivido, pero no puedo contener mi emoción. Pronto parece que hemos hablado tanto del futuro que no hay otro lugar al que ir más

que al pasado, y acabamos allí de nuevo. Las horas pasan mientras contamos historias y compartimos recuerdos, y todos los nervios e inseguridad que inicialmente sentí con Adam desaparecen con ellas.

No puedo creer lo tarde que es cuando me acompaña hasta la puerta de mi casa. Una vez que llegamos al felpudo, me giro para sonreírle. Mi corazón late con fuerza en mi pecho y estoy temblando ligeramente, pero no puedo decir si es la brisa fresca o la realidad de haber pasado casi todo el día con Adam Conway.

¿Va a besarme?

Siento que lo hará. Este es el momento que he imaginado innumerables veces. Pero no lo hace. En su lugar, traza el contorno de mi cara con la punta de sus dedos y me sonríe.

—Lo he pasado muy bien hoy —dice—. Gracias por pasar el rato conmigo, Emily.

Asiento.

—Ha sido divertido —respondo.

—Buenas noches.

Veo a Adam volver a la calle y desaparecer por la esquina mientras se dirige hacia el pueblo. Va hacia su casa, pero sé que perfectamente podría ir al pueblo a pasar el resto de la noche. Aunque no hay mucho movimiento en Sunborn View a estas horas.

Entro en casa y me siento como si flotara. Si este es el único día perfecto que voy a tener este verano, lo acepto.

Resulta que no fue así.

Al día siguiente, Adam aparece en la heladería a la misma hora que el día anterior. Esta vez estoy de pie junto a la ventana delantera y me pregunto si habrá ido primero a la parte de atrás. Me sonríe y se acerca a la ventanilla.

—Hola —digo—. ¿Otro antojo de helado?

—No puedo resistirme —dice—. Demasiado dulce para dejarlo pasar.

Sus ojos se fijan en los míos, y siento que me sonrojo. Me pregunto cuán indigno sería envolverme alrededor de uno de los

enormes contenedores de helado para bajar mi temperatura corporal.

—¿Qué te apetece? —logro preguntar al fin.

Sus ojos me recorren tan brevemente que me pregunto si lo habré imaginado.

—Una bola de frambuesa, una de chocolate y una de vainilla, en un cuenco de gofre.

Cojo uno de los cuencos de gofre y lo llevo al congelador, llenándolo rápidamente con las bolas más grandes que puedo servir. Lo traigo de vuelta al mostrador y lo dejo.

—¿Con nata montada y virutas de colores? —pregunto.

—Y una guinda —dice.

El ardor en mis mejillas regresa, y el calor se extiende por la parte posterior de mi cuello y sobre mi pecho. Me pongo manos a la obra, tratando de recuperar algo de control. Una vez que el cuenco tiene una cúpula de crema blanca como la nieve y una abundante dispersión de virutas de colores, lo llevo de nuevo a la ventana delantera. Saco una de las guindas confitadas del cubo de plástico transparente que tengo delante, la coloco en la parte superior de la crema como una joya, y le entrego la creación a Adam.

—Parece delicioso —dice.

Le ofrezco una cuchara de plástico.

—Que lo disfrutes —digo.

Hunde la cuchara en el helado y se lleva el bocado a la boca. Observo cómo la saca lentamente a través de sus labios, saboreando cada gota. Sinceramente, podría verlo comer todo el cuenco y estar perfectamente contenta.

—¿Cuándo sales? —pregunta.

Olvídate de envolverme alrededor de un contenedor de helado. Voy a tener que meterme dentro de uno.

—En una hora —digo.

Adam asiente mientras da un paso atrás alejándose de la tienda.

—Estaré aquí —dice.

A diferencia de ayer, hoy ha habido bastante movimiento, y el flujo constante de clientes me ayuda a pasar el tiempo. Durante los momentos tranquilos, Julia golpetea sobre el mostrador y mira fijamente una revista. Ocasionalmente, algo en una de las historias o imágenes le inspira un pequeño jadeo o un comentario murmurado, pero rara vez levanta la cabeza.

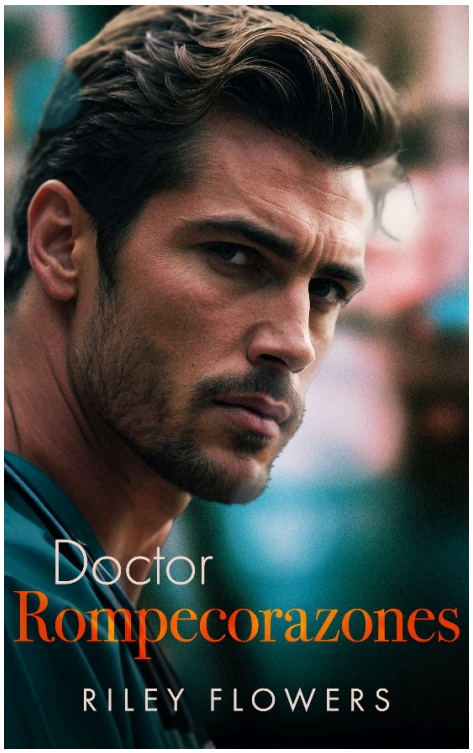
Adam la mira con curiosidad un momento mientras se acerca, luego se vuelve hacia mí.

Haz clic aquí para descubrir qué pasará después

¡Una sorpresa para ti!

Para darte las gracias por tu interés en mis libros, te regalo en exclusiva la novela completa *"Doctor Rompecorazones"*. ¡Y lo mejor: es totalmente gratis!

Puedes descargarlo aquí:



Al mismo tiempo, te convertirás en miembro de mi Club de Lectores VIP y no te perderás ninguna novedad ni ningún lanzamiento. ¡Estoy deseando tenerte allí!

XOXO

Riley

Información sobre Riley

Riley Flowers es una apasionada autora de novelas cuya misión es llevarte fuera de tu vida cotidiana y transportarte a otros mundos a través de sus libros. Sus historias contienen una mezcla de experiencias personales, ensoñaciones y fantasías exóticas.
Riley escribe desde que era adolescente y, después de varios años en el mundo empresarial, finalmente cedió al llamado de su musa para concentrarse plenamente en la escritura.

Para comentarios, sugerencias o simplemente para saludar, puedes contactar a Riley en: **rileyflowersautorin@gmail.com**

Riley responde personalmente a cada mensaje.

Riley en Facebook: Haz clic aquí